UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Á mi querido amigo D. José Gómez Ocaña,

como afectuoso recuerdo.

Francisco Rodríguez Marín

CHILINDRINAS

LS
R6967c

CHILINDRINAS

CUENTOS, ARTÍCULOS Y OTRAS BAGATELAS

DE

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

(EL BR. FRANCISCO DE OSUNA)

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

320687
30. 10. 35

SEVILLA

Estab. Tip. de EL PROGRESO
12, Julio César, 12
1905

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Á MIS MUY QUERIDOS AMIGOS DON JOSÉ CRUZ CORDERO Y DON MANUEL L. ROMERO JIMÉNEZ.

En la piedra de toque de la desgracia, en donde, al probar, da la cara el fementido similor de muchas amistades, se confirmó la vuestra por de oro de la mejor ley. Como tal la estimaba yo había muchos años.

En este resto de vida que me quedó voy pagando las deudas de mi agradecimiento, como puedo y con lo que tengo á mano: á lo pobre, y hasta donde alcance; y, naturalmente, no había de olvidarme de vosotros. Frioleras son las trasnochadas cosillas que contiene este libro: tanto lo sé, que Chilindrinas *las llamo, con palabra familiarísima; pero, así y todo, en ellas están diseminados, como caídos al desgaire, muchos pedacillos de mi corazón. Fuera de las colec-*

ciones de mis versos, esta miscelánea es, sin duda, mi libro más personal.

Por eso, y porque la afectuosa voluntad del oferente vale mil veces más que el triste librejo, os lo dedica vuestro fiel y desterrado *amigo*

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Sevilla, 1.º de diciembre de 1905.

LA GUARDABARRERA

¡Qué rica de perfumes y de colores, qué exuberante de vida comenzaba aquella primavera, anunciada dos meses antes por la temprana flor de los almendros! ¡Con qué vigor subía la savia, la sangre nueva, por los troncos y las ramas de aquellos árboles y de aquellos arbustos que poblaban el jardinillo contiguo á la alegre caseta del guardavía! Cuatro acacias, ya cubiertas de hojas y empezando á abrir sus blancos y olorosos ramos de flores; una parra joven que había trepado por el tronco de un cinamomo, como enamorada de sus plateadas hojas y de sus florecillas amarillentas, ciñéndolo y rodeándolo lascivamente con apretado abrazo, y que empezaba á extender sus nuevos sarmientos, asiéndose con los tiernos alifes á los alambres del rústico toldillo; media docena de rosales lunarios cuajados de rosas; unas cuantas matas de alhelíes, desperdigadas aquí y allá, y, junto al muro de la casita, en el rinconcillo menos visitado por el sol, un

prado de fragantes violetas: esto era el jardín. Un enrejado de cañas que lo cercaba por los tres lados libres defendíalo de los picotazos de un corpulento gallo cochinchino y de las cuatro ó seis gallinas que se disputaban las caricias de aquel sultán.

¡Qué hermosa mañana de abril! ¡Qué sol tan esplendoroso! ¡Qué cielo tan alegre, tan claro... tan andaluz! Á pocos pasos de la casita deslizábase blandamente por su pedregoso cauce la cristalina agua de un arroyuelo, con su eterno murmullo, cantando su cancioncilla juguetona; y, como emulando al agua, otro gran músico, el viento, entonaba dos himnos: uno, de notas varias y de pausas frecuentes, al quebrarse en las altas copas de los álamos temblones que crecían en las orillas, y otro, monótono, sostenido, pertinaz, al hacer vibrar los tirantes alambres del telégrafo. Y allá, pajarillos que cantan; y acá, insectos que zumban, también convidados á la gran fiesta de la vida; y lejos, manadas de ovejas balando y comiendo la fresca hierba de los campos; y más lejos, donde cerraban el horizonte altas sierras grises, nubecillas vaporosas y blanquecinas que se esfumaban y desleían al tocar sus crestas; y en todas partes, luz viva, colores brillantes, rumores alegres, santo regocijo, vigorosa juventud... La naturaleza toda, que se esperezaba, con esperezo castamente erótico, al salir del largo sueño invernal. Todo sentía, todo respiraba, como un ambiente del cielo, la hermosa alegría del vivir.

¡Que lo dijera, si no, aquel mocetón, el guardavía, que allí se estaba, hacía valiente rato, desbrozando con una corvilla los rosales y cantando con fresca y bien timbrada voz coplas amorosas. ¡Que lo dijeran aquella mujer de veinte años, de sano color trigueño, de pelo y ojos negros como la endrina, de recta nariz griega, de boca pequeña y sonrosada y de torso abundante en turgideces, y aquel diablillo ó angelillo como de tres años, descalzo y medio desnudo, que entre sus rodillas y á regañadientes se dejaba alisar la ensortijada melena! ¡Que dijeran los tres si no eran felices; si no estaban contentos de la vida! Y bien que lo decían.

El guardavía cantaba á media voz:

«Yo te estoy queriendo á ti
Con la misma violencia
Que lleva el ferrocarril.»

Y díjole la mujer, sonriendo:

—Eso sería antes, Pepe. Ya hace cuatro años que nos casamos y ese ferrocarril no llevará tanta violencia como al principio.

—La mismita, María—repuso el marido.—Cuando se quiere bien y trompieza uno con una mujer buena, como tú, ¿por qué se ha de enfriar el cariño? Y luego, por si te escapas, suelas y tapas: vino ese mocosillo á echarle otra vuelta á la llave del corazón.

Y diciendo esto, salió del jardín, se aproximó al grupo y, cerrando la corvilla, la echó sobre la falda de la mujer. Guardóla ésta y se incorporó

teniendo entre los brazos al niño, que dijo con voz tan gachona como argentina:

—Papaíto, ¿me quieres?

—¡Á ti y á tu madre!—respondió Pepe con ternura. Y los tres se confundieron en un abrazo, y sonaron besos, muchos besos, y una bocanada de viento hizo oir más distinta y clara la cantata sin notas de los álamos vecinos y vibrar más intensamente, con vibración monorrímica, los hilos del telégrafo.

Trazas llevaban aquel triple abrazo y aquellos besos de no acabar pronto; pero sonó á lo lejos el silbato de una locomotora y Pepe, echando á andar á buen paso, dijo:

—Ya llega el mercancías á la estación. Me voy á la aguja, y tú, de aquí á un momento, á la barrera. Echa las cadenas. La vía está franca.

Alejóse y desapareció Pepe. María dejó al niño junto á la puerta de la casilla y enganchó las cadenas á un lado y otro de la vía, en el paso á nivel. Esto hecho, entró en la casa, añadió un ceporro á la lumbre en que se cocía la andaluza olla, y cogiendo el banderín enrollado, dirigióse de nuevo á la barrera, llevándose de la mano al rapazuelo.

El tren había salido de la estación y asomaba sereno, majestuoso, magnífico, con su penacho de blanco humo. Había dejado atrás las agujas. Ya no resoplaba la locomotora; pero diríase que había escuchado las canciones del agua en el arroyo y del viento en los alambres y en los álamos, y tomando parte, á nombre de la ciencia, en el ru-

moroso y general concierto de la Naturaleza, decía: «¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también!»

Acercábase el tren velozmente, y... ¿Cómo había sucedido aquello? El niño, apartándose de su madre, había metido un pie entre los rieles dobles de la vía. Oyéronse dos gritos simultáneos: el del niño y el de la guardabarrera. Corre ella desalada hacia el muchacho, tira de él con hercúlea fuerza, hasta dislocarle el pie... ¡como madre demente! Y sigue preso y llorando el niño. La pobre mujer, con las manos crispadas, intenta ¡loca! separar los dos rieles, como si el frío hierro entendiera de ternuras y de espantos; ve con los ojos desmesuradamente abiertos que el tren avanza como un alud, y grita con voz de furia, elevando los brazos:

—¡Pára! ¡Pára! ¡¡¡Mi hijo!!!

El maquinista y el fogonero, ensordecidos por el múltiple ruído de la máquina y de las ruedas sobre la vía, no se daban cuenta del peligro; tampoco el jefe de tren. Dió la mujer dos pasos, desenrrollando el banderín, mostrándolo por el lado rojo. ¡Inútilmente! Y, frenética, delirante, corrió hacia el tren, hasta la barrera y más allá, más allá... ¡lo más allá posible! Paróse, hermosamente trágica, en medio de la vía, á pocos pasos de la máquina, que avanzaba, avanzaba como un huracán, y levantando los brazos convulsos, concentró todas sus energías para gritar al maquinista, que la miraba con espanto:

—¡Mi hijo! ¡¡¡Mi hijo!!!

Y quedó muerta, ¡destrozada! Pero salvóse el niño.

. . . . . .

Proseguía el alegre concierto de la Naturaleza.

¡El heroico sacrificio de una madre es un fenómeno tan natural como el murmullo de las aguas corrientes, como el rumor del viento en los alambres del telégrafo y en las copas de los árboles, y como el cantar de las aves y el zumbar de los insectos!

Osuna, 1894.

NUEVA PREMÁTICA DEL TIEMPO

Habíame dormido, como mil otras noches, leyendo y saboreando á Quevedo, guía de mi entendimiento y regocijo de mi alma. Las últimas frases de la donosísima *Premática del Tiempo* me andaban rebullendo todavía en el cansado meollo, cuando hé aquí, lector benévolo, que, como llovido del cielo, se me apareció un viejo venerable, de barbas blancas y luengas. Era el Tiempo: Saturno, si te place más este nombre. Bien lo conocí, por las grandes alas, por la segur que empuñaba su diestra y por el reloj de arena que en la siniestra tenía. Y díjome el inesperado huésped:

—Esa *Premática* que acabas de leer no necesita ser corregida, pues la escribió por mi mandado el autor más castizo de cuantos ha producido esta tierra de España; pero sí necesita ser aumentada, porque el número de los necios y el

de las necedades crecen de día en día, en lugar de disminuir.

—Señor, bien me explico que así suceda—dije, ya incorporado y restregándome los mal abiertos ojos.—En vida de Salomón era infinito el número de los tontos; pero ¿y ahora...? Corre aquí como refrancillo que todos los sábados matan á cuantos tontos hay y los domingos por la mañana ya está el mundo atestado de ellos. Ó, lo que viene á ser lo mismo:

«Nacen al minuto ochenta
Y mueren al año dos;
¡Conque ajuste usted la cuenta!»

—Dicen—prosiguió el hijo de Urano—que esa plaga la trae el Tiempo. ¡Yo...! Yo, que devoré á mis propios hijos, ¿no devoraría, si me fuera dado, hasta el más escondido germen de esa maldecida raza? Pero nacen del agua, del aire, de... ¡qué sé yo! Los tontos son animales de generación espontánea, y sería preciso destruir el mundo para exterminarlos.

Y dulcificando un tantico el gesto, que diciendo estas palabras se le había avinagrado un tantazo, añadió:

—Al grano. Tengo prisa. Va á comenzar un nuevo año, y allá arriba, como aquí abajo, todo anda manga por hombro. Estoy solo para todo y me veo y me deseo. Aquellas diosas andariegas traen fuera de tino á todo dios. Apostaría un par de copas de néctar á que, sin mí, Apolo, que á

fuerza de años y aventuras ha dejado de ser rubicundo, no estaría en su puesto para inaugurar el año de 1888. Aquí te dejo esta nueva *Premática* con que quiero despedirme del mando: hazla *publicar y fijar,* como escriben en sus bandos de buen gobierno vuestros alcaldes de monterilla.

Y, diciendo y haciendo, dejó un pliego sobre mi almohada, agitó las alas, apagó con ellas la lamparilla que con tísica luz había hasta entonces medio alumbrado mi cuarto y desapareció

«Cual relámpago súbito brillante».

¡Cáspita, y cómo vuela el tiempo!

Obedezco, y publico la nueva *Premática.*

Ya lo verán vuestras mercedes: el Tiempo escribe en castellano no muy allá. Bien se echa de ver que, atareadillo como anda, no ha podido leer, ó no ha leído con aprovechamiento, las obras de nuestros clásicos. Pero, en fin, copio el papel y ¡por el Tiempo la cuenta! Yo ni pongo ni quito.

«Nos el Tiempo, maestro mayor del mundo, etcétera.

»Por cuanto las necedades cunden que es un dolor, y los tontos se multiplican que es un asombro, y mi inolvidable hijo D. Francisco de Quevedo no previó muchas de las tonterías que, andando Nos, habían de inundar el viejo mundo, por tanto, hemos hecho y sancionado, *motu*

proprio, algunas nuevas leyes y mandamos á nuestras justicias que, por debido acatamiento y buen parecer, guarden, cumplan y ejecuten y hagan guardar, cumplir y ejecutar cuanto en esta nuestra *Premática* se contiene, amén de cuanto se ordenó en la publicada por Quevedo, pues toda ella queda subsistente y se da por reproducida.

»§ I. Primeramente: porque hay hombres que, venga ó no venga á cuento, recuerdan en sus dichos, á cada triquete, que desempeñaron comisiones ú oficios de importancia, siendo así que acaso los *empeñaron,* en lugar de *desempeñarlos,* declaramos á esos sujetos graduados de doctores por la universidad de Lovaina, y cuenta que esa universidad no es la antigua de su mismo nombre. Y á quien los oyere mandamos que ponga en cuarentena cuanto parlen: porque el hombre vano no dice, por lo común, cosa de peso.

»§ II. Otrosí decimos: que de ahora en adelante serán tenidos por tontos de pendón y de caldera los que, sin haber qué llevarse á la boca, ni hilo pelliquero para remendarse los calzones, hicieren frecuente referencia de la nobleza que heredaron de sus abuelos. Y á estos tales los condenamos á perpetua abstinencia de carne y á sempiterna vagancia; que no es bien que un noble trabaje para ganar *in sudore vultus sui* el pan de cada día; antes debe estafar y vivir de la farándula, y así, en un periquete, se trueca Guzmán el Bueno en el pícaro Guzmán de Alfarache.

»§ III. Otrosí: porque es visto que algunos sujetos, preñados los meollos del aire de la vanidad,

amarran con las palabras *de, del, de la* ó *de los* sus apellidos paterno y materno, ó su nombre de pila y su primer apellido, mandamos que á los que tal hicieren se les tenga por sospechosos de necedad nobiliaria y los condenamos á que sufran y aguanten con paciencia el oirse llamar del común de las gentes *Fulanillo* ó *Zutanillo*, salvo si la partícula genitiva ha sido usada por sus antepasados, pues en este caso no incurren ni en pecado venial al conservarla; que sabido es que *quien lo hereda no lo hurta*. Y mandamos que cualquiera libremente pueda añadir, por burla, á los apellidos de los nobles falsificados otros *de, del, de la* y *de los,* ú otras palabras que denoten grandeza; por ejemplo: que al que se haga nombrar *D. Juan del Monte y del Palacio*, puedan llamarle *D. Juan del Alto Monte y de los Suntuosísimos Palacios.*

»§ IV. Otrosí: porque hay muchos que alaban á cada paso las cosas que poseen y las tienen y pregonan por las mejores del mundo, los condenamos á alabar á sus propias mujeres, para que los oyentes entren en ganas de seducirlas; á ver si andando el tiempo (Nos), alaban también sus astas como las más luengas y retorcidas de cuantas en el orbe se han visto.

»§ V. Otrosí: declaramos necios de tres en tonelada á los que, porque malaprendieron alguna ciencia ó arte, tiénense por consumados maestros de todas las artes y de todas las ciencias, y con severo continente y enfática entonación, definen y resuelven *ex cathedra* los puntos más abstrusos

del saber y del ignorar humanos, que no parece, á simple vista, ó á vista de simple, sino que, por obra de transmigración, metempsicosis, ó como se llame, se les han metido en la cholla Salomón y su arpa. Y mandamos que á estos sabihondos se les tenga por necios á cencerros tapados y por zumo y quinta esencia de la pedantería.

»§ VI. Otrosí: á los que toman estudiadas posturas para mejor lucir el oro y los diamantes de sus botones y anillos, á éstos los declaramos necios de *P. P.* y *W.*, como ahora se dice. Y si los tales botones tienen forma de herradura, no hay más que hablar: los que los lleven serán, *ipso facto*, caballerizos del Palacio de la Tontería.

»§ VII. Otrosí: hay muchos sandios que, en tertulia, toman sitio delante de los espejos y echan miradas furtivas y un si es no es amorosas sobre sus imágenes, estudiando posturas interesantes para parecerse y parecer bonitos; y porque no es bien que estos tales queden sin pena, los declaramos tontos de tres colas, como bajáes, Narcisos hermafroditas y alumnos mediopensionistas de la nefanda escuela de Sodoma.

»§ VIII. Otrosí: porque hay hombres que, viendo más que Argos griego y Candelita hispano, usan lentes para hacer creer que no ven tres en un burro y que, por tanto, son personas de valía (porque en España, tierra de necios, es más ilustre el que menos ve), á esos zotes los declaramos miopes del entendimiento y tontos que, en realidad, no ven más allá de sus narices, aunque sean chatos.

»§ IX. Otrosí: averiguada cosa es que cuando Cadmo fenicio (ó quien fuera, que punto es éste no bien dilucidado) inventó los signos de vuestra escritura quiso que por medio de ellos os entendierais y comunicarais, y no que después de intentar entenderlos os quedarais *in albis*, ó, lo que es lo mismo, aunque no lo parece, *á oscuras*. Por tanto, los que escriben tan confusamente que no se les puede leer, pierden su tiempo y lo hacen perder para descifrar sus garabatos, que no parece sino que se trata de siglas epigráficas romanas ó de jeroglíficos egipcios. Á estos pendolistas babilones les mandamos que se enmienden y corrijan incontinenti, so pena de tenerles por novicios del convento de la necedad. Fueras ende si estos escritores á buenas noches llevan la mira de ocultar sus faltas de ortografía bajo la carátula de sus garrapatos, porque en este caso se les deberá llamar hipocritones de la gramática y zopencos vergonzantes.

»§ X. Otrosí mandamos: que las mujeres que se atribuyen menos edad de la que tienen sean creídas á puño cerrado por su sola palabra y sin previa información testifical, pues claro es que la que miente treinta años y tiene cuarenta y cinco, tiene los treinta que dice, y aun le sobran los quince que calla. Pero si la que en realidad de verdad pasare de los cuarenta dice *papá* y *mamá*, en lugar de *mi padre* y *mi madre*, á ésta téngasela por tonta con chichonera y dénsele sonajas en vez de marido; que á fe que con ello quedará harto castigada.

»§ XI. Otrosí: á los que teniendo mujer bonita buscan querida fea los proclamamos necios de cuernos en frente, como de pelo en pecho, y los condenamos á estar y pasar por cuanto sus mujeres hagan y á tener por sus hijos á los de ellas, conforme á la sabia ley del Digesto, que podría intitularse *De cornutis,* y que dice: *Pater est quœm justœ nuptiœ demonstrant.*

»§ XII. Otrosí: pues hay hombres tan cerrados de mollera, que preguntan, como por cosa ignorada, por aquello mismo que tienen delante de los ojos, y dicen al amigo con quien tropiezan: *Pues, hombre, ¿no te has ido á tal parte? ¿Estás aquí? ¿No te has muerto? ¿Te has afeitado?,* mandamos que se les repute por tontos de capirote y de siete suelas; que esto de las siete suelas no ha de ser exclusivo patrimonio de los tunos. Asimismo mandamos que de ahora en adelante no se llame á tales preguntas *las preguntas del español,* sino *las porradas del necio;* que no hay español discreto que pregunte tales tonterías.

»§ XIII. Otrosí: los que después de hablar largo rato con una persona caen en la cuenta de que la conocían de antemano y le alargan la suya preguntándole qué tal les va de salud, serán tenidos por tontos intonsos en cuarto mayor; pues cuando en una conversación larga y tendida no han notado en el interlocutor señal de dolencia, ya debieran entender que huelga la pregunta.

»§ XIV. Otrosí: los que refieren una historia dos ó más veces á una misma persona, sin mediar cuando menos un año, son gente perjudicial

en toda república bien gobernada, porque hurtan el tiempo al prójimo y lo llenan de tedio. Y es peregrina cosa que quien recuerda con todos sus pelos y señales lo que le aconteció há tres lustros, no recuerde que hace pocos días lo ha contado al mismo sujeto á quien lo está volviendo á contar. A estos machacones los declaramos tontos hasta las cachas y habladores de repetición, como los relojes antiguos. Pero si el culpable fuere viejo de más de setenta años, tendráse por chochez y caducidad, y no por tontería, el sobredicho exceso.

»§ XV. Otrosí: porque hay hombres que empiedran sus conversaciones con los enfadosos ripios *¿Eh?* *¿Estamos?* *¿Oye usted?* *¿Me comprende usted?* y otros semejantes, á los que así muelen á sus oyentes mandamos se les tenga y pregone por calamidad pública y se les conjure con estola é hisopo, como al pulgón de los viñedos y á los funestos nublados: *Destruat te Deus Pater*, *destruat te Deus Filius*, etc. Y si además usaren las otras abominables muletillas *Y tal, Que si fué que si vino, Que si pitos que si flautas, Que torna que vuelve, Que toma que daca, Que hache que be, Que si qué sé yo que si qué sé cuándo, Que si patatín que si patatán...*, se les revestirá con coraza de majaderos relapsos y contumaces y se les apretará con el conjuro hasta que vomiten todo el hediondo montón de barreduras y escorias del habla y se queden más limpios que una patena.

»§ XVI. Otrosí: los que no saben pasear sin

echar el mismo pie que el compañero y le distraen y marean con el continuo mudar del paso, llámense desde ahora tontos de la cabeza y de los pies y haga de ellos lo que gustare el ministro de la Guerra, como de reclutas disponibles y gastadores *ipso jure* del regimiento de los *memas*.

»§ XVII. Otrosí: porque hay hombres incivi-les que no saben ir por la calle con un amigo sin llevarle un brazo echado por encima de los hombros, mandamos que se les exhorte á pronta enmienda, y que si no se enmendaren, se les declare necios tumbones y propagadores de la mala crianza.

»§ XVIII. Otrosí: porque hay plagas de mentecatos que no se dan trazas para referir una disputa ó cuestión que presenciaron ó en que intervinieron sin repetir los mismos diálogos que hubo en ella, por lo cual las personas que le oyen gritar, por ejemplo, *Es V. un bribón y un ladronazo y he de tener el gusto de echarle á presidio,* imaginan que estas palabras gordas se dirigen al sujeto que es mero oyente de tales improperios, y el dicho sujeto pierde inocentemente, de una mano á otra, su buena fama, mandamos que esos narradores á lo vivo sean tenidos por necios de tres y traza y por indiscretos á tentebonete. Y autorizamos á quien los oyere contar sus cuitas y disensiones para que los deje con la palabra en la boca, se aparte de la lepra de sus vocablos y les haga la señal de la cruz en donde los encuentre; pues esos hombres son un constante peligro en las repúblicas, supuesto que con la torpeza de

sus lenguas roban la honrada reputación á la misma persona á quien no intentan ofender.

»§ XIX. Otrosí: á los que no saben hablar sino escupiendo al rostro, los declaramos necios de arcabucería, los condenamos á hablar con la espalda vuelta á sus interlocutores y los tenemos por de peor ralea que judíos, pues de éstos hay algunos, al decir del P. Torrejoncillo, que se escupen en sus propias barbas, mientras que esotros escupen en las ajenas.

»§ XX. Otrosí: á los que en casa ajena escupieren en las esteras ó alfombras, y aun en el suelo desnudo, téngaseles por necios acochinados; y si además pusieren el cigarro encendido sobre un mueble, por archipámpanos de la mala crianza. Y á éstos se les podrá llamar *animales* á boca llena, sin incurrir en las penas establecidas para los que injurian.

»§ XXI. Otrosí: á los que llegando de los últimos á un templo ó á un corro, porfían y codean hasta ponerse en primera fila, los graduamos de necios de los de machamartillo y de hijo de tal el postre. Y veremos con buenos ojos que los que están en el corro ó en el templo den á estos testarudos estandartes de las solemnidades y fiestas diez mojicones por cada codazo y veinte pellizcos retorcidos, de los que llaman de monja, por cada pisotón que recibieren.

»§ XXII. Otrosí: defendemos que quien no sea juez, ni catedrático, ni abogado, ni fiscal, ni confesor, ni médico, no haga más de media docena de preguntas en una hora, so pena de pasar por

majadero *á nativitate* y por necio mondo y lirondo; que no hay majadero que no lo sea.

»§ XXIII. Otrosí: á los que por quitame allá esas pajas promueven contiendas y porfías y gastan largo tiempo en disputar sobre cosas tan triviales como si son las cinco y diez ó las cinco y doce minutos, trayendo á colación la hora que marcan otros relojes, y el meridiano de Madrid, y los relojes de sol, y el astrolabio, y la astronomía copernicana, y hasta la clepsidra de los griegos, á éstos los declaramos necios de tapón hermético y senadores vitalicios de oposición en la cámara de los sandios.

§ XXIV. Y, finalmente, proclamamos fautores de necedad palmaria, y misioneros apostólicos de la indiscreción:

»A. Al que, sin poderoso motivo, interrumpe á quien lee, canta ó toca un instrumento músico.

»B. Al que, estando reunidos menos de siete, habla quedo con alguno de ellos, sin pedir venia á los demás.

»C. Á quien pregunta por su edad á las mujeres, salvo si está encargado de hacer el padrón vecinal, ó ha de recibirles declaración, ó necesita saberla para otro menester que no implique cosquilleo de vana curiosidad.

»D. Al que para llamar desde lejos á un amigo ó conocido, grita: *¡eh!*, ó le sisea; pues ¿cuánto mejor y más expedito y claro fuera llamarle por su nombre de pila, ó por su nombre y apellidos?

»E. Á quien hablando en voz baja con un suje-

to de otro que está presente, muestra á este otro con la mano.

»F. Al que tomando lumbre de cigarro ajeno, toca con los dedos la punta de éste.

»G. Al que pide tabaco á un amigo á presencia de otros que no están fumando, pues con su indiscreta petición le obliga, por buena crianza, á dar no ya uno, sino varios cigarros.

»H. Á quien llegando á una reunión al acabarse de leer ó de contar alguna cosa, pide al lector ó narrador que comience de nuevo la lectura ó el relato.

»I. Al que llama á puerta ajena dos veces seguidas, con intervalo menor de un minuto, que no parece sino que presume que han de estar esperándolo con el arma al brazo.

»J. Al que en casa extraña se balancea en la silla en que está sentado. Y si para ello se le diere confianza, sea pecado venialísimo; pero adviértasele que está en ocasión próxima de pecar más gravemente, porque *quien malas mañas há, tarde ó nunca las perderá.*

»L. Al que en casa ajena no deja las puertas y sillas tal como las encontró. Dejar las cosas como estaban es práctica frailuna, pero buena.

»M. Al que fumando cerca de una dama, le echa al rostro el humo.

»N. Al que va á todas partes con su perro y le hace entrar en casa extraña, poniendo en revolución á los gatos, y á la familia en mal disimulado temor de inminente catástrofe culinaria.

»Ñ. Al que no sabe hablar sino parándose, como si hablara con los piés.

»O. Al que no puede hablar con otro sin empujarlo y traquetearlo, ó sin repasarle los botones, deshacerle el nudo de la corbata, *et sic de cæteris.*

»P. Á quien, transitando por la hacera de su mano izquierda, se pega como lapa á la pared, para que los que caminan en dirección contraria y por la misma hacera, tengan que echar por la corriente.

»Q. Al que porfía demasiado para que se le acepte un obsequio; pues hay quien, de puro cortés, peca de impertinente, y por algo se dijo que *tan malo es pasarse como no llegar.*

»R. Á quien, á hurtadillas y por encima del hombro del que escribe ó lee, procura enterarse de lo que lee ó escribe.

»S. Al que á deshoras anda por la calle escuchando de acá para allá, al través de las puertas y ventanas.

»T. Al que cuando otro toma el sol, ó se dedica á algún trabajo con luz artificial, se interpone haciéndole sombra. Y á estos nubarrones humanos téngaseles por presuntos hijos de clérigos, únicos que *se clarean,* según entiende supersticiosamente el vulgo.

»U. Al que murmura de una persona entre desconocidos, cualquiera de los cuales puede ser amigo, y aun hijo de la *víctima.*

»V. Á los mayores de veinticinco años que cantan, tararean ó silban yendo por la calle.

»X. Al que cuando no recuerda un nombre, suspende su relato hasta que le viene á las mien-

tes. Y si, además de esto, para traer el tal nombre á la memoria, hiciere crepitar los dedos dando una castañeta, ó silbare, como si llamase á un perro, *malum signum!* Póngase en observación al desmemoriado, porque quizá andará más cerca de la locura que de la tontería.

»Y. Al que cuando llueve gusta de pasar por debajo de las canales, para oir el chorro en el paraguas y mojarse por tela de cedazo.

»Z. Al que cuenta más de una vez las vigas de un techo, ó se pasa arriba de diez segundos remedando con los dedos sobre mesas, platos, etcétera, el redoble del tambor, ó hace con los naipes un *solitario* más de tres veces, ó se ocupa con sospechosa frecuencia en acertar charadas y logogrifos. Y si, por añadidura, manda las soluciones á los periódicos, peor que peor. Y si ya no es que acierta esas quisicosas, sino que también las fragua y saca de su cabeza, ¡el acabóse! Llámesele tonto á boca llena y á voz en cuello.

»Quedan por apuntar y corregir muchas necedades: *numera stellas si potes.* Basta por hoy con las referidas; que á fe que esta *Premática* no quita otra. Las cosas en ella contenidas mandamos guardar, cumplir y ejecutar, como de suso dijimos. *E non fagades ende al.—Firmado:* Nos el Tiempo.—Yo el Ldo. Juan de Speraindeo hícelo escribir por su mandado.»

Por la copia:

El Br. Francisco de Osuna.

Osuna, 1888.

UNA VISITA Á MANUEL REINA

Conocía yo al eximio poeta por muchas de sus composiciones y lo trataba por medio de cartas, que bien pronto fueron afectuosísimas por una parte y por otra. Antonio Aguilar, su paisano y mi antiguo amigo, el muy distinguido historiógrafo de Estepa, Campillos y Puente-Genil, su patria, estaba de acuerdo conmigo para que visitáramos, no tarde, al ilustre autor de *La Vida inquieta,* y nunca mejor ocasión para realizar nuestro deseo: los amigos y admiradores de Manuel Reina habían de obsequiarle el día 3 del corriente con un almuerzo, y á Puente-Genil fuimos Aguilar y yo.

¡Qué hermoso pueblo aquél! Calles rectas, como las de Cádiz, y alumbradas de noche por la luz eléctrica, que, á porfía, ofrecen dos fábricas; casas magníficas en cuyos pavimentos se han derrochado los mármoles; instalaciones industria-

les de grande importancia; campos feracísimos; el río, deslizándose tranquila y tortuosamente entre Puente-Genil y Mira-Genil, el Triana de la antigua Puente de D. Gonzalo: panoramas hermosísimos que pueden competir sin desventaja con los de las cercanías de Alcalá de Guadaíra... Y en los habitantes de ese hermoso pueblo, trato franco y ameno, amor á todo lo que implica progreso y cultura, y generosa posposición de los pequeños medros particulares ante el interés general. En Puente-Genil van todos *á una,* no *á uña* como en casi todas las poblaciones de España. Así aquella hermosa villa sube como la espuma, mientras otras descienden como el plomo. Y no vale señalar.

Hacía poco que Manuel Reina había regresado de la corte, en donde su nueva colección de poesías titulada *La Vida inquieta,* acababa de ser objeto de calurosos y muy merecidos elogios. Y con razón sobrada: el último libro del vate andaluz contiene perlas literarias de mucho mérito. ¡Bien las ensalza como tales en la carta-prólogo el más eminente de nuestros poetas líricos: el sin par Nuñez de Arce! Y como en Puente-Genil se admira, casi se adora, á Manuel Reina, sus amigos, tras de haber leído con fruición, día por día, lo que los periódicos de Madrid fueron diciendo acerca del libro y de su autor, y tras de adquirir muchos ejemplares de la obra (bien que Reina ha regalado no pocos), tuvieron la buena idea de obsequiarlo con un banquete. Más de ochenta comensales concurrieron á él en repre-

sentación de todas las clases de aquella culta sociedad, y otros tantos hubieran concurrido además, á contarse con local más espacioso que el que ocupan las escuelas públicas.

El almuerzo estaba excelentemente preparado y fué muy bien servido. Hé aquí la lista:

«Almuerzo en honor del ilustre poeta Manuel Reina.—3 Enero 1895.—Platos: Tortilla de jamón, Pescada en salsa, Mortadela, Filete de ternera con patatas, Jamón dulce, Pasteles de carne. Entremeses. Postres: Frutas y dulces. Vinos: Montilla y Champagne. Café, Licores, Habanos.»

Llegada la hora de los brindis, los inició don Enrique Porras Castillo, quien en breves frases hizo de Manuel Reina un cumplidísimo elogio; el joven abogado y distinguido escritor D. José Contreras y Carmona, con fácil y elocuentísima palabra, expuso, á nombre de la comisión organizadora de la fiesta, el objeto de la misma, enumeró los grandes méritos que concurrían en el obsequiado, y en suma, hizo una muy brillante oración, que los concurrentes interrumpieron con nutridos aplausos en varias ocasiones. Brindaron además los Sres. Aguilar y Cano (don Agustín), Padilla y Ruíz de Arévalo y el contralmirante D. Manuel Delgado y Parejo; D. Leopoldo Parejo leyó un lindo romance suyo, lleno de gracia, y de afecto hacia Manuel Reina. No resisto al deseo de copiar sus últimos versos:

. . . . . .

¿Cómo quieres que me extrañe
Que hayas escalado el muro
Que pareció inexpugnable?
¡Donde no alcanza el milano
Llega el condor de los Andes!
Permite, pues, que te brinde
Como yo debo brindarte:
Con mi adhesión más sincera,
Con mi cariño constante.
Que no te abandonaría
Aunque me dieran de balde
Esa Vega de Granada,
Tan bella, fértil y grande.
En fin, ¡que no quiero Vega!
¡Que soy tuyo á todo trance!

También yo eché mi cuarto á espadas y dije lo que se me ocurría acerca del poeta y del pueblo que se honraba al honrarle, y aun me permití el lujo de leer un soneto, escrito *ad hoc* aquella mañana. Es un *soneto cortito* (como decía el otro) y voy á transcribirlo:

Á MANUEL REINA

Á conocerte vengo; que admirarte
Cosa es añeja en mí: tus versos de oro
Y el de tu inspiración rico tesoro
Á tenerme cautivo fueron parte.
Vengo á más; porque ansío preguntarte
Dó está la fuente de raudal sonoro

Con cuya linfa el apolíneo coro,
En señal de su amor, suele brindarte.
Pues tu bondad á tu saber iguala,
Dime dónde hallar puede tu poesía
Los aromas suavísimos que exhala.
Dime, en fin, por qué oculta hechicería
Fulgura en tus estrofas, por más gala,
El espléndido sol de Andalucía.

Conmovidísimo había escuchado los brindis Manuel Reina, y asomando á sus ojos las lágrimas de la ternura y el agradecimiento, levantóse á hablar. Atribuyó á la bondad de sus amigos y de su pueblo, y no á sus propios méritos, el banquete dado en honor suyo; tuvo frases de cariño para todos y especialmente para los comensales que habían brindado y para los forasteros allí presentes; recordó á su inmortal maestro y amigo Núñez de Arce (cuyo retrato había sido colocado en lugar preferente), y después de tener suspenso de su elocuente palabra el auditorio, leyó con voz entrecortada por la emoción unas hermosas quintillas, de que darán idea á los lectores las dos que copio:

De nuestro pueblo sin par
Debemos rectificar
El nobiliario blasón:
En su escudo hay que grabar
Un inmenso corazón.
Eso es nuestro pueblo amado:
Corazón firme y honrado;

Dulce, hospitalario puerto,
Siempre á la envidia cerrado;
¡Á la bondad siempre abierto!

Salva estrepitosa de aplausos siguió á la lectura de las quintillas y á éstos un centenar de abrazos, que Manuel Reina devolvía con efusión. Mucho vale un poeta como Reina y mucho vale también un pueblo como Puente-Genil, que así premia los méritos de sus hijos preclaros.

El Sr. Reina ha sido obsequiado con un ejemplar de *La Vida inquieta,* ricamente encuadernado en piel de Rusia y avalorado con una chapa de oro en la cual se lee una sentida dedicatoria.

Él y sus paisanos me han colmado de atenciones, que no olvidaré, durante mi corta estancia en aquel hermoso pueblo. Convencido estaba yo de que Manuel Reina era un excelente poeta, y ahora lo estoy de que, además, es un excelente amigo. Al despedirnos, me prometió hacer una visita á la ciudad del Betis en la próxima primavera. Tiene vivísimos deseos de conocer y tratar á Cano y Cueto, á Montoto, á Velilla, á *Micrófilo...:* á los literatos sevillanos, de cuyas obras es admirador entusiasta. Corren de mi cuenta las presentaciones.

Osuna, enero de 1895.

ESPERA

No, no quedaba otro remedio. Harto había vacilado hasta entonces. Era preciso romper lo que no se podía desatar.

Escribió febrilmente. Ordenaba sus cuentas: «Cuatro y cinco, once... Tres por ocho, cuarenta y ocho...» ¿Quién pide exactitudes á un desesperado? Allí quedaba todo... Que se arreglaran como pudieran... Él desertaba. No podía ya con la carga de sus sinsabores... Harto agobiado había vivido bajo su peso.

Escribía, escribía. Sonó ruído leve en la habitación inmediata y sobrecogióse como ladrón que teme ser sorprendido. Ocultó el papel y volvió el demudado rostro... ¡No era nada! Un suspiro del niño, que dormía tranquilamente.

Firmó. «¡Aquel suspiro!...» Entreabrió con cuidado las puertas de la ventana y penetró en el gabinete indecisa claridad. ¡Ya era hora! Quiso ver, quiso besar al niño, y hacia su cama dirigió los vacilantes pasos. Detúvose y apoyó en la mano izquierda la frente. «¡No, no!» murmuró. Y después de convencerse de que llevaba en el bol-

sillo la pistola, cruzó en silencio el corredor, bajó la escalera y salió á la calle. Anduvo, anduvo, y se halló en el campo.

Apuntaba el sol de una mañana de febrero. Cantaban alegremente los pajarillos en las desnudas ramas de los árboles y en las pitas de los vallados. Los campesinos, en cuadrillas, dirigíanse hacia sus tajos, á pie, charlando con reposo: era el tiempo de la escarda. Dejábalos atrás nuestro hombre. Quería estar solo. «¡Más lejos!» pensaba, y seguía á buen andar, con paso firme y con ánimo resuelto.

Salióse del camino; cruzó por unos sembrados; internóse en un valle. Un arroyo deslizábase por su fondo con suave murmullo. Limpia y clara el agua, iba como jugando sobre las pedrezuelas de su cauce. El sol reverberaba en cada una de las leves ondas. Paróse á contemplarlas. ¡Así, como aquella agua mansa, habían corrido, risueños y sin prisa, los aún no lejanos años de su juventud! Inclinóse y bebió ávidamente en el hueco de la mano. Era lo último que quería de la madre Naturaleza. Lo último no: besó la tierra; besó las hierbecillas del prado. Enternecíase. Dióse cuenta de ello y se incorporó bruscamente.

Estaba solo; allí había de ser. Empuñó resuelto la pistola y levantó la llave. Zumbáronle los oídos y una nube negra cubrió sus ojos. Levantó el brazo y...

—¡Espera!—gritó en aquel momento una voz argentina. Miró estupefacto. Por la altura asomaban dos niños, corriendo el uno tras del otro,

descalcillos, medio cubiertos con unas ropillas blancas y azules. Reían; jugaban; parecían dos mariposas.

Pensó aquel hombre en su hijo. ¡Cómo se parecía á su voz aquella que le había exhortado á esperar! Lloró, y sus lágrimas cayeron sobre su corazón como rocío del cielo.

Siguió á los muchachos hasta su cabaña. Allí estaban sus padres. ¡Qué pobres, pero qué felices eran! Conversó con ellos.

—Tenemos dos grandes caudales—decían:—el día y la noche: el uno para el trabajo, y para el descanso la otra. Estamos alegres, porque confiamos en la misericordia de Dios. Cuando nos sucede alguna desgracia, esperamos con paciencia: detrás del mal tiempo viene el bueno. Dios mejora sus horas. Y el vivir es, por sí solo, una gran alegría. Oiga V., si no, cómo cantan los pajarillos del campo y no tienen casa ni hogar.

Avergonzado escuchó el visitante estas saludables máximas; vació su bolsillo en las manos de aquellos pobres tan ricos (que sólo es rico el que se contenta con lo que tiene), y corrió, corrió á su casa.

Al llegar, se despertaba el niño. Lo sacó de la camita. Comíaselo á besos.

—Papá, he soñado—dijo.—Tú corrías por el campo; yo iba llorando detrás. Yo te decía: «¡Espera...!»

¡Oh esperanza! ¡Tú eres el mayor bien de la vida!

Sevilla, 3 de enero de 1897.

EL CRISTO DEL AMOR

TRADICIÓN SEVILLANA (*)

I

Habían surgido ciertas diferencias entre Martínez Montañés y los padres de la Compañía de Jesús, y allí, en el estudio del famoso escultor, había quedado la hermosa imagen encargada por aquéllos para la iglesia de su Casa Profesa.

Allí estaba el Crucifijo, eclipsando con su belleza melancólica la de las demás esculturas. Parecía un sol en aquel cielo del arte. Porque era lo que decía el Maestro, contemplando con veneración cristiana su propia obra:

—Yo mismo no me doy cuenta de cómo estas mis pecadoras manos han podido hacer tal efigie. Á Dios sean dadas las gracias.

Los discípulos del Murillo de la escultura es-

(*) La preciosa escultura de Montañés á que se refiere esta tradición se venera desde el año 1870 en la iglesia del Dulce Nombre de Jesús.

cuchaban respetuosamente estas expresiones, admirando la portentosa imagen del Crucificado. Sólo uno de ellos, joven como de veintidós años, por cierto el más amado de Martínez Montañés, se había sonreído al oirle tales palabras.

Días después, una tarde del año 1630, estando el Maestro fuera de casa, conversaban los jóvenes en el estudio, y dijo el más muchacho:

—Camaradas, desde mañana ha de faltarnos de aquí una compaña hermosísima: la Hermandad de la Entrada en Jerusalén se va á llevar nuestro Crucifijo.

—De veras lo siento—dijo otro—aunque también me alegraría un poco, si no fuera pecado: porque es tal la veneración que esa santa imagen me inspira, que desde que el Maestro la terminó, paréceme un templo el estudio; y así habreis visto que no tomo parte en vuestras alegres conversaciones.

—¡Corazón de manteca!—repuso en tono burlón el discípulo predilecto de Montañés, acabando de modelar una figúra.

—Pablo—exclamó el aludido:—¡que siempre has de ser así!... Á fe, á fe que si el Maestro llega á columbrar esos asomos de incredulidad, ha de entibiarse el grande cariño que te profesa.

—¿Llamas tú ser incrédulo á no ser blando? No todos hemos de tener al espíritu hecho de alfeñique. Quede eso para las mujeres. Además, ¿no sabemos tú y yo que toda esa hermosura del Crucifijo es obra humana, aunque divinas merecen llamarse las que salen de las maravillosas

manos del Maestro? Para los que en el secreto estamos...

—¡El señor Juan!—dijo en voz baja uno de los jóvenes, al oir los pasos de Martínez Montañés, que se acercaba.

Y quedó cortada la conversación.

II

Caía la tarde.

En la iglesia de Nuestra Señora de Consolación, del convento de los Religiosos Terceros, éstos esperaban, á puerta abierta, que Martínez Montañés llevase la notabilísima escultura. En el retablo de uno de los altares estaba preparada la nueva y más costosa Cruz, con sus brazos extendidos, como ansiosa de recibir en ellos la sagrada imagen del Redentor. Junto al altar se había construído un andamio para facilitar la subida y colocación de la efigie.

El Maestro no se hizo esperar. Acompañábanle tres de sus discípulos, Pablo entre ellos, y dos mozos que conducían cuidadosamente, cubierta con negro paño, la admirable obra.

Contempláronla entusiasmados los religiosos, haciéndose lenguas en su elogio y en alabanzas del artista. Eran, de cierto, muy de admirar aquel cuerpo naturalmente caído; aquellos músculos dilatados por una agonía dolorosa y lenta; aquel bellísimo rostro de expresión melancólica;

aquellos ojos casi cerrados, de mirada dulcísima; aquella boca entreabierta, por la cual parecía escaparse suavemente y sin esfuerzo el postrer hálito de vida con la última palabra de perdón... Pero no había tiempo que perder: la claridad que entraba por la puerta y por las vidrieras era de instante en instante más escasa, y para suplirla no podían bastar las luces que se encendieran en los altares.

Subieron al andamio los mozos y en él recibieron la efigie, auxiliándolos desde abajo Martínez Montañés y sus discípulos. Para fijarla en el madero eran menester manos peritas, y el Maestro quiso ocupar en ello las suyas propias. Pablo no lo consintió, y subió con ligereza al tablado, provisto de las herramientas necesarias.

Había, por de pronto, que enderezar la imagen, que medio tendida sostenían los mozos, y Pablo, para tomarla por debajo de los brazos, apoyó sobre su pecho la cabeza del Redentor. Y como tuviese que hacer uso de todas sus fuerzas, cruzó por su mente este impío pensamiento:

—¡Señor, si mucho os pesé, en verdad que no poco me pesáis!

Un agudo grito siguió inmediatamente á esta exclamación mental. Pablo, perdidos el color y el conocimiento, se desasió del Cristo, llevóse las manos al pecho, y, hubiera caído del andamio á no sostenerle uno de los mozos, mientras el Maestro y los otros discípulos acudían á prestarle auxilio y á bajarlo al suelo.

Nadie se explicaba lo que había sucedido. To-

dos los concurrentes rodearon á Pablo, y Martínez Montañés, viendo que con ambas manos se apretaba el lado izquierdo del pecho y que en ellas y en las ropas tenía sangre, abrióle éstas, en tanto que Pablo volvía en sí.

—¡Estás herido!—exclamó el Maestro con angustia.

—¡Estoy herido... de amor!—respondió con voz desfallecida el discípulo. Y añadió, incorporándose un poco y contemplando como en éxtasis la veneranda imagen del Redentor:

—¡Bien hayan esta sangre y este llanto; que á ellos, Señor, deberé, por vuestra infinita misericordia, el perdón de mis culpas! ¡Bien haya esa espina sacratísima con que punzasteis este empedernido corazón, que desde hoy será todo vuestro! ¡Dulzura de mieles siento en el pecho, pues parece que con la aguda espina me ha entrado en él un rayo de vuestra gloria! ¡Vuestro, vuestro quiero ser toda mi vida, y después toda la eternidad, bondadosísimo Señor mío!

Martínez Montañés, los frailes, cuantos escucharon estas palabras, estaban asombrados del prodigio.

Y allá en el altar, la imagen del Redentor, medio bañado el hermoso rostro por la débil claridad del crepúsculo, parecía sonreir dulcemente y tender los amorosos brazos al herido, como á descarriada oveja vuelta tan á tiempo al redil del Buen Pastor.

Sevilla, 1896.

COMENTARIOS EN VERSO

ESCRITOS EN 1599

PARA UN LIBRO EN PROSA QUE SE HABÍA DE PUBLICAR

EN 1896

—

Al Ldo. D. Nicolás Tenorio.

Mi amigo y dueño: Cuando en el marzo anterior al que se avecina, vuesamerced tuvo á bien mandarme presentada una de las cien copias de la muy curiosa obrita que intituló *Noticia de las fiestas en honor de la Marquesa de Denia hechas por la ciudad de Sevilla en el año de 1599*, puse sobre mi cabeza el libro, como si fuera bula del Papa, aunque, contra lo que dice el antiguo refrán, *no la pagué de plata*, ni aun de cobre siquiera, leí luégo con espacio la relación, que á poco me supo, estimé en lo mucho que valen el buen juício de vuesamerced y la paciencia que hubo de gastar en la búsqueda y lectura de los revesados escritos que de aquellas fiestas tratan y, proponiéndome pergeñar algunos renglones sobre el bienmedrado trabajo, dejélo á mano, á fin de leerlo más á mi sabor cuando otras ta-

reas harto perentorias me dejasen vagar para ello.

Han pasado once meses y los tales renglones no se han escrito: así lo quisieron aquellas tareas y un tantico de legítima flojera andaluza; porque yo me parezco un si es ó no es á Gálvez el ayunador y á aquel sopista que, aplazando siempre el comienzo de su estudio para un mañana que no llegaba nunca, había escrito en la pared de su cuarto, en letras gordas como sandías de Utrera: *Cras studebo.*

Por prescripta daba la acción que vuesamerced tuviese para exigir el pago de mi deuda y ya, por tanto, considerábame horro del trasnochado compromiso, cuando un hecho casual ha venido á meterme en deseos de pagarla. En la selecta librería de nuestro amigo el Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros tropecé, no há mucho tiempo, con un códice en 8.°, de primorosa letra del siglo XVII y que perteneció á aquel D. Francisco de Aldana Tirado, autor de un librote, inédito aún, á Dios gracias, que con harta razón calificó de ridículo el erudito Gallardo, como que se titula así: *Asaltos al oscio; con que en diuer-»sos ratos perdidos dió bateria á la Pereza el »cañon de Francisco Joseph de Aldana Tirado, »Q. L. D. O. Y. C.* (que los dedica, ofrece y con-»sagra) *a la mas Pura candida y rutilante Au-»rora que en su primer alvor amaneció tan diá-»fana al Dia de la Gracia...* No acabaré de copiar el título, porque habría para rato. Digo á vuesamerced que en tal códice, que contiene poe-

sías, casi todas sacras, de muchos de nuestros mejores ingenios de fines del siglo XVI y principios del XVII, hállanse, casi al fin, unos *Sonetos del receuimiento que Seuilla hizo a la marquesa de Denia* y unas *Redondillas contra estos sonetos*. Y como creo, señor licenciado, que ni los unos ni las otras han visto la luz pública y que bien merecen verla, pues son buenos, y que comentan á maravilla la verídica relación que vuesamerced dió á la estampa, hé aquí por dónde, aunque muy á deshora, voy á pagar mi deuda en buena moneda, sin poner de mío más que unos cuantos renglones de prosa mal hilvanada.

Podría yo, si para ello tuviera tiempo disponible, bachillerear de lo lindo acerca de cúyas fuesen las plumas á que se debieron estas composiciones y explicar por qué me parece que en algunas se dejan traslucir la musa retozona de Baltasar del Alcázar y la más traviesa y maleante de aquel Alonso Álvarez de Soria, mozo sevillano de grande ingenio, á quien hizo ahorcar, por cosa de nonada, un crudelísimo corregidor, á pesar de haberle pedido su indulto Juan de la Cueva en aquel soneto que comienza:

No des al febeo Álvarez la muerte...;

pero no todo se ha de hacer de un tirón: á bien que hay más días que ollas.

Por hoy, básteme probar con los sonetos de marras que vuesamerced estuvo en lo cierto en cuanto dijo de la Marquesa de Denia y de las fies-

tas y dineros con que la obsequió Sevilla; y si en las tales poesías hay, por añadidura, algunos pormenores no contenidos en la relación que escribió vuesamerced ni en los documentos cuyas copias la acompañan, ¡mire qué pedrada en los dientes daremos á los aficionados á este linaje de averiguaciones!

Ya sabemos, gracias al librito publicado antaño, en qué consistieron las fiestas celebradas en Sevilla por octubre y noviembre de 1599 y cómo fué agasajada la Marquesa de Denia; veamos ahora qué pensaba de tantos holgorios el pueblo, el que pagaba; columbremos, al través de las composiciones poéticas encontradas por mí, el ceño con que Sevilla veía á sus administradores y representantes hacer mangas y capirotes de la hacienda comunal, luciéndose y lisonjeando á Felipe III y á su privado, á costa de maravedís que eran ajenos, aunque su derroche se asentara en los libros de *propios*. Y como ya es hora, señor y amigo mío, de que vuesamerced se solace con la lectura de los tales sonetos, que estarán haciéndole recordar, según se tardan en parecer entre mis renglones, el cuentecillo infantil de aquel duende de chimenea á quien todo se le iba en decir: «¿Caigo, ó no caigo?» y jamás acababa de caer, vayan, al cabo, saliendo á plaza, por vía de glosa á la relación de vuesamerced, que iré extractando muy á la ligera.

En los últimos días de septiembre de 1599, don Diego Pimentel, asistente de Sevilla, recibió una carta del Rey, en la cual le encargaba que la ciu-

dad hiciese muy buena acogida y demostración á la Marquesa de Denia, á su vuelta á Castilla desde Sanlúcar, adonde había ido para hallarse en el parto de su hija la Condesa de Niebla. Tratándose del Rey y de la mujer de su valido, era menester echar la ciudad, que no la casa, por la ventana. Acuérdanse las fiestas; dispónense el recibimiento y el albergue; se sabe que el día 13 de octubre había de llegar la Marquesa, acompañada de su hija y de su nieta, y D. Juan de Arguijo,

«Del sacro Apolo y de las musas hijo»,

á la par que caballero veinticuatro de la ciudad, preparó tantos agasajos y tan fastuosos en su hacienda de Tablantes, para que en ella descansaran la tarde y la noche del 12 las ilustres viajeras, que es fama que se arruinó para toda su vida. No dice la relación de vuesamerced que el Marqués de Santa Cruz, con muchos señores, fué á Tablantes á recibir á aquellas damas, ni que en larga arenga se les dió el parabién, á nombre de Sevilla, por uno de los regidores, ni que á las personas sensatas pareció muy mal tan costoso recibimiento; sobre todo, cuando había en la ciudad mucha miseria y mucho duelo, á consecuencia de la recién sufrida peste; pero todo eso y más lo hallará vuesamerced en este soneto:

He aquí que en refrescar los caminantes
El señor veinticuatro se ha extremado;

He aquí el de Santa Cruz, que, rodeado
De señores, salió hasta Tablantes.
He aquí puente y galeras abundantes,
Ella de gente, y ellas de cuidado;
He aquí en Sevilla no quedó soldado
Que no salió y volvió más necio que antes.
He aquí que la ciudad se vió ir en forma
Y de sus regidores el más digno
Relató el parabién en larga arenga.
He aquí que el pobre de esto agravio forma
Y he aquí, en fin, que la Marquesa vino.
¡Pues díganme, señores, que qué venga!

El vistoso espectáculo del recibimiento está pintado de mano maestra en los dos sonetos que ahora copiaré. Y, de camino, vuesamerced, señor licenciado, advierta que D. Diego Pimentel y el duque de Alcalá iban vestidos, á medias, de huevo: el uno de clara (de blanco), y el otro de yema (de amarillo), y que el maestre de campo Marqués de Santa Cruz daba órdenes para que el gentío abriera calle á la comitiva y para que los soldados no dispararan las armas. Lea vuesamerced y regocíjese:

Preñado el monte, tímida la gente,
Desgajan olmos, cortan juncia y caña;
Salen diez mil soldados á campaña
Y llegan las galeras á la puente;
Notifica á las nubes el teniente
Que en octubre no llueva en toda España;
Sale el cabildo en forma: gran hazaña,

Aunque, á mi parecer, impertinente.
El otro, de amarillo, se hace rajas,
Diciendo: «¡Aparta, vuelve, quita, ponte,
Que llegan á Triana ya las postas!»
Suenan tambores, pífanos y cajas,
Y el martes por la tarde pare el monte,
Si no lo han por enojo, tres langostas.

Títulos, generales, caballeros,
Hábitos, capitanes de fronteras,
Clarines, cajas, pífanos, banderas,
Soldados, coseletes, mosqueteros,
Alguaciles, ministros, escuderos,
Damas, galanes, galas y galeras,
Tapices, trompas, músicas, quimeras,
Veinticuatros, jurados y maceros.
De gualda va don Diego á dar la venia;
Enrique de Ribera va de blanco,
Y el de la Cruz de Malta, en voz entera,
Diciendo: «¡Afuera, aparta, que entra Denia!
¡No dispare ninguno; paso franco!»
Y pasó una mujer en su litera.

Claro es que aquello de que, preñado el monte, había acabado por parir,

Si no lo han por enojo, tres langostas,

era maliciosa reminiscencia de la antiquísima fabulilla del parto de los montes y del *ridiculus mus* á que vino á reducirse tanto ruído. Pero ¿quién pide respetos á la musa de un pueblo que

ve gastar sus blancas, sus negras blancas, en vano aparato y en espectáculos pueriles? ¡Mucho que importaba á los poetas hispalenses la carta recomendatoria del rey D. Felipe! Lo que al licenciado á quien se refiere estotro soneto, que, por la pinta, bien deja colegir que no era manco su autor, aunque le hubiesen estropeado una mano en glorioso lance de armas:

«*Quæ est ista quæ ascendit de deserto?*»
Preguntó un socarrón á un licenciado,
In lege bellacorum gradüado,
De bigote engomado y cuello abierto.
El cual le respondió, de risa muerto:
«Tiéneme esta braveza, seor soldado,
Tan absorto y sin mí, tan abobado,
Que aun informarme de lo que es no acierto.
»Dicen que nace este alboroto y fiesta
De que Sevilla á una mujer recibe
Que pago le hará con un *pax vobis*.»
Luego entró en su litera muy compuesta,
Y él, dándose en los pechos, dijo: «¡Vive,
Gran Marquesa: ya el Rey *ora pro nobis!*»

¿No es verdad, señor mío, que este soneto bien pudiera ser del mismo peregrino ingenio que un año antes había dedicado otro, famosísimo, al túmulo de Felipe II? Doctores tiene la Iglesia: doctores lo averigüen, y no pobretes bachillerejos á quienes, en punto á saber de estas cosas, no les llega la sal al agua.

Hiciéronse las fiestas tal como vuesamerce

dice en su libro: hubo máscaras, y comedias, y simulacro de batalla naval, y otras cien diversiones, muy á placer de la gente boba, pero muy á disgusto de la avisada y prudente. Lo que más llamó la atención fueron los toros que se corrieron y las cañas que se jugaron en la Plaza de San Francisco. Bien describe vuesamerced esta fiesta; pero según el poeta anónimo, dejó mucho que desear: los toros fueron mansos como bueyes; los jinetes... Hablen cartas y callen barbas:

Una plaza de arena polvorosa;
Mil andamios de mimbres sobre estacas;
Doce toros más mansos que unas vacas,
Que fueron de encerrar difícil cosa;
Gran gentalla de vellos deseosa;
Ventanas ocupadas de bellacas;
Muchos malos jinetes sobre hacas;
Librea más lucida que costosa;
Desconformes parejas de jurados;
Garrochones y lanzas sin lanzada;
Pechiches en el suelo con la silla;
Un duque y asistente embarazados;
Una folla de cañas mal jugada:
Éstas fueron las fiestas de Sevilla.

Pero lo más lastimoso no fué que los toros y las cañas resultaran deslucidos, sino que la Ciudad, por los trámites y con los leves contratiempos que vuesamerced prolijamente narra, tuvo á bien servir á la Marquesa con diez mil escudos de oro. En vano se opusieron á este nuevo gasto

los mayordomos del cabildo de los jurados, Diego Ferrer y Juan Farfán, cuyos nombres, sólo por esta bizarra acción, debieran esculpirse en mármoles, rebautizándose con ellos sendas calles de esta ciudad: los diez mil escudos se regalaron, y la Marquesa se dignó de aceptar el presente; bien que el Rey, con suma generosidad, concedió permiso á Sevilla para hacer aquel nuevo dispendio. ¡Del pan de mi compadre, buen zatico á mi ahijado! ¡Ya se echaba de ver que la ilustre consorte del privado de Felipe III había entrado en martes en la ciudad del Betis! Y ya lo hizo notar el autor de otro de los sonetos, al dar la noramala, que no la norabuena, en nombre del gremio de Apolo, á la festejadísima señora:

En día prodigioso y acïago
La sotarreina y la demás cuadrilla
Del almadraba se lanzó en Sevilla
Y dió en diez mil escudos Santiago.
Hizo en los bienes propios gran estrago
De la ciudad que sufre albarda y silla;
Quintóla en joyas, que llevó á Castilla,
Con que fundar pudiera otra Cartago.
Pidió á rica la maya el asistente;
Bailó la zarabanda el regimiento;
En la casa de locos hizo escala.
Y también vino al gran recibimiento
Apolo con el coro de su gente,
Cantando á versos: «¡Venga enhoramala!»

Acabáronse las fiestas antes de lo que se pen-

saba, porque murió la niña de la Condesa de Niebla, y la Marquesa regresó á la corte, llevando consigo, además de buenos recuerdos, contantes y sonantes pruebas de la proverbial gentileza, ó *paganismo,* de esta ciudad. Todo el mal estuvo en no pensar las autoridades como los poetas, especialmente como uno de ellos, que, disfrazándose con la burda pellica de Gil Arribato, el de las coplas de Mingo Revulgo, había dicho á Sevilla, luego que la vió despoblarse para recibir á la mujer del favorito:

¿Dó vas, Sevilla, al husmo de una dueña
Vagabunda, tan lueñe de su dueño,
Que barrunta mal año, á fuer del sueño
De Faraón, que ahora en ti pergeña?
La piara maganta, y más cenceña,
Tus pobres son, que no vieron risueño
El gesto de Fortuna; son con ceño
Los ricos el ganado gordo en seña.
Si en pro de aquésta ensueña el Rey, bien crara
Le diremos del sueño la soltura:
Todo valdrá los ojos de la cara.
Cercenarse han medidas; la postura
Imposición tendrá: será bien cara
Á los pobres la dueña y su folgura.

Á la empanada poética con que el Parnaso hispalense regaló á la Marquesa de Denia no faltaron sus repulgos ni su espolvoreo: véalos vuesamerced en estas quintillas, ó, más bien dicho, *coplas reales:*

Poetas en nombre solo,
Con quien jamás tuvo entrada
Ni trabacuentas Apolo,
Gente la más desdichada
Que hay del uno al otro polo,
¿Qué os ha hecho la Marquesa,
Para que os deis tanta priesa
En sonar vuestros sonetos,
Que, de torpes é indiscretos,
El más liviano más pesa?
¿Qué muros se han derribado
Para entrar esta señora?
¿Qué calles aderezado,
Ó en qué se ha visto mejora,
Fuera de un término honrado?
Ocho toros mal traídos,
Mal comprados, bien vendidos;
Un juego en que no ganaron;
Un correr en que quedaron
Los que corrieron corridos.
Mayor liberalidad,
Más alta magnificencia
Piden y más majestad
De Sevilla la obediencia
Y del Rey la voluntad.
Y aun merece por sí sola
Esta sibila española
Triunfos muy más que otra alguna,
Y que tenga de Fortuna
Clavada á sus pies la bola.
Vosotros, grosera grey,
¿Qué hacéis tales espantos?

¿No veis que es costumbre y ley
Que se honre Dios en sus santos
Y en sus privados el Rey?
Siendo esto así, ¿qué os admira,
Qué simpleza os llama y tira
Á pregonar vuestras faltas?
Mas, al fin, á cosas altas
Jamás la bajeza aspira.
De la humana condición
Es propio el fuego y la llama
Del amor y la afición,
Y, así, se inclina á quien ama
Por destino ó elección;
Y si es que tiene salud
El ingenio y rectitud
Del gran príncipe y señor,
Siempre duerme su favor
En brazos de la virtud.
Amó á Mecenas Augusto,
Alejandro á Efestïón,
Con un término tan justo,
Que se ajustó la razón
Á la fuerte ley del gusto.
Y así, vuestro Augusto nuevo,
Nuevo Alejandro mancebo,
Ama, y á un sujeto tal,
Que es la virtud su caudal
Y el bien servir es su cebo.

Tengo para mí que tanto los siete sonetos copiados como las coplas que los subsiguen fueron labor hecha para leída en alguna academia poé-

tica; y si estoy en lo cierto, ¿cuál pudo ser ésta? Y ¿quiénes los autores de aquéllos? No entraré á tratar de tales cosas, pues sobre que tan lejos no quiero ir, para epístola ya basta, y aun creo que sobra la mitad.

Tardío, pero cierto, señor licenciado. Averigüe vuesamerced, en teniendo ocasión, si, para pagar los vidrios que en aquélla le rompieron á la ciudad del Betis, se cercenaron luego las medidas, como uno de los poetas había vaticinado, y sírvase de comunicarme lo que resulte de sus pesquisas; que de conocerlo holgará muy mucho este devoto amigo de vuesamerced,

q. l. b. l. m.,

El Br. Francisco de Osuna.

Sevilla, á 7 de febrero de 1897.

OSUNA Y SUS DUQUES

I

Ahora que, con motivo de la venta de los cuadros, esculturas, etc., de la antigua casa ducal de Osuna, están siendo tan llevados y tan traídos, en periódicos y en conversaciones, los nombres de los Téllez Girón, de ese esclarecido linaje cuya rama directa, por fatalidades de la historia y de la antropología, ha acabado cónicamente, es decir, en punta, no me parece inoportuno escribir algo acerca de los duques de Osuna y de la Osuna de los duques.

Para ello no revolveré los numerosísimos apuntes y documentos que de quince años á esta parte he logrado allegar, por si alguna vez me fuere posible dedicarme al concienzudo estudio de la historia de mi pueblo: me bastará con lo que recuerdo y con los papeles que tengo más á mano.

Ganados á los moros por el santo rey D. Fer-

nando la villa de Osuna y el castillo de Cazalla (hoy Puebla de Cazalla), el uno y la otra quedaron por bienes patrimoniales de la Corona y así pasaron á D. Alonso, su hijo, quien en el año de 1264 hizo merced de ellos á la orden de Calatrava, á condición de que la mesa maestral de tal orden se pasara á la dicha villa, llamándose el comendador mayor «comendador de la villa de Osuna». Reinando D. Enrique IV, el maestre D. Pedro Girón, electo en 1454, más allegado á su provecho que al de la orden, y contando con circunstancias tan favorables como la de tener gran valimiento en el reino su hermano D. Juan Pacheco, marqués de Villena y maestre de Santiago, redujo en 1664 á dicho rey á que donase á D. Alonso Téllez Girón, hijo mayor del maestre, las villas de Fuente Ovejuna y Belmez, con un pedazo de término de la ciudad de Córdoba; y, esto hecho, diez años después, so color de utilidad y conveniencia para la orden, llevóse á cabo el trueque de unos bienes por otros, pasando de tal manera á ser propiedad particular de los Girones lo que hacía largo tiempo pertenecía á la orden de Calatrava. Claro es que tal permuta no podía ser válida; que la doble personalidad de gran maestre y de padre del favorecido no era buena fianza de la solidez de aquellos mañosos tratos; que la donación hecha al D. Alonso claudicaba por ciento y una razones, entre ellas, por la de no haberse guardado en la enajenación las solemnidades de las leyes entonces vigentes, y que, muerto sin hijos el D. Alonso, la villa de

Osuna y el castillo de Cazalla debían volver á la mesa y administración maestral. Mas por lo mismo no volvieron; que ser grande es poderlo todo. Antes por el contrario, D. Juan Téllez Girón, hermano del favorecido, pidió á los Reyes Católicos que le reiterasen la merced (nula *ab origine),* como lo hicieron, sin preceder los requisitos prevenidos por la ley de Valladolid, ya de antemano confirmada por dichos reyes.

Por tales enjuagues y por otros muchos, fáciles de enumerar en caso necesario, la posesión del estado de Osuna por los Girones, lejos de ser segura y de paz, fué siempre inseguríisima y de contradicción constante. Quien quisiere enterarse de ello, lea el sabroso opúsculo intitulado *Documentos con que los síndicos de Osuna manifiestan la nulidad de posesión de más de 25.000 fanegas de tierra que los señores duques de este estado han disfrutado y disfrutan en la actualidad en daño de este vecindario desgraciado* (Sevilla, 1821.)

Por mí, baste decir que los pleitos sobre la nulidad de esa posesión no habían cesado en la primera mitad de este siglo, y que á última hora, aún no hace treinta años, se les puso término por medio de unos curiosísimos expedientes de dominio, en los cuales se apresuró á declarar á favor de la casa de los duques la gente más granada de Osuna; la misma bajo cuya iniciativa y dirección se tributó al último duque D. Mariano, como se ha dicho en estos días, un «homenaje verdaderamente gentil, servil y hasta fanático.»

Los primeros poseedores del estado de Osuna, tanto por natural bondad de carácter como porque comprendían que no harían demasiado aunque hiciesen mucho en pro de la villa y de sus moradores (que ciertamente no es mucho dar la pierna y el alón á quien nos dió, ó nos dejó tomar, el capón), fueron, salvo lo del despojo de que trataban los antiguos pleitos, verdaderos padres de mi pueblo. Allí residían, en una especie de patriarcado, proveyendo al bien de todos, dictando ordenanzas, cuidando del abastecimiento de la villa, socorriendo miserias; en una palabra, dándose á querer. ¿Un pobrete pedía al Conde de Ureña que le dejara sacar madera de los montes para labrar una carreta? El Conde, por medio de su secretario, proveía á la solicitud favorablemente, y aun solía añadir de su puño y letra: «Saque madera para dos carretas.» *Legi*. En los años de carestía no se pensaba en cobrar las rentas de los terrenos: ya se pagarían más adelante, ó no se pagarían jamás. Aquellos eran *señores*, en el mejor sentido que aún se da á esta palabra por los campesinos andaluces.

¡Cuánto han cambiado los tiempos de entonces acá! Los duques dejaron de residir en Osuna; con las glorias fuéronseles las memorias, y olvidaron que aquel pueblo era pobre por lo alegado é inutilmente probado en los pleitos de marras. Lejos de contribuir al mejoramiento moral y material de la villa de cuyo nombre tomaron el de su título, suprimieron torpe y ridículamente el gasto del maravedí que enjugaba una lágrima,

para derrochar sin freno, en las cortes extranjeras, el millón de reales!

Comparemos duques con duques, ascendientes con descendientes, y este parangón nos dirá cuán á menos vino la casa en los últimos desdichados tiempos. Ya Cáceres Prat nos ha contado en varios periódicos algunos alardes de vanidad y de riqueza hechos por D. Mariano Téllez Girón; ya sabemos que en la corte de Rusia, en el palacio del Czar, lució un chaleco cuyos botones, que eran brillantes como garbanzos, fué dejando caer adrede; veamos cómo empleaban las riquezas los ascendientes de ese malaventurado prócer, y cómo algunos de ellos entendieron que es más loable y meritorio derramar garbanzos entre los pobres que diamantes entre los millonarios.

II

A decir verdad, no todos los duques de Osuna, ni recientemente ni en los antiguos tiempos, cumplieron con la villa los deberes que de consuno les imponían su conciencia y el mandato expreso de sus ascendientes, de quienes habían obtenido el título y las riquezas. Por una doña Catalina Enríquez de Ribera, viuda del *gran Duque* y fundadora del Colegio del Corpus-Christi, hubo veinte Girones, que, atentos á su medro, nada hicieron en favor de Osuna, antes al contrario, al-

gunos de ellos la perjudicaron grandemente, llegando á utilizar, á título de préstamos, los fondos del procomún. Notas tengo de varias actas capitulares en que se consigna el acuerdo de suplicar á un señor duque que hiciera *la merced* de devolver á las arcas una considerable cantidad de dinero que le había prestado el concejo, sin interés alguno.

Pero aunque fueron pocos los Girones que amaron á Osuna hasta el punto de gastar una buena parte de sus bienes en mejorarla y favorecer á sus habitantes, los demás pecharon gustosa, ó, cuando menos, resignadamente con las cargas impuestas por sus progenitores, y, si no edificaron, tampoco destruyeron; que este privilegio nada envidiable parece como que estaba reservado para el último de los vástagos de la rama directa. Todo lo ganó Osuna á mediados del siglo XVI con prócer tan magnánimo como don Juan Téllez Girón, IV conde de Ureña y padre del primer duque, y todo cuanto ganó entonces lo ha perdido por obra de los últimos, especialmente de D. Mariano.

Y ¡si hubieran servido para algo bueno los sueldos y estipendios y las pensiones y limosnas ahorrados en Osuna...! ¡Si hubieran retardado la ruína de esa casa, aprovechadora de la ceniza y desperdiciadora de la harina!... ¡Qué mal ha concluído lo que tan bien empezó! ¡Entre las garras del tiempo ha quedado hecha añicos tanta opulencia! Hace un siglo, los ganados trashumantes de los Girones pasaban desde Galicia á

Andalucía sin pisar un palmo de tierra que no perteneciera á ese gran patrimonio, anchísimo piélago de riquezas en que habían entrado, como caudalosos ríos, los bienes que constituían la dotación de muchos títulos del reino; y ahora.., ¡quizás todavía no se haya pagado á Frápoli la sepultura en que descansan los restos del último duque; quizás está durmiendo el postrer sueño en lecho de piedra ajena el cadáver del prócer manirroto, del magnate que ostentó diamantes en vez de botones, por el solo gusto de dejarlos caer y hacer ver que los derrochaba!

Laudables ejemplos podía haber imitado y aun procurado sobrepujar; que con abundancia los había en su progenie. ¿Quería distinguirse en la milicia? Ahí tenía al primer Girón, D. Rodrigo de Cisneros *el de los Girones,* de quien se refiere que salvó de una segura muerte, con gravísimo riesgo de su vida, al rey D. Alonso VI, con una de cuyas hijas casó después; á D. Rodrigo Girón, nieto de aquél, muerto gloriosamente en la batalla de Alarcos; á D. Rodrigo González Girón, uno de los primeros que entraron en Sevilla el memorable día de San Clemente de 1248, en que esta ciudad fué tomada á los moros; á D. Gonzalo Ruiz Girón, maestre de la orden de Santiago, que se halló con el infante D. Pedro en el cerco de Algeciras y murió valerosamente peleando con los moros junto á Moclín, muerte de la cual dice Gudiel: «Digna, gloriosa y eterna memoria es la del maestre D. Gonzalo Ruíz Girón, pues no fué entre los regalos que á tal tiempo los gran-

des señores acostumbran tener, ni ocasionada de los excesos que los bienes demasiados suelen criar, ni en pretensión de alguna vana esperança: antes en el campo, tierra de enemigos, causada con los hierros de sus lanças, y procurada por ensanchar los términos del reyno, y ensalçar el nombre de Iesu Christo.» Y ¿para qué citar más ejemplos que el de D. Pedro Téllez Girón, III duque de Osuna, si con ese basta y sobra? Lleno está el reinado de Felipe III de su gloria militar y política, que resumió Quevedo, su secretario, en el siguiente soneto:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la Fortuna.
Lloraron sus invidias una á una
Con las proprias naciones las extrañas;
Su tumba son de Flandres las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
El llanto militar creció en diluvio.
Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
Murmuran con dolor su desconsuelo (1).

---

(1) Contra lo que hasta ahora se había creído, D. Pedro Téllez Girón *el Grande*, no nació en Valladolid, sino en Osuna. Así lo venía yo conjeturando años há, y ya no cabe duda: tengo

¿Quería D. Mariano Téllez Girón ser político? En ese mismo Gran Duque tenía excelente dechado que imitar. ¿Quería aplicarse al cultivo de las letras? Ahí estaban, con sus hermosos sonetos, el mismo virrey de Nápoles y su padre el segundo duque de Osuna, de cuyas composiciones hay buenas muestras en las *Flores de poetas ilustres*, publicadas en 1605 por el antequerano Pedro Espinosa. Y si, como se ha visto, D. Mariano propendía á gastar dinero en gran cantidad, bien pudo emplearlo en cosas más útiles y loables que aquellas en que lo empleó, y así se hubiera abierto un honroso huequecillo en la historia. Mas no parece sino que sólo tuvo presente el memorable ejemplo del IV conde de Ureña, por darse el gusto de malograr lo que él á costa de afanes y desembolsos sin número había bienlogrado.

Edifica el uno y dota con rentas cuantiosas, en 1548, el Colegio Mayor y Universidad de Osuna. El otro suprime la mezquina subvención con que contribuía al mantenimiento del Instituto de segunda enseñanza, á que había quedado reducido aquel glorioso centro del saber.

Funda el IV conde de Ureña la Colegiata de dicho pueblo, con abadía, y cuatro dignidades y diez canongías y diez raciones. Y el XII duque

---

copia fehaciente de su partida de bautismo, gracias á la bondad de mi paisano y buen amigo don Antonio Valderrama, arcipreste de la dicha villa. D. Pedro fué bautizado á 18 de enero de 1575, siendo su padrino D. Alonso Pérez Manuel de Guzmán, duque de Medina Sidonia.

de Osuna vuelve la espalda á tal fundación y se desentiende de las obligaciones que le impone su carácter de patrono.

D. Juan Téllez Girón crea, sacándola de cimientos, la capilla del Santo Sepulcro, en la cual fuesen sepultados los restos de sus padres y los suyos y los de sus descendientes, y dota esta fundación con los bienes necesarios para sostener ocho capellanes, un sacristán y dos acólitos, y «por quanto Dios ntro. Sr. prometió premio al hijo que onra al padre y a la madre», ruega y encarga á sus sucesores que «favorezcan la dicha Sta. Capilla y servicio della, como lugar consagrado para enterramiento de sus abuelos e padres y suyo y de toda la posteridad.» D. Mariano Téllez Girón, en cambio, no paga á los capellanes, da lugar á que le pongan pleito y deja cerrar la tal capilla y, al cabo, lo entierran fuera de ella, quedando vacío el nicho que para sus restos estaba reservado.

Erige y dota D. Juan Téllez Girón en la villa de Osuna otras iglesias (1), y monasterios (2), y hospitales (3), y casas de expósitos. D. Mariano Téllez Girón no erige ni dota nada; por el contrario, suprime de una plumada el pago de esas

---

(1) La de San Pedro.

(2) Los de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, la Victoria, el Monte Calvario y San Antón.

(3) El de la Encarnación, junto al Palacio Viejo.

cargas; que al fundador le habían parecido leve pluma y á él le parecían losa de plomo.

Por último, el IV conde de Ureña testa en Osuna (12 octubre de 1556), en castellano, y habla en cada cláusula del amor que profesaba á su pueblo: el XII duque testa en Baden-Baden (2 de noviembre de 1876), en idioma extranjero, sin nombrar á Osuna más que una vez: al firmar su testamento, porque llevaba ese nombre en la firma.

El uno dispensa á sus colonos del pago de las rentas en los años de carestía; el otro, explotando en provecho propio las mejoras con que generaciones de arrendatarios habían avalorado los terrenos, abriendo zanjas y pozos, poniendo vallados, construyendo eras empedradas, edificando caseríos y haciendo plantaciones, sube hasta las nubes las rentas y mata al proletariado de Osuna, que le había convertido en tierras excelentes, á fuerza de años, labores y abonos, lo que sólo eran terrenos incultos y pedregales.

¿No es verdad, amigo lector, que ha ido mucho de Pedro á Pedro y por lo relatado se viene en conocimiento de que Osuna no tiene nada bueno, absolutamente nada bueno que decir de su último duque?

Alábenlo allá en Rusia, en donde tan magnífico se ostentó; pónganlo sobre los cuernos de la luna los servidores del Czar que recogieron los diamantes derramados; elógienlo los sastres que dotaron su guardarropas con más de cuatrocientos pantalones; súbanlo al pináculo de la buena fama los administradores á quienes dejaba ha-

cer... Para los osuneses su memoria no puede menos de ser negra.

Y para la historia de España su recuerdo no tiene color alguno; mariscal de campo fué y nadie habla de las proezas por donde subió á ese empleo; embajador fué de San Petersburgo y nada notable hizo por donde se le recuerde.

En Osuna supo á acíbar, porque privó de pan á muchas personas y el hambre es amarga como la retama.

Fuera de Osuna ha sabido... á corcho, si, como dicen, el corcho ni sabe bien ni sabe mal. Ha sido un *grande* á quien no se ha visto ni con microscopio.

Ya hablé de su vida. Hablaré de su muerte y de su entierro en el artículo próximo, y basta de duques de Osuna que no valen la tinta que se gasta en escribir sus nombres.

III

Murió el XII duque de Osuna D. Mariano Téllez Girón, no en Baden-Baden, donde había testado, pero sí fuera de España, y sus restos fueron conducidos á la villa ducal, adonde llegaron el 13 de abril de 1883. En la estación del ferrocarril, en el furgón en que había sido conducido, estuvo depositado el cadáver desde las doce y media hasta las seis de la tarde, sin que nadie, ni la autoridad local, ni la eclesiástica, tuviera conoci-

miento de ello. Transcurridas esas horas, fué puesto el ataúd sobre una *zorrilla,* tirada por cuatro bueyes enjaezados con sendos penachos de esparto, custodiada por cuatro guardias civiles y rodeada de multitud de chiquillos, que corrían, se apiñaban, chillaban y se empujaban por ver lo que conducía el extraño vehículo.

Así fué conducido hasta la Iglesia Colegial, en una de cuyas capillas había de ser sepultado el cadáver del exembajador de España en Rusia. El cortejo fúnebre se componía de Mr. Joffrin, antiguo servidor del finado, un sacerdote forastero, el administrador de la casa en Osuna, los de algunos pueblos cercanos y un capitán de la Guardia Civil.

¡De nadie más! El pueblo vió todo aquello con la mayor indiferencia: ¡aquél no era *su duque!*

¡De cuán distinto modo había procedido ese pueblo el día 20 de mayo de 1558, al ser conducido desde la capilla del palacio y fortaleza hasta el recién labrado panteón de familia el cadáver del insigne IV conde de Ureña!

¡Aquél sí! ¡Aquél sí que había sido conde, y duque, y emperador de su pueblo, porque había imperado en los corazones, con el dulcísimo imperio de la caridad cristiana! Hable por mí el señor D. Antonio María Ariza, mi amigo y paisano, que ha descrito aquel memorable entierro con estas palabras (1): «Al tiempo de su fallecimien-

---

(1) *Bosquejo biográfico de D. Juan Téllez Girón, IV conde de Ureña* (Osuna, 1890).

to se encontraba en Osuna no sólo D. Pedro su hijo, sino también el marqués de los Vélez su yerno y el duque de Arcos su sobrino. En hombros de tan ilustres magnates y de respetables prelados fueron conducidos sus restos, con acompañamiento de muchos prelados de diversas religiones, de la Universidad y Colegio Mayor, de gran número de frailes de San Francisco, Santo Domingo, Mínimos, Terceros, Carmelitas y Agustinos, de las personas de calidad de sus estados, de sus dependientes y criados, y de todos los pobres de Osuna, que querían pagar con lágrimas, único patrimonio de los necesitados, el agradecimiento que debían á su bienhechor.»

No estaba yo en Osuna cuando de la insólita manera que he referido fué llevado á su última morada el cadáver del duque D. Mariano; pero con noticias fidedignas de todo ello, quedé abismado en honda meditación, comparando tiempos con tiempos y hombres con hombres, y fantaseé una entrevista entre los dos magnates, verificada la noche siguiente al sepelio del último duque, entrevista que referí en una carta publicada en *El Ursaonense*. Y pues en la tal carta hay algo que merece no olvidarse, porque es lección dura, pero provechosa, copiaré algunos de sus párrafos.

. . . . . .

. . . . . .

»Déjome de especulaciones un tanto cuanto metafísicas y voime derecho al que intento hacer tema principal de esta carta: al desdichado asun-

to de la inhumación del que fué duque de Osuna, D. Mariano Téllez Girón. Grande lo han arrancado al esplendor de esa ilustre familia en el caso presente. ¡Bueyes!... ¡Una *zorrilla!*... ¡Y en ésta, conducidos por aquéllos, los restos del embajador, del noble, del grande de España...! ¡Poder de Dios, y qué chica se ha visto su grandeza, y cómo la muerte parece comulgar en las ideas más demagógicas, hasta el punto de mostrarse más cruel con el potentado que con el pordiosero! Lo que llaman ahí el *pájaro verde* es un ataúd, pero no una zorrilla; condúcenlo hombres, y no bueyes; el hospital lo provee de huéspedes; pero éstos son llevados á la última morada con cierto decoro, siquiera les falte la canturía de los clérigos.

. . . . . .

»Resonando aún las últimas preces en las altas y macizas bóvedas de la Colegiata de Osuna, las pesadas puertas rechinaron sobre sus goznes, como saludando al recién sepultado vástago de la familia ducal. Todo quedó en silencio. La mortecina luz de la lámpara del Sagrario sólo conseguía hacer visible la obscuridad. Pasaron horas. ¿Horas? Y ¿por qué no siglos? Sin rumores, sin animación, sin vida, el tiempo no tiene valor alguno: esos rumores son el péndulo que lo mide.

»De pronto repiten los cóncavos un ruído sordo que suena como en las entrañas de la tierra; hácese de momento en momento más perceptible; se abre con estrépito la férrea cancela que conduce al enterramiento de los Girones, y da

paso al más ilustre de ellos: á D. Juan, el IV conde de Ureña. Sobre el vacío cráneo luce aquel gorro casi cónico con que se le ve retratado en la antigua Universidad; larga capa encubre la desvencijada armazón de sus huesos, y el fosforescente resplandor que brota de las profundas cuencas, antiguo albergue de sus ojos, baña en fantástica claridad las columnas, los muros y los altares. Pausadamente adelanta por la crujía; las pequeñas estatuas colocadas en las hornacinas de los marmóreos púlpitos parece que saludan al huésped con respetuosa mueca.

»—¡Ay!—suspira con voz cavernosa, apoyando las descarnadas falanges en el sarcófago; y «¡ay!» resuena de capilla en capilla y de nave en nave, como si toda aquella mole inanimada participase de la amargura del ilustre fundador.—¡Ay! que del término en que ha parado mi estirpe vengo á pedir estrechas cuentas á su último descendiente, y no me las puede dar limpias y aceptables!

»Y prosiguió melancólicamente:—Dios ha puesto bienes en las manos de los ricos para concederles el privilegio de endulzar las amarguras de los pobres; palabras son de la Suma Sabiduría. Esto hice yo engrandeciendo á Osuna, cuyo nombre habia de acompañar á mi descendencia. Y fundé casas de oración, donde la voluntad hallase las espléndidas escalas que á Dios nos conducen; y erigí un insigne plantel de enseñanza, donde el entendimiento buscase la manera de alcanzar la perfección humana posible; y gra-

vé mis riquezas en beneficio de niños, viudas y desvalidos; y por doquiera enjugué lágrimas, repartí limosnas, premié el saber y la virtud y solicité para ellos prerrogativas y exenciones que los hiciesen aún más amables. Á esto consagré mi vida; este ejemplo dejé á mis sucesores. Y ¿cómo no hacerlo por Osuna, cuyos campos y cuya riqueza mayor estaban en mis manos? Creíame, pues, moralmente obligado á proteger á la villa de extrañas rapacidades; á dotarla con cuanto remediase su miseria y la elevase sobre el nivel de los pueblos comarcanos. Así me engrandecía yo por rectos caminos; así engrandecia á mi linaje; así mostraba el honroso derrotero á los duques de Osuna mis sucesores, y no en otro ejemplo que el mío inspiráronse todos, entre ellos el gran virrey de Nápoles.

»Han pasado los tiempos, y ¡cuánta y cuán vergonzosa mudanza han traído para nuestro renombre! Tú eres el último Girón. ¿Qué has hecho tú? ¿En qué has empleado tu larga vida? ¿En qué me imitaste? ¿Qué te debe Osuna? ¿Qué enseñanzas se propagan en mi Universidad? ¿Cuántos capellanes ruegan por nuestras almas ante los altares del Santo Sepulcro? ¿En dónde están el abad, los dignidades y los canónigos de la Colegiata? ¿Qué limosnas has dado á los pobres en las frecuentes épocas de carestía? ¿Qué nodrizas á los niños desamparados, hijos del crimen ó de la miseria? ¿Como, último Girón y girón último de mi raza, de qué manera has cedido tus terrenos á los pobres, que has convertido en elemento de su

total ruína lo que para ellos debió ser fecundo semillero de alivios y dichas? Apático é indolente, has vivido en la estéril molicie, durmiendo á la sombra de laureles que no ganaste; has derrochado inmensos caudales fuera de tu patria, para competir con czares y reyes; y cuando tirabas las onzas de oro (1) veías de ahorrar el maravedí, suprimiendo dotaciones antiquísimas y respetables, dejando sin pan á quienes siempre lo habían pedido con fruto á la magnanimidad de nuestros corazones; consintiendo en ver cerradas las puertas de aquella Universidad insigne, á cuya edificación, por mejor probar la buena ley de mis deseos, contribuí hasta como artífice mecánico. Tú has permitido que los restos de tus mayores escuchen, no el salmódico rumor de los cánticos sagrados, sino el graznar de las alimañas que anidan en los templos abandonados y ruinosos. ¡Bien hicieron en sepultarte lejos de tus antepasados; que tales apóstrofes te habían de dirigir, que

---

(1) Vea el lector una de las muestras de cómo se tiraba el dinero en la casa ducal en vida de D. Mariano. Mi buen amigo D. José Gestoso me ha facilitado una tarjeta que dice: «Permítase ver mi Posesión de la Alameda á D..... (aquí un nombre) y personas que le acompañen. Pueden comer, embarcarse, columpiarse y verlo todo.—El Duque de Osuna, y en su ausencia, Herrero. —Al Conserge.—Valga para.....personas.» ¡Claro es que si el agraciado llenaba este claro escribiendo *cincuenta*, comían, se embarcaban y se columpiaban á costa del duque cincuenta personas! ¡Qué imbecilidad!

no hubiese paz para tus despojos! Por mi boca te hablan la crítica de la historia y el supremo derecho de la posteridad, que juzga y pesa y aquilata la vida pública de los hombres, con tanto más rigor cuanto mayor obligación tuvieron de hacer cosas grandes. ¡Habla! ¡Defiéndete!—

En el fondo de la sepultura resonó un gemido por toda respuesta.»

. . . . . .

Moraleja de estos ya pesados artículos. El hombre es hijo de sus obras, aún más que de sus padres. Bien lo reza el refrán: *Dejemos padres y abuelos, y por nosotros seamos buenos. Nobleza obliga,* oigo que dicen; mas por lo mismo, porque obliga, los nobles deben ocuparse en tales cosas, que, lejos de marchitar los laureles heredados, los hagan lucir con nuevo verdor y lozanía. Generalizando, y para terminar con algo excelente estos desaliñados renglones, copiaré unas palabras de Quevedo, que, aunque puestas en boca de un diablo, de la de un santo parecen haber salido, y salieron realmente de la pluma de un sabio (1): «Toda la sangre, hidalguillo, es colorada; parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida...; y el que en el mundo es virtuoso, ése es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos...

---

(1) *Las Zahurdas de Plutón.*

Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres: la primera, la nobleza; la segunda, la honra; la tercera, la valentía, pues es cierto que os contentáis con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la tenéis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Acierta á tener muchas letras el hijo del labrador; es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios; y los caballeros que descienden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren ¡ved qué ciegos! que les valga á ellos la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia.»

Así escribía Quevedo y así habla el sentido común, que es el más estimable de todos los sentidos.

Sevilla, 1896.

LAS PETENERAS

Lo *flamenco*, así en el *cante* y el baile como en la indumentaria y en las costumbres, ni es meramente andaluz, ni exclusivamente gitano; sino una mezcla de ambos *estilos*.

Se *agachonaron* (se andaluzaron) algunos *cantaores* y *bailaores* de la raza gitana; se *agitanaron* otros andaluces, y de la *siguiriya* y el *martinete* de aquéllos y de los cantos populares de éstos nacieron las *tonáas*, las *libianas*, las *cañas* y los *polos*, *cantes* que ni se escuchaban en la clásica fragua del herrero, ni se oian en las calles y en los campos, donde la sanísima gente del país canta sin mira de lucro, sino sólo por lo que ella dice en estas coplas:

Cantaré, que estoy alegre
Como la fresca mañana.
Algún día lloraré;
Que ahora no tengo gana.

Quien canta, su mal espanta;
Y aquel que llora lo aumenta;
Yo canto por divertir
Penillas que me atormentan.

Entre los que á mediados de este siglo cantaban, no para divertir sus penas, sino para *buscarse la vida*, ya asistiendo en tertulias de gente de buen humor, ya alistándose en las *compañías* que solazaban al público en tabernas y cafés, figuraba, con muy bien ganado derecho, *la Petenera,* de cuyo nombre de pila no se ha conservado memoria. Había nacido en Paterna de la Ribera (provincia de Cádiz); cantaba *como los propios ángeles,* al decir de los aficionados, y la llamaban *la petenera*, porque de *paternera* dicen los andaluces *patehnera* (algo aspirada la *hache),* y de *patehnera* á *petenera* va un paso corto, que mis paisanos salvan muy fácilmente.

La Petenera, sobre que inventó el agradabilísimo canto que llevaba su nombre, y que no se parece gran cosa al que lo tiene en la actualidad, debía de ser muy guapa moza. Bien pudo *Juanelo,* famoso *cantaor* jerezano, que la conoció y la admiró, hablar del *físico* de ella á mi buen amigo Machado y Álvarez, maestro en materia de *folklore,* ya que le enteró de muchos otros pormenores interesantes para la historia del arte *flamenco,* no escrita aún á estas horas. De que *la Petenera* fué una *jembra juncal* dan testimonio estos cantares, seguramente inspiraciones de amantes desdeñados y de mujeres celosas:

Quien te puso *Petenera*
No te supo poner nombre;
Que te debió de haber puesto
La perdición de los hombres.

¡La Petenera malhaya
Y quien la trajo á esta tierra!
Que *la Petenera* es causa
De que los hombres se pierdan.

¡Petenera de mi *bía!*
¡Petenera'er corasón!
Por *curpa e la Petenera*
Estoy pasando *doló*.

No sé dónde ni cuándo murió *la Petenera;* pero sí que su muerte fué muy sentida, á juzgar por esta otra copla:

La Petenera se ha muerto
Y la llevan á enterrar;
En el panteón no cabe
La gente que va detrás.

Ya lo indiqué: á las peteneras primitivas se parecen muy poco las que ahora se cantan. Había en ellas, más que en ellas en su acompañamiento, algo del *Punto de la Habana* y un poco de la popular canción de *El paño moruno,* como echará de ver el lector curioso en el tomo V de mis *Cantos populares españoles,* en cuyas páginas 128 y 129 copié esa antigua melodía. Hé aquí

una de las coplas que con más frecuencia cantaba aquella mujer:

Me miro de arriba abajo,
Y *aluego* te miro á ti;
Alegría me da *er berte,*
Y *peniya er berme* á mí.

Muerta *la Petenera,* pasó de moda su *cante* predilecto, quizás porque nadie la igualara en él; pero muy entrado el último tercio de este siglo, hacia los años de 1876, comenzaron á cantarse otras coplas, también llamadas *peteneras,* y asímismo de carácter *flamenco.* Popularizáronse pronto, y estuvieron en todo su fuerte en 1881; tanto, que por este año, que fué de gran carestía, se dijo:

Del año *e las peteneras*
Nos tenemos que acordar;
Que anduvo la Pura y Limpia
En el canasto del pan;

aludiendo con esto de la Pura y Limpia, no á la Santísima Virgen en su misterio de la Concepción, sino á que el canasto, que es la despensa de los pobres, estuvo *limpio,* es decir, vacío.

El baile de las peteneras es moderno; pero tan agradable y vistoso, que ha tardado poco tiempo en hacerse muy popular, especialmente en la clásica *tierra de María Santísima.*

Hay en él, además de los airosos desplantes y gallardas vueltas de manos de los bailes flamen-

cos, mucho de las proverbiales seguidillas: la majestad de los movimientos, las graciosas mudanzas... Es preciso verlo, mis lectores.

Cuando la primavera luzca en Sevilla sus galas como no las luce en parte alguna, cuando Sevilla celebre su feria, su famosísima feria, venid. El agradable repicar de los *palillos* y la fresca y argentina voz de las sevillanas os dirán dónde se bailan seguidillas y peteneras. Acercaos; que yo os prometo que *mirar* y *admirar* todo será uno, como en mis paisanas es uno *cantar* y *encantar*.

Con nuestros cantos y nuestros bailes populares, eficaz medicina para los espíritus tristes, sucede (perdonadme por la comparación) lo que con los calamares: hay que comerlos en su tinta.

Y la tintilla de las peteneras, cantadas y bailadas por graciosas andaluzas (perdonadme ahora por lo redundante), es una *tintilla*... ¡que ni la de Rota!

Sevilla, enero de 1898.

LA ONZA DE ORO Y LA "PERRA" CHICA

Era *pelucona*. Su busto, el de Felipe V; su año, el de 1738; su peso, una onza corrida; su color, el del oro mejicano; su sonar, grave y atractivo; sus letras, de forma elegante y de pronunciado relieve; su aspecto, distinguido y aristocrático. Era, en fin, *una señora onza de oro*. Y de su moralidad, á lo menos, de su moralidad aparente, no digo nada: por el anverso hablaba de la gracia de Dios *(Dei gratia);* y en el reverso, amén de lucir una crucecita sobre la corona real, ostentaba en su circunferencia, junto al bien labrado cordoncillo, aquella tan sabida máxima del libro de los *Proverbios: Initium sapientiæ timor Domini*.

Yo holgué mucho de que aquella respetable onza viniese á mi poder, lo primero, porque al adquirirla me hallaba dueño de dieciseis duros nominales y de veinte efectivos: en estos endiablados tiempos, casi una fortuna; lo segundo, porque nunca hasta entonces había yo poseído

—¡ni siquiera visto: con rubor lo confieso!—una onza *pelucona,* habiendo, entretanto, felices mortales que, según se dice, las apalean; y lo tercero y principal, que no siempre ha de ser lo principal lo primero, porque aquella moneda, que enseñaba virtud con letras de oro y con promesas de goces, y no con exhortaciones á cosas desabridas como el ayuno y el cilicio, no debía de haber andado sino en manos muy buenas y honradas. Además, aquello de tener lección y dinero, todo en una pieza, parecíame algo así como un imposible realizado.

Con el solícito amor con que una madre coloca á su niño dormido sobre la mullida colchoneta de la cuna, alojé la magnífica onza en un bolsillo de mi chaleco, junto á una humilde *perra chica,* que debió de esconderse en el último rincón, avergonzada de su insignificancia. Me recogí témprano, porque no está bien al hombre rico trasnochar, y al acostarme coloqué mi ropa en una silla, al alcance de mi mano, y me dispuse á conciliar el sueño.

No pude conciliarlo: desveláronme un extraño rumorcillo, primero, y después unas palabras dichas en voz baja: la *pelucona* se dignaba de trabar coloquio con la *perra chica.*

Me senté en la cama y apliqué el oído. Hé aquí, *plus minusve,* el diálogo de entrambas monedas:

—Y bien, la noche es larga y no tengo sueño. Estoy verdaderamente aburrida. ¡Aaaah...! Prescindiré de mi rango y hablaré contigo.

—Señora, en eso mismo estaba yo pensando; pero no me había atrevido á proponéroslo, aunque, por hoy, pernoctamos en una misma posada. ¡Valéis tanto y valgo tan poco...!

—No importa. Virtud es en el grande honrar al pequeño descendiendo hasta él. Porque, de otro modo, ¿cómo cruzara yo contigo mi palabra, cuando valgo la friolera de mil quinientas noventa y nueve veces más que tú?

—Lo sé, mi respetabilísima señora, y porque lo sé me anonada la inmerecida honra que me concedéis. Había oído hablar de vos como del fénix y del basilisco; creí que no existiais: tan lejos andáis de la plebeya multitud. Y ahora que, por rara dicha, os admiro á mi lado, quiero decir, me admiro al lado de vuestra augusta rubicundez, y siento que vuestro limpísimo oro se roza con mi sucio cuerpecillo de bronce, y advierto que vuestra elocuente palabra se cruza con la mía desaliñada y torpe y entrecortada por la emoción, siento así como un vahído de gratitud y no sé qué admirar más: si vuestra hermosura ó vuestra modestia.

—Bien; déjate, muchacha, de cumplimientos y sabe—acá para *inter nos*—que no es oro todo lo que reluce.

—¿Cómo, señora? ¿Seréis quizás falsa?... ¡Es increíble!

—No me has entendido. Quiero decir que debajo del sayal hay ál; que no soy lo que parezco; que no todo es grandeza en los grandes; que, apesar de este brillo que admiras, tiene mi historia puntos negros, muchos puntos negros, que me

avergüenzan. Yo, muy contra mi gusto, no soy una moneda honrada: parézcome á esas rameras de la *high-life* de la prostitución, bellas, jóvenes, de perfumado cutis, pero de corazón podrido.

Y la onza prorrumpió en sollozos, que daba lástima oirla, mientras que la moneda de bronce, con voz entrecortada, repuso:

—Señora, ¿quién había de pensar que fuéseis desdichada? Ahora me interesáis más que antes. Yo, como hija del pueblo, soy muy propensa á compadecer al que llora, sea quien fuere, y á llorar con él. Si de algún modo puedo aliviaros del peso que os angustia...

—¡No, no es posible! ¡Qué de buena gana me trocaría por ti! Tú debes de ser una muchacha honrada.

—Señora, lo soy, aunque me esté mal el decirlo. Pero ¿qué os aflige? Contadme vuestras cuitas. No es importuna curiosidad lo que me mueve á suplicároslo, sino el deseo de vuestro desahogo. Dicen que pena comunicada, medio consolada.

Dió la onza un suspiro, calló unos instantes, como para repasar sus memorias, y, después de suspirar de nuevo, dijo:

—Tienes razón, buena muchacha: comunicando las penas que nos ahogan parece como que pierden en intensidad cuanto ganan en extensión. Esta es ley moral, á la par que física: así amengua el ímpetu de los ríos caudalosos cuando se desbordan. Escucha y compadéceme.

—Señora, soy toda oídos.

—Del origen de mi oro tengo noticias escasas, pero bochornosas. Sé que á quien lo extrajo de las profundidades de la tierra se le mandaba á latigazos; que cada adarme de mi substancia costó mil gotas de sudor y cien lágrimas de amargura; que soy exigua parte de unas barras puestas á recaudo, allende el mar Atlántico, por un español codicioso, á quien otro español, para robarlo á mansalva, hizo ahorcar, después de unas fementidas apariencias de juicio, como traidor á su rey. ¡Oh, qué negra prosapia! Reinando Felipe II, trajo á la Metrópoli aquellas barras la flota de Indias; las barras convirtiéronse de allí á poco en relucientes escudos, con los cuales aquel rey tan discutido, tan ultrajado, pagó sus soldadas á las milicias que, así en Italia como en Flandes, así en África como en Portugal, glorificaban el nombre español. Hecha escudos anduvo la materia de que estoy formada; en manos, no en bolsillos, de soldados anduvo mi oro; que usureros y rameras se lo llevaron muy luego. El placer inocente se compra con cobre; el placer honesto suele costar plata; el vicio necesita oro, pues lo que menos vale es lo que cuesta más caro.

—¡Cuán razonablemente pensáis!—interrumpió con acento de sinceridad la humilde interlocutora.

—De aquella mi primera vida—prosiguió la onza—no tengo sino reminiscencias vagas. Recuerdo, por asomos y vislumbres, que una de las moléculas que me componen oyó cierto día á un clérigo este refrán: *Camino de Roma, ni mula*

coja ni bolsa floja; que otra exclamaba con horror, como quien tiene una pesadilla: «¡Asesino! ¿Á tu padre...?» y que, otra, en fin, refería de pe á pa cierta estupenda historia en donde sonaban á cada momento las palabras *¡Gibraltar! ¡Utrecht! ¡Vergüenza!*

Con tales levaduras me fundieron y me llevaron al troquel en 1738; por ver de preservarme del diablo, que ya tenía muy buena parte en mí, pusiéronme la crucecita que ostento, y porque anduviese por esos mundos predicando moral, estamparon en mi reverso una máxima acerca del santo temor de Dios. ¡Todo inútil! Acuñada fuí en pecado y para el pecado. Cierto que en algunas ocasiones he servido para cosas lícitas y sido honroso producto del trabajo y compendio y cifra del ahorro; cierto que, á las veces, he enjugado las lágrimas de la miseria y hecho verter las del noble agradecimiento; pero por las palabras que llevo sobre mí puedo contar esas alegrías, y sobrarán palabras. En cambio, ¡en cuántas vilezas he intervenido! ¡Cuántos males he causado! Como el funesto galán de la leyenda sevillana, y fuera de esas contadas excepciones,

Por donde quiera que fuí
La razón atropellé,
La virtud escarnecí...
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.

¿Á qué referirte las negras historias de que,

sola ó con otras compañeras tan malaventuradas como yo, he sido alma y origen? Sin voluntad propia, esclava de mis dueños, codiciada vehementemente por los que no me poseían, instrumento dócil y tentación sonora para todos, yo he sugerido á Celestina ardides infernales para que miles de doncellas tropiecen y caigan en el abismo de la prostitución; yo he puesto el puñal en las manos del asesino, empujándole hacia su inerte prójimo; yo he aguzado los ingenios para que tergiversen y trabuquen con habilidad diabólica los textos de las leyes, á fin de que, en ocasiones, la injusticia triunfe de la razón; yo he roto las alas á Cupido y despuntado sus flechas; yo he levantado sobre sus marmóreos pedestales estatuas de hombres que debieron mostrarse á las gentes en las plazas públicas, sí, pero en afrentosos patíbulos; yo perturbé el hogar y lancé á los hermanos contra los hermanos y á los hijos contra los padres ¡que tanto puede la codicia!; yo hice insoportable el orgullo del rico y vergonzosa la miseria del pobre; yo, en fin, cometiendo, siempre empujada por la maldad de los hombres, los más atroces delitos, y siempre, no obstante, querida y codiciada de ellos, acabaré por aniquilar las conciencias y por petrificar los corazones. Nada quedará de divino entre los humanos. Todos israelitas, en balde Moisés fulminará sobre ellos las más tremendas amenazas: no habrá medio de que vuelvan á acatar y venerar la ley de Dios.

¡Funesto influjo el mío! Aun haciendo el bien, soy fuente del mal. Hasta quien me gana honra-

damente hace derramar acerbas lágrimas. Aquí me tienes bien venida: producto soy ahora del loable esfuerzo; mañana habré proporcionado á este bachiller de quien somos, y á su mujer y á sus hijos, vitualla y ropas; pues, con todo eso, llorando queda una infeliz familia: la deuda, el embargo, la venta en subasta de un humilde casucho y de un desmedrado apero me han traído aquí. ¡Mal haya mi hermosura! ¡Mal haya lo que valgo: lo que dan en decir que valgo! ¡Maldito sea mi pernicioso influjo! ¡Edad dichosa aquella en que el oro, metal inútil para abrir el pródigo surco, dormía tranquilo sueño en las entrañas de la tierra!—

Y la onza, cuya voz habían solido entrecortar los sollozos durante este relato, rompió á llorar desconsoladamente.

—Señora, infeliz señora,—díjole la *perra chica,* con acento en que se traslucía una muy sentida compasión.—No os acongojéis. Vos no tuvisteis la culpa de ninguno de esos grandes crímenes. Vos sois buena: harto lo dicen vuestras lágrimas. Los malos son los hombres. Serenaos y tened sabido, pues siempre eso consuela, que me apesadumbro con vos. Acá, la gente del pueblo, somos así, ya os lo he dicho: la desgracia ajena nos llega al alma todavía más que la propia. Porque el sufrimiento y la pobreza siempre fueron hermanos y nadie se extraña, ni se compadece, al verlos ir juntos; pero ¡que pase penas un rico...! Héme aquí llorando por vuestras desdichas, cuando por las mías nunca me apuré gran cosa.

—¡Bien se echa de ver, buena muchacha— contestó la onza, algo mitigado su pesar,—que tu corazón es excelente! Dios te pague esas palabras, que caen sobre el mío como rocío del cielo. Y ahora que sabes mi historia, cuéntame la tuya. Maravillada estoy de cómo vales tan poco *valiendo* tanto. ¿Por qué te llaman *perra chica?* ¿Dónde naciste? ¿Haces el bien, á pesar de tu pobreza?... Habla, y no me llames señora; que me tendré por muy contenta con que me llames tu amiga.

—Gracias por el favor; sed mi amiga, muy norabuena; os creeré tal, pero así no he de llamaros si diez veces me lo mandaseis. Sé que hay y que debe haber clases en el mundo. Los dedos de la mano son, y no son iguales. Aborrezco el servilismo, pero entiendo de respetos y jerarquías. Y pues queréis que os cuente mi historia, obedezco. No es larga ni interesante; no hay en ella grandes virtudes ni grandes vicios. Pero á fe que no me tengo por harto infeliz, pobre y todo, tal como soy.—

Y, después de un momento de pausa, continuó:

—Terminada la guerra de África, no esta última quisicosa de Melilla, sino aquella inolvidable guerra cuyos pormenores se resumen en los inmortales nombres de O'Donnell, Prim, Echagüe, Zabala y otros tan gloriosos, unos cañones que habían atronado los valles africanos, sembrando la destrucción y la muerte entre las feroces hordas marroquíes, fueron arrumbados en

nuestros parques. Bizarros inválidos eran, pero años después dióseles lo que el vulgo llama *el pago del capacho*. También se da ese pago á los hombres. ¿Sirvieron, y ya no sirven? Pues ¡á quemarlos, ó, cuando menos, á tirarlos al muladar! De uno de aquellos cañones procedo. Llevo latiendo en todo mi sér el grito en que prorrumpían en África nuestros soldados: el sublime grito de «¡Viva España!» Acuñáronme el año de 1870; pero en solo diez el león español había venido tan á menos, tan escuchimizado y canijo se hallaba, que, al retratarlo en la moneda, nadie creyó que león fuese; ni siquiera perro pareció: *perra* le llamaron. ¡Qué vergüenza! De ahí mi apodo.

Como vos, instrumento soy: no hago lo que quiero; soy lo que quieren hacer de mí. Obscura, pequeña, á nadie inspiro codicia. Nunca tenté al ladrón. No vivo á sombra de tejado, ni, menos, escondida en el gato del estúpido avariento, ni en la caja de hierro del aprovechado mercader. Tostadilla me tienen el aire y la luz del sol; que ando de mano en mano, sin lograr, y aun sin apetecer, punto de reposo. Vos sois dama que vive entre olores de perfumería; yo soy, ó suelo ser, labradora á quien orean las brisas de los campos, las brisas que huelen á romero y tomillo, á mastrantos, alhucema y azándar: así somos, señora, vos tan amarilla y yo tan morena. Yo, aislada, valgo bien poco, pero sirvo para mucho; otra y yo, aunadas nuestras fuerzas, damos el panecillo al hambriento: le damos la vida. Aun sola vivo para

socorrer esas pequeñas necesidades que son las mayores urgencias humanas. ¡Con qué poco quiso Dios que subsistiera el hombre, y cómo éste ha trocado los frenos y hecho de lo principal lo accesorio y de lo accesorio lo principal! Comer y vestir como Dios manda bien poco cuesta; vestir y comer como mandan los hombres, ¡cuesta tanto...! El mundo ha roto con la felicidad.

Divago. Decía, ó iba á decir, que soy la limosna chica, pero frecuente: más sedes aplaca el modesto arroyuelo que el torrente que muere al cesar la recia lluvia. Soy el chorrillo de aceite que hace pasadero el manjar del pobre; la hebra de hilo ó de bramante con que remienda la humilde ropa, traidísima de tan llevada, que le preserva de los rigores del invierno; la sabrosa golosina que hace sonreir al niño que convalece; el agradable cigarrillo que solaza al trabajador en el rato de descanso; el óbolo con que la piedad cristiana se muestra lealmente agradecida ó candorosamente pedigüeña á la bondad de Dios... Y cuando no estoy sola, cuando me acompañan algunas de mis hermanas, somos el jergón en que el labrador reposa hasta que apunta el día; y el alquiler del cuarto en que le aguarda, con la cazuela humeante y el mantelillo remendado y limpio, la fiel compañera; y el pobre vestido nuevo con que cubren sus carnes; y la medicina que devuelve la salud al enfermo... ¡Oh, tú cuestas—y aquí hablaba con orgullo, por primera vez en su vida, la monedilla de bronce—tú cuestas maldiciones y llantos; yo gano sonrisas y bendiciones! Pero...—

Calló de pronto la *perra chica*. Sollozaba. Poco le había durado la soberbia: la soberbia y la alegría duran poco en la casa del pobre.

—¿Qué te sucede?—preguntó con vivo interés la moneda de oro.

Y tristemente prosiguió la de bronce:

—Pero... ¡también me hacen servir para lo malo! ¡Qué infamia! La caridad pública va á menos, porque se ha hecho materia de indigna explotación. Barajados y confundidos andan por el mundo el desdichado y el haragán, que no hay quien distinga al uno del otro; alquílanse los niños ¡horrible industria! para pedir limosna de puerta en puerta; miéntense desgracias y enfermedades y visibles lacerias, y ¡cuántas veces quien cree darme al infeliz me da al discípulo de Monipodio! Y ¡cuántas otras quien teme darme al hampón no me entrega al hambriento! ¡Cuántas me lleva á la taberna, al garito, al lupanar, quien me pidió, ó me cobró, para llevarme á la panadería! ¿Sonrisas dije? ¡De cuántas lágrimas soy testigo, y de cuántas miserias trágico fin!...

Cierto que mil veces, al alborear, fuí precio de la copa de aguardiente que, amílico y todo, amengua el frío al trabajador, agasajo que le aviva el contento y le reanima las fuerzas; pero en ocasiones...—¡ved, señora, si yo, á quien consideráis feliz, soy poco desgraciada!—en ocasiones lleno por última vez la copa del desesperado; le acentúo, llenándola, la atroz resolución que flaqueaba todavía; pongo en sus manos el arma con que satisface el rigor de unos enconados celos,

de un odio infernal ó de un irresistible cansancio de la vida... ¡Infortunada yo! ¡Ni mi pobreza y mi insignificancia, con ser tan grandes, me eximen del horror de causar mal! ¡Somos, señora, igualmente desventuradas...!—

Lloraba á más no poder la *perra chica;* lloraba á no poder más la onza de oro. Faltábanles palabras; sobrábanles pesares.

Yo, que había escuchado su prodigioso diálogo (prodigioso, porque no es cosa corriente que las monedas *hablen*, aunque lo sea mucho que las monedas *hagan)* y admirádome sobremanera de que así confraternizasen los ricos y los pobres, tuve pena de ambas y díjeles:

—Sois dos monedas honradísimas y en el alma os agradezco la muy saludable enseñanza que, aun sin imaginarlo, me disteis. Andando el tiempo, no mucho tiempo, no quedará aquí piedra sobre piedra, no sólo en España, sino en las naciones europeas pobres, en donde *no se deja producir á los productores* y en donde hacerse rico es hacerse amo. Los hombres dejaron de ser hermanos. Ya no es fácil la vida. Cada cual necesita más de lo que tiene: reclaman imperiosamente, como furiosos déspotas, el lujo, la apariencia vana, las necesidades facticias, las concupiscencias todas. ¡Y no tenía camisa el hombre feliz de la leyenda! ¿Quién es el embustero que afirma que se ha librado enteramente del contagio...? La Fe y la Esperanza se han perdido; la Caridad se va perdiendo. ¡Bien vengas, si es que puedes venir bien, siglo próximo! Todo tu vapor,

toda tu electricidad, todas tus filosofías y filantropías, todo cuanto inventes y descubras, ¿logrará el ideal supremo de hacer felices á los hombres?...—

En esto desperté. Adormilado aún, cogí mi ropa; registré los bolsillos. En uno de ellos dormía, con el sueño del bronce, á solas y á sus anchas, una *perra chica*.

¿La onza?... No había tenido yo tal onza de oro.

¡Para tener onzas de oro están los tiempos!

Sevilla, 1899.

EL OLIVO

¿Cómo pobres...? No es pobre el hidalgo que conserva la casa de su solar y unas hanegadas de esta bendita tierra española. ¿Se nos llevaron los últimos restos de América y se nos llevan el Archipiélago Filipino, todo *eso* que ganaron nuestro genio y nuestro valor, y que nos han hecho perder la indolencia propia y la maldad ajena...? Refrán tenemos que nos consuele de esas desventuras: *¡Ancha es Castilla!*

Ancha es, no porque soñemos con empresas militares, imposibles cuando la victoria, como impúdica meretriz, sólo otorga sus favores á los ricos, sino porque con cultivar, como quien dice, los corrales de nuestras casas nada tendremos que envidiar á los más afortunados. Seamos labradores y volveremos á ser poderosos. Cuidemos de nuestro caudal, y seremos felices. Nos lo prometen nuestro suelo y nuestro cielo, que no tienen rivales en el mundo.

Aquí el hierro, el cobre, el azogue y el plomo, en inagotables minas, á las cuales acuden como á panales de rubia miel las golosas moscas británicas; aquí los extensos campos poblados de lozanas vides, madres de los mejores y más codiciados vinos; aquí las amplias dehesas, y las maderas ricas, y la exuberancia de frutos variadísimos, y las fértiles tierras morenas que, á medio cultivar, producen cereales y semillas para medio mundo; aquí la caña de azúcar y el perseguido tabaco, criándose tan opulentamente como en el suelo de América... Pero ¿á qué proseguir enumerando? Con sólo uno de los vegetales de España, con el árbol andaluz por excelencia, podemos llamarnos dichosos; que él se basta para hacer feliz á una región. Aludo al árbol de Minerva; al que simboliza la paz: al olivo.

Vedle poblando una gran parte de los terrenos de la antigua Bética; él da sobrenombre de *olivífero* al Guadalquivir,

«Rey de los otros ríos caudaloso»;

miradle cuál se eleva retorciendo su nervudo tronco y sus espesas ramas, como quien perezosamente recibe las suaves caricias del espléndido sol meridional. Verde y brillante como la esperanza es el haz de sus hojas; casi plateado el envés, como el de las hojas del cinamomo; su florecilla, blanca y suavemente olorosa; morado su fruto cuando llega á la completa sazón. Ese mismo fruto sería regalo propio para los dioses, no

ya para los mortales; y del dorado líquido que de él se obtiene, ¿qué decir que no sea mezquino elogio? La Sulamita del *Cantar de los Cantares*, para encomiar al Esposo, requebrábale así: *Oleum effusum nomen tuum.*

Y ¡qué pintoresca, qué divertida, qué *folk-lórica* es la recolección de la aceituna en Andalucía! Yo, en cuatro plumadas, quiero probar á describirla, y ¡ojalá estos humildes renglones, y, más que ellos, los excelentes dibujos que han de acompañarlos (1), logren llamar la atención de nuestros gobernantes hacia la industria olivarera, tan hostilizada por los ministros de Hacienda como desatendida por los de Fomento!

Dicen en las tierras frías que *el que coge la aceituna antes de enero, se deja el aceite en el madero,* y en otras más templadas, que *por Santa Catalina, todo su aceite tiene la oliva.* Quede eso para los terrenos tardíos; el clima andaluz, que hace lozanas mujeres de las muchachas de trece años, madura el fruto del olivo al comenzar el mes de noviembre. Ya por ese tiempo contrasta con lo verde y lo blanco de las hojas lo morado del espeso fruto, que sólo se conserva *pintón* en los árboles muy cargados de él, ó en contados vidueños, como el *verdial.*

Allá van camino de la hacienda, en donde habrá trabajo para dos ó tres meses, las familias cogedoras; lo que llaman diez ó quince *casas,* por

(1) Escribí este artículo para la revista *Blanco y Negro.*

las cuales ya ha hecho el ajuste, á destajo, el *tarero* ó *manijero*. Soltados los hatos en la casilla y pasado el sueño de la primera noche, á la mañana siguiente, ¿qué digo á la mañana? cuando Dios comienza á echar sus luces, ya todos los cogedores han almorzado sus migas y van hacia el tajo, donde les aguardan los bancos, las canastas, los *reores* y las pimpolleras ó apuraderas: todos los trebejos del coger; y los del medir, pues tampoco falta el marco ó media fanega, que, porque no sirve al amo para cobrar, sino para pagar, suele tener, no seis, sino nueve y hasta once almudes.

Sale el sol y vense las aceitunas... y las caras; y tales suele haberlas, que al mismo sol le dicen: «Hazte para allá.» Á tomillo y romero huelen aquellas muchachas, frescas como unas rosas, criadas al aire libre en la aldea, no entre cristales, como plantas exóticas. ¡Lástima que desfiguren sus esbeltos talles, dejándose subrogar por unos calzones de hombre, las enaguas, recogidas á la altura de las caderas! Con todo eso, los ovalados rostros, rebosando gracia y salud, son más que buenos fiadores de cuantas bellezas oculta el acostumbrado disfraz.

Todo es vida y animación en el tajo: el uno, desde el suelo, golpea las ramas altas y más exteriores del olivo, que dejan caer su fruto en morada lluvia; otros, sobre el banco, arrancan la aceituna de las ramas interiores, ó echan abajo la de otras, haciendo uso de las *pimpolleras;* las mujeres no dan paz á las manos, ya ordeñan-

do las *sobaqueras*, ya recogiendo del suelo con rapidez pasmosa el fruto desparramado, faena en que, á ratos, ayudan los rapacejos de seis ú ocho años, mientras que los niños de pecho duermen ó lloran, revolcándose, á pocos pasos, sobre sendos trozos de manta deshilachada.

Y ¡cómo, aun allí, hace de las suyas el Amor, disparando invisiblemente sus agudas flechas contra los corazones de la gente moza! Y ¡cómo los celos, á lo mejor, visten de azul el rosado horizonte de las ilusiones, y amor y celos, no cabiendo en las almas, rebosan por los labios en forma de coplas, que llenan el aire de melodías!...

En el tajo, al mediar el día, se toma un bocadillo. ¿De qué?... De lo que *cae:* una granada y un pedazo de pan prieto, con unas buenas ganas de comer, que no hay salsa como ellas, fueron siempre plato de un sibarita. Prosigue la faena, las más veces entre vientos desapacibles, y molestas lluvias; las menos, al amor del sol, que tanto se deja sentir en el estío, cuando hace mal, y tan poco se deja ver en el invierno, cuando hace bien. ¡Rico egoísta al cabo! Al fin, vanse amortiguando sus tibios resplandores entre los celajes del Poniente, arrecia el frío, y ya no es la musa del amor la que inspira los cantos de los cogedores, sino la del hambre.

Acaba la recolección y, al descontar lo gastado de lo ganado, suele quedar á los aceituneros para darse una mala vuelta de ropa

y para comprar un par de fanegas de trigo con que hacer frente á los rigores del resto del invierno. Pero son ricos de corazón, y es lo que ellos dicen: *Canta la rana, y no tiene pelo ni lana.*

Sevilla, 1899.

JUAN CIGARRÓN EN LA PERCHA

Como las telas que dan las arañas
Las leyes presentes no sean ni tales,
Que prenden los flacos viles animales
Y muestran en ellos sus lánguidas sañas.
Las bestias mayores, que son más extrañas,
Pasan por todo rompiendo la tela:
Así que no obra virtud la cautela
Sino contra pobres y flacas compañas.

(JUAN DE MENA, *El Labyrinto*, copla LXXXII.)

I

¡CUÁNTA gente en la Audiencia! Jurados, peritos, testigos y curiosos llenan el patio. Seguramente se trata de uno de esos gravísimos delitos que conmueven á la sociedad hasta en sus cimientos.

Se agolpa la gente á la puerta; párase el coche celular; abren la portezuela con mil precauciones. Los curiosos se empujan para ver mejor; ya asoman los guardias que entran por el preso.

Tras ellos vendrá el feroz enemigo del orden social... ¡Calla! ¡Es un muchacho imberbe! Apenas tendrá dieciséis años. Y ¿qué crimen habrá cometido *eso?* ¡Si es una tiritaña!

II

Tiritaña y todo, ahí lo llevan amarrado, por buena pieza. Seis meses estuvo en la cárcel, en el patio de los *micos*. ¡Bueno será el mozo! Watt era una criatura cuando empezó á adelantar prodigiosamente en el estudio del vapor. La delincuencia suele ser tan precoz como la sabiduría. Y luego, ¡el orden social!... ¡El respeto á lo ajeno!... Porque dicen que este muchacho viene aquí por ladrón, ¡así como suena!

—¡Está perdido el mundo!

—¿Cómo hemos de regenerarnos mientras que, aun del regazo materno, salgan ladrones los chiquillos?

—D. Tadeo, mucho cuidado con el reloj.

—D. Dimas, mucho ojo con la cartera.

Y gritó el portero:

—¡Vista pública!

III

¡Cuánta gente para juzgar á un muchacho! Tres magistrados, doce jurados y dos suplentes, el secretario de sala, el fiscal, el defensor, el pro-

curador, dos alguaciles, guardias... ¡Silencio! El secretario da cuenta de la causa... ¡Ah! vamos: ese muchacho, el delincuente, pasaba junto á la ruinosa tapia de un huerto; vió que asomaba sobre ella una rama de un manzano, con tres manzanas sonrosadas y maduras, que estaban diciendo «comednos». Se acordó de su hambre, trepó, gateó y cogió las manzanas. El guarda, honradísimo hombre, le cruzó el rostro con un látigo. ¡Claro! ¡El guarda no está en el banquillo! Las lesiones fueron leves, mientras que el robo, todo robo, es grave. Pues, cristiano, ¿qué entiende usted por robo?

Daría risa, si no diese lástima, el ver al acusado, á Juan Cigarrón. Morenillo, larguiruchillo, de ojos vivos y negros, de nariz afilada, con las ventanillas muy abiertas, como de quien quiere orientarse por el olfato; de cuello movilísimo, que le permite mirar á todas partes casi á un tiempo; tembloroso, como un ratón recién caído en la ratonera, y sonriente, sin embargo, como habituado á la vida carcelaria, responde con maliciosa inocencia á las preguntas del fiscal:

—¡No, que no! ¿Mi hermaniya con jambre, y yo con jambre, y ayí las mansanas?... ¡Al istantito!—Y aspirando con fuerza por la nariz y torciendo el hociquillo con mohín truhanesco, añadió: —¡Y aupé y las trinqué! Sino que eran mu poquiyas: tres ná más.

Y sonreía, como quien quiere interesar al auditorio con el buen agrado, que es una manera primitiva de adulación.

Llamaron para declarar al dueño del huerto, que estaba presente cuando se cometió el *crimen*. Entró espetado, bondadosamente desdeñoso, con un botoncico en el ojal izquierdo de la levita... Conmovióse el respetable público. Era el perjudicado el Excmo. Sr. D. Gestas Mangiapani y Bevilacqua, biznieto de unos usureros genoveses, nacido aquí, y dueño, además, de otras manzanas... de casas. Dando á sus apellidos lo que requerían, *si mangiava il pane e si beveva l'acqua di tutto il mondo*. Aún no había sido ministro; pero se temía que lo fuese el día menos pensado. ¡Á fe que no faltaban buenos padrinos en la corte al dueño de las manzanas de todas clases!

IV

El fiscal acusó valentísimamente. ¡Qué bríos! ¡Qué dialéctica! ¿Cicerón y Demóstenes?... ¡Vayan mucho con Dios! Había que estirpar la peste social en el *bacillus*. Aquel niño era, en estado de canuto, el socialismo, el comunismo, el anarquismo.., ¡el abismo mismo! Comenzó á hablar el defensor. Hizo la historia de Juan Cigarrón, y, de paso, la de la finca. D. Gestas la había adquirido, gracias á una retroventa, en la décima parte de lo que valía. El presidente llamó al orden al abogado, é hizo muy bien: allí sólo se trataba de un robo: del de las manzanas. Con todo eso, los

murmullos del público bien indicaban que había otros mayores despojos en que pensar.

V

Ved correr á Juan Cigarrón hacia la calle; vuela, como un pajarillo escapado de la jaula. El jurado negó en el veredicto que se hubiese verificado el robo: no había habido tales manzanas en el mundo. Fué derrotada la Verdad, y alguien dijo que de ello se holgaba la Justicia.

En el patio, entre la muchedumbre, D. Tadeo y D. Dimas, los ciudadanos impecables, decían escandalizados á D. Gestas:

—D. Gestas, perdido está el mundo.

—D. Gestas, ¡aquí hace falta un cataclismo!

¡Y quizás tenían razón ambos adinerados bribones!

Sevilla, 1899.

BARTOLOMÉ AFANADOR

Dos hombres famosos por su destreza y su valentía nacieron en Utrera á mediados del siglo XVI: Miguel de Silva y Bartolomé Afanador. De ambos hizo referencia Rodrigo Caro en su *Memorial de Utrera*, impreso en 1883 por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, y de ambos trata D. Juan del Río y Sotomayor, en su *Descripción de Utrera, fundación y adorno de sus templos y hazañas gloriosas de sus hijos*, libro publicado, pocos años há, por otra sociedad benemérita: la del *Archivo Hispalense*.

Miguel de Silva pasó entre rufianes su mocedad; sus hazañas fueron narradas en varios romances y tal renombre ganó por ellas, que cuando en el año de 1600, ya frisando con los sesenta, vivía en paz en el mundo, disfrutando sus ahorros y siendo regidor del cabildo de Utrera, los soldados de un tercio que fué á esa villa y que, así en Bretaña como en Italia, habían oído cantar

sus proezas, «lo iban á ver, como si vieran á Roldán ó al Cid Rui Díaz».

Pero aún más que Silva se distinguió y se hizo famoso Bartolomé Afanador, nacido por los años de 1550. «Fué—dice Rodrigo Caro—de cuerpo no grande, pero fornido; su natural condición, quieta y pacífica, pero sin miedo ni alteración; jamás riñó con otro sino desafiado ó agraviado de obra ó de palabra; fué pobre, tanto, que se sustentó de hacer carbón y de otros oficios del campo, y por esto nada soberbio ni borrascoso, ni tampoco de viles costumbres.» Noticiosos de su fama, iban á buscarlo, para reñir, los más valientes de toda Andalucía; y Afanador, después de intentar disuadirlos, echaba mano á la espada y, sorteando con ella habilidosamente los golpes de la del contrario, le daba uno tan grande con su broquel, que le tendía en tierra. Jamás lo hirieron. Vez hubo que, acometiéndole seis hombres, unos con espadas y dagas y otros con dardos y piedras, mató á dos de ellos é hirió á los otros cuatro, quitando á todos las armas. Rodrigo Caro afirma que él las vió, y que uno de los heridos era un mulato extremeño muy valiente.

Hasta aquí lo indudablemente histórico acerca de Bartolomé Afanador. D. Juan del Río, que copia en este punto, casi con sus mismas expresiones, al ilustre cantor de las *Ruinas de Itálica*, añade que «el Duque de Osuna vino disfrazado á reñir con él, y lo mismo D. Alonso de las Casas, vasallo del Duque; pero habiéndolos conocido Afanador, excusó la riña; de lo que resultó lle-

varlo el Duque consigo á Francia y á otras partes, donde hizo cosas memorables y más útiles al Estado.» Pero esto del Duque ¿es historia, ó fábula? De todo puede haber en la viña.

Por de pronto, D. Juan del Río, para añadir lo que he copiado entre comillas, hubo de dar crédito, no á datos de todo punto fidedignos, sino á los que contiene la *Comedia famosa titulada Las Mocedades del Duque de Osuna,* escrita por D. Cristóbal de Monroy y Silva, natural de Alcalá de Guadaíra, villa cercana á Utrera, y casi contemporáneo de los hechos á que se refiere, como que nació en 1612, al decir del doctor D. Leandro José de Flores *(Memorias históricas* del mencionado pueblo, Sevilla, 1833-1834).

En tal comedia D. Pedro Girón, marqués de Peñafiel, preso en el castillo de Alcalá, burla su carcelería y va en secreto á Osuna, donde, enterado de que en Utrera estaba Afanador, trasládase allá. Éste cena en su casa, en compañía de Juana, su mujer, á quien dice, entre otras cosas:

Verdad es que agradecido
Debo á mi fortuna estar,
Pues no se puede alabar
Nadie de haberme ofendido;
Que sufrir es cobardía
El que con valor nació;
Mas si no me ofenden, yo
No trato de valentía.

En esto, D. Pedro Girón, disfrazado, y don

Miguel de Ribera, llegan cautelosamente á desafiarlo, y aun Carrillo, el gracioso; pero todo ello para en que Afanador vence al Marqués de Peñafiel, el cual dice:

Por Dios, que es honra de Utrera,
Y de España, Afanador,

y llévalo consigo á rondar, dándosele á conocer antes.

En la jornada segunda, después de hacer don Pedro Girón sendas barrabasadas con un recovero, un melero y un limonero, vendedores ambulantes, y mudada su prisión á Sevilla (en la Puerta de Triana), Afanador va á pedirle amparo, porque habiendo llegado á Utrera D. Fadrique de Toledo con unas milicias... Pero habla Afanador:

Echáronme dos soldados,
Pienso que por ultrajarme,
Y de la superchería
Irritado mi coraje,
Cosidos en un colchón,
Juntos los tiré á la calle.
Viéronme sus camaradas,
Y, procurando vengarse,
No les fué bien: herí á muchos;
Otros huyeron cobardes.
Don Fadrique me buscó
Y me vine, por no darle

Satisfacciones; que yo
Nunca satisfago á nadie.

Tómalo á su servicio el Marqués, y en la jornada tercera llévalo á París, en donde ambos ejecutan hazañas estupendas.

¿Sucedió, en realidad de verdad, algo de lo que pinta en su comedia Monroy? ¿Sirvió, en efecto, al Marqués de Peñafiel el bravo Afanador? Por el tiempo á que parece referirse, bien pudo ser: D. Pedro Téllez Girón había nacido en Osuna á 17 de diciembre de 1574 y fué marqués de Peñafiel desde el 14 de septiembre de 1590, día en que murió su abuelo D. Pedro, primer duque de Osuna, hasta el 25 de noviembre de 1594, fecha en que, por muerte de su padre D. Juan Téllez Girón, segundo duque, heredó sus estados. En esta época de su vida hizo travesuras á millares, y, en efecto, después de la muerte de Enrique III de Francia, fué á París, de donde regresó en 1593. Casado al año siguiente con doña Catalina Enríquez de Ribera, hija del segundo duque de Alcalá, aún prosiguió su vida de desórdenes, tales, que por ellos estuvo preso en 1600 en Arévalo y en Valladolid, y dos años después en un lugar del Condestable, su tío, de donde se huyó, remaneciendo en Flandes y comenzando allí la prolongada y hermosa serie de hazañas á que debió renombre imperecedero.

De todas suertes, el de Afanador ha pasado á la posteridad, avalorado y engrandecido por los fantásticos resplandores de la leyenda. Si el bravo

de Utrera no sirvió al Gran Duque de Osuna, era hombre para servirlo, y esto solo bastaría á su fama póstuma, si no bastasen y sobrasen los heroicos hechos que relató Rodrigo Caro.

No haría nada de más el Ayuntamiento de Utrera poniendo su nombre á una calle de esa ciudad, ya que, por desdicha, en la España de hoy, si los *afanadores* de afición abundan, escasean sobremanera los Afanadores de apellido y de rejo.

Sevilla, 1900.

SEGUIDILLAS

El *Liberal* me pide algunos renglones para uno de sus números de feria y llega á tan buena sazón, que no he de cavilar mucho para complacerle ni para dar con asunto á propósito.

Cabalmente estoy divirtiéndome estos días en hilvanar mis anotaciones al *Rinconete y Cortadillo* de un tal Cervantes, lindísima novela, en la cual, habiendo rogado Monipodio á la Gananciosa «que cantase algunas seguidillas de las que se usaban», la Escalanta, otra que tal, quitóle la vez «y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo á lo valón
Tengo socarrado todo el corazón.»

Ésta y las demás coplas que en la novela cervantina acompaña Monipodio con «dos tejoletas, que, puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaban el contrapunto al chapín y á la escoba» de las *non sanctas* mujeres, me traen á

la memoria las casetas del prado de San Sebastián, en donde á esta hora (diez de la noche) *arderá el mundo* en seguidillas: en lo que va para tres siglos ardía la casa de Monipodio, con su patio ladrillado y sus tiestos de albahaca.

¡Qué maravilloso poder el de la tradición! Pasaron los Austrias, con su paramucho Felipe el del Escorial, sus parapocos Felipe III y Felipe IV y su paranada Carlos II; pasaron y fenecieron después seis reyes de la dinastía de Borbón, y en medio de ellos un Bonaparte, un Saboya y una República, y no ha pasado ni fenecido una cancioncilla popular, ni su bailecillo gracioso, incitante y retozón.

¡Oh poder de las cosas humildes! El huracán, que no perdona la vida á los robles, no maltrata á los flexibles juncos.

Jamás á los que cantaron y bailaron las seguidillas les preocupó maldita la cosa la historia de esas lindas canciones. Divierten, y basta; son incentivo del amor, y sobra. Así, la seguidilla que copié há poco no parecerá tal á los que las cantan hoy; ni lo pareció antaño á mi querido amigo y casi discípulo el ingenioso *Carrasquilla*, aun siendo él tan maestro en cosas populares. Hubiérala visto escrita y enmendada de esta manera:

Por un *sevillanito*
Rufo á lo *válon*
Tengo *socarradito*
Todo *el corázon*,

y sería otro cantar; otro por la traza de aquel popularísimo:

En la torre más alta
De San *Agústin*
Hay un pájaro, madre,
Que canta en *látin*.

De la historia de las seguidillas se sabe poco más que nada, y de su principio, todavía menos. Hé aquí, en breve resumen, lo que he podido rastrear en mis lecturas.

El origen de esas coplas no se pierde en la noche de los tiempos; pero data de hay más de cuatro siglos, si bien su nombre no sea tan remoto.

Juan Álvarez Gato, poeta que floreció á la mitad del siglo XV, glosó en una de sus composiciones «el cantar que dizen:

Quita allá, que no quiero,
Falso enemigo,
Quita allá, que no quiero
Que huelgues conmigo.»

¿Dice el lector que se le hace largo el verso último? Los de otros ejemplos se le harán más cortos.

En los albores de la centuria décimasexta —ya lo indiqué en mi libro *El Loaysa de «El Celoso extremeño»*—corría como popular una cancioncilla satírica cuyo es este fragmento:

Venistes de la guerra
Muy destrozado;
Vendistes la borrica
Por un cruzado.

¿Qué es esto sino una seguidilla? Con todo, este linaje de coplas, que, por lo común, se usaban sueltas, como pie ó bordón de otros cantares breves, no tuvieron individualidad propia hasta el último decenio del siglo XVI, en que comenzaron á propagarse con una musiquilla tan ligera y alegre y un baile tan gentil, provocativo y afrodisíaco, que no había más que pedir.

La seguidilla hubo de auxiliar á *la chacona* en la plausible tarea de destronar á *la zarabanda*, que había encendido la sangre á medio mundo, haciendo bailar al otro medio. Quién llamó á los nuevos cantares *coplas de la seguida*, como Cervantes en *El Celoso extremeño*, y fray Diego de León en sus *Aforismos y reglas sobre el oficio de la predicación*, y quién *seguidillas*, tal como hoy; entre otros, el mismo Cervantes en *La Gitanilla*, y en *Rinconete*, y en el *Quijote*, por boca de la condesa Trifaldi.

Ya tomasen estos nombres, como dice el *Diccionario de Autoridades*, «por el tañido á que se cantan, que es consecutivo y corriente», ó ya porque al principio siguiesen á cada una de otras coplas, ello es lo cierto que fueron la letra que se usaba para algunos bailes más ó menos apicarados, tales como *Los Valientes*, *Santurde* y *El*

Caballero, el último de los cuales comenzaba con esta letra:

De noche le mataron
Al caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

Y con el tono de las seguidillas se cantaba aquella linda canción que empieza:

Madre, la mi madre,
Guardas me ponéis...,

cosa que se demuestra por un pasaje de Cervantes (jornada 3.ª de *La Entretenida),* en que preceden á la citada canción estas palabras:

—Alto, pues, vayan *seguidas.*
—Sí, amigo, porque bailemos.

El primero que trató técnicamente de estas coplas fué el maestro Gonzalo Correas, catedrático de Salamanca, en un curioso libro escrito en 1626, que ha sacado á luz recientemente, en primorosa edición, mi ilustre amigo el Conde de la Viñaza. Llámalas *seguidillas*, las cree poesía muy antigua y distingue varias clases de ellas, según las diferentes medidas que solían tener los versos primero y tercero, pues no era de rigor que, como ahora, fuesen heptasílabos. Hé aquí algunos de sus ejemplos:

Toda va de verde
La mi galera;
Toda va de verde,
De dentro afuera.

Aires de mi tierra,
Vení y llevadme;
Que estoy en tierra ajena:
No tengo á nadie.

Y es cosa particular que algunas de las seguidillas que cita Correas perduran entre nuestros cantares de hoy. Verbigracia:

Unos ojitos negros
Me han cautivado.
¡Quién dijera que negros
Cautivan blancos!

Á las seguidillas que tienen agudos los versos pares, como las dos primeras que cité en este artículo, ó lo que fuere, llamaban *folías*. Una muestra:

En doblones me escriba,
Galán, su pasión;
Que es letra más clara
Y entiendo mejor.

Todavía sigue pareciendo más clara esa letra. Tampoco esto ha cambiado con el transcurso del tiempo.

¿Cuándo se hizo corriente el dar siete sílabas á los versos primero y tercero? ¿Cuándo se agregó el *estribillo,* de que aún carecen muchas seguidillas populares?

Á lo primero sólo responderé que Lope de Vega en su *Entremés de las comparaciones,* escrito ya bien entrado el siglo XVII, llamaba *seguidillas nuevas* á estas dos, cuyos versos impares son heptasílabos:

Como el vino sois, mozas
De aqueste tiempo...

(No copiaré los dos versos restantes: son fuertecillos).

Al hipócrita imitan
Los que aman viejas;
Que se van al infierno
Con penitencia.

Por lo que hace al estribillo, creo que nacería (aunque no sé en qué tiempo) de la costumbre de repetir algo variado y sin el primer verso, que se sobrentendía, el concepto de la copla. Sirva de muestra esta joyita de la poesía popular:

Desde que te ausentaste,
Sol de los soles,
Ni los pájaros cantan
Ni el río corre.
¡Ay, amor mío!

Ni los pájaros cantan
Ni corre el río.

¿Ausencia dije? Ese es uno de los graves males del amor, cuyo gentil proceso suele terminar con el amargo pensamiento de esta copla:

Seguidillas son guindas,
Guindas son flores;
Palillos de retama
Son mis amores.

Sevilla, abril de 1904.

EL CUENTO DE LA VERDAD

Era esta vez, como verdad ó mentira que es, un rey moro de Granada, que tenía tres hijos. El mayor iba para rey, como su padre; el segundo era una doncella muy garrida, que andaría en los veinte años, y el príncipe chico, que será el de mi cuento, un buen mozo de hasta diez y siete, que no quería caballos ni armas, sino libros y más libros. Lee que lee noche y día, su padre y su ayo le regañaban por aquella afición, que ya picaba en vicio; pero él ¡como si tal cosa! Ni cacerías, ni juegos, ni diversiones de otra clase le agradaban: sus libros, y pare usted de contar. Los médicos de palacio lo observaban, lo pulsaban á cada momento y le mandaban muchas medicinas para curarlo de aquel negro humor; con todo, él, ¡triste que triste!

¿Qué le pasaba...? Con la lamparilla mágica que siempre tiene á mano el que cuenta cuentos,

yo lo vi, y es claro que yo lo sé. El Príncipe estaba enamorado, y esta pícara enfermedad no tenía remedio, porque nuestro mozo no acertaba á dar con la prenda de su corazón. Era el caso que un día, leyendo en el libro de un sabio, pariente de Mahoma, topó con unos renglones que decían así: «¡La Verdad! Criatura más bella que cuanto »cabe ponderar en palabras. Amarla sin conocerla, ya es mucha suerte. Hallarla y verla de »cerca sería como columbrar el Paraíso. Hallarla, verla de cerca y obtener una caricia suya, »sería como poseer y gozar para siempre las delicias del Edén. Dicen que la Verdad habita en »la tierra. Dicen que la Verdad habita fuera de la »tierra. Yo, que esto escribo á los trescientos »treinta y tres años de mi vida, y á los trescientos tres de buscarla con ahinco por todo el mundo, juro que no la hallé, y que muero, más que »de viejo, de enamorado. ¡La Verdad no debe de »ser criatura humana! Si es reina (y no puede »ser menos) su reino estará en donde las flores no »se sequen; en donde las puras aguas no se corrompan; en donde el sol no tenga ocaso.»

Desde que el Príncipe leyó estos renglones sólo pensó en la Verdad, sólo en la Verdad adoró, y todo lo que ella no fuese le parecía mezquino y despreciable. ¿El trono de oro de sus abuelos? ¿Las mujeres hermosas? ¿Los tesoros del mundo?... ¡Todo barro; todo cenizas; todo nada! Buscó á la Verdad hasta en los rincones y sótanos del palacio de su padre. No estaba allí: la Verdad rara vez entró en los palacios, y ¡á saber

cómo saliera de ellos!... Preguntó afanosamente; leyó libros de todas las naciones y de todos los tiempos, y ¡peor que peor! Le desesperaban aquellos libros.

La Biblia de los hebreos le decía que la Verdad salió de la tierra y la Justicia miró desde el cielo. ¡Claro es que no había que buscar en el mundo ni á la Verdad ni á la Justicia! Otros autores antiguos afirmaban que la Verdad jamás se oculta. ¡Claro, entonces, que está en todas partes! Pero siendo así, ¿cómo el buen Príncipe no lograba verla? ¿Existiría la Verdad?... Y si existía, ¿era una doncella hermosa y amable, tal como él se la figuraba en su pensamiento? ¿Ó sería acaso una vieja feísima y aborrecible? Séneca, un sabio muy sabio, dice que el Odio es hijo de la Verdad. Y la madre del Odio, ni podía ser doncella, pues había sido madre, ni sería buena ni piadosa, á juzgar por las viles cualidades de su hijo. Leyó el Evangelio: la Verdad fué Dios; que más no pudo ser; pero la Verdad fué hombre. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida,» decía Jesucristo. Y los judíos mataron á la Verdad. Y resucitó y está en los cielos. ¿Cómo hallarla en la tierra?

Triste y cabizbajo, combatido por cien dudas desconsoladoras y amando más cada día á aquella sombra, á aquel ensueño, el Príncipe salió al campo una tarde de octubre. Anda que anda y cavila que cavila, se entró, sin percatarse de ello, en un enmarañado bosque. Anochecía. Las nubes otoñales, blancas y transparentes se cerraron y

se volvieron negras como la pez. Empezaba á llover de recio. El Príncipe vió lumbre por entre las ramas y anduvo en derechura de ella. La candela estaba junto á una choza. Una vieja, sentada en el tronco de una encina que había arrancado de cuajo el vendaval, extendía las manos hacia el fuego para resguardar de su flama el rostro. Le llovía encima, y ¡cosa rara! estaba seca.

—Mal encaminado vienes—dijo al Príncipe con voz áspera—si, como sospecho, andas en busca de la Verdad.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó éste.—Yo no te lo he dicho.

—Lo sé, porque muchos, buscándola, pasaron por este bosque.

—Y ¿dónde, dónde se encuentra la Verdad, bondadosa anciana? ¿Habita en este mundo? ¿La conoces tú? ¿Es muy hermosa? ¿Es muy buena? ¿Se dejará querer de mí? ¿Corresponderá á mi cariño? ¿Me será fiel? ¡Por tu vida, dime si es doncella!

—Mucho y con grande ansia preguntas—dijo reposadamente la anciana.—Bien se conoce que la quieres. Óyeme. La Verdad es digna de tu amor, por buena y por hermosa. Ella es siempre joven; ¡yo fuí siempre vieja! La Verdad es hermanastra mía. Yo soy la Tradición. El Tiempo fué nuestro padre: pero mi madre fué la Imaginación, y la suya, la Realidad.

—Y ¿en dónde podré hallar á mi bien amada? Dímelo; que allá iré yo, aunque sea de rodillas,

por conocerla y venerarla. Sin sueño me tiene este amor. Sólo por ella aliento y vivo. Verla, adorarla, y morir: tal es mi empresa. ¿Podré darle cima?

—Sí, hallarás á la Verdad—dijo la Tradición con voz ronca.—La hallarás á punto de darle un abrazo; pero un solo abrazo. Búscala. Y ahora déjame pensar en mis consejas, y entra en la choza á dormir, ó vete.

Con tal imperio dijo la vieja estas palabras, que el Príncipe, sin chistar, entró en la choza y se tendió en un montón de hojas secas, único lecho que allí había. No logró dormir; y apenas la claridad de la aurora arreboló las cumbres vecinas, nuestro enamorado emprendió su viaje. Llevaba el camino á la ventura; y como no sacó dineros de su palacio, en los campos, comía raíces, y en los pueblos, pedía limosna.

Anda que anda, llegó á Málaga, y preguntando, preguntando, supo que allí había residido la Verdad unos cien años antes, y que por justicia le cortaron la mano derecha. Decían que por justicia; mas de seguro que no fué así; ¡la Justicia estaba en el cielo, y no en Málaga!

—Y ¿por qué, por qué hicieron á la Verdad ese notable agravio?—preguntó el Príncipe con angustia.

Y el viejo que de tales cosas lo informaba le respondió:

—Porque era tan amarga de una mano como dulce de la otra. Un poderoso intentó seducirla; besóle la mano amarga, le supo á hiel y mandó

que la castigaran por hechicera. Le cortaron aquella mano, y salió llorando de la ciudad. Pero, al día siguiente, un carretero que la vió en la Cuesta de la Zambra notó que ya le había retoñado el muñón y nacídole otra mano tan hermosa y tan blanca como la izquierda. ¡No hay que dudar: era bruja aquella buena moza!

Caminando, caminando, de este pueblo me salgo y en aquella aldea me entro, el Príncipe llegó á Córdoba, y, como su cuidado único era preguntar por la Verdad, brujuleó por todas partes.

—Aquí vivió en lo antiguo—le dijeron;—pero apenas si conservamos memoria de ella, y eso por referencias muy remotas. Cuentan que la Verdad era muy entremetida y pendenciera y que tales crímenes descubrió y tales cosas dijo, hasta á muchos que pasaban por santos, que los cordobeses, por vivir á sus anchas y sin que nadie les sindicara su conducta, la desterraron á un campo de las afueras. Allí vivió como un ermitaño unos cuantos meses. Todavía se llama ese sitio el Campo de la Verdad.

—Y ¿por cosa tan loable y de agradecer como descubrir delitos y desenmascarar bribones —preguntó el Príncipe—hicieron á la Verdad esa afrenta? Antes debieron premiarla por tan buenas obras.

—Es—repuso el de Córdoba—que los hombres, aquí como en todas partes, son amigos de la Mentira, porque ésta ayuda á vivir, y la Verdad no. Á la Mentira le han hecho muchos palacios.

¡Apuesto á que la Verdad no tiene ni una mala choza donde albergarse!

Oyendo esto el Príncipe, lloró de pesar y exclamó:

—¡Oh triste amada mía! Más te adoraré cuanto más desventurada seas. La piedad agranda mi cariño.

Y emprendió otra vez su caminata. Llegó á Jaén. Allí no habían visto á la Verdad, ni la habían oído mentar siquiera. Sólo un viejo campesino, más viejo que un palmar, recordaba haber oído contar á su padre, hombre de noventa años, que le había oído referir al suyo, que murió de noventa y siete, que, siendo muchacho, su abuelo decía, como cosa que él oyó en sus mocedades, que una doncella muy bonita á quien llamaban la Verdad tuvo la más desastrada muerte que en el mundo puede tener criatura. Perseguida y apedreada por unos hombres perversos, porque los había llamado ladrones, así, á boca llena, huyó á esconderse en las asperezas de un monte; y, saliendo de entre las zarzas un lagarto gigantesco y ferocísimo, la devoró. Y añadían que es la Verdad tan amarga y venenosa para los malos, que el lagarto reventó enseguida. Aún dura la fama del espantoso lagarto de Jaén.

Nuestro Príncipe no dió crédito á estas noticias; al contrario, le parecieron absurda patraña. ¿Cómo pudo morir la Verdad tanto tiempo había, cuando en otro muy posterior la vieron y apedrearon en otras partes?

Así pensaba, y prosiguió su peregrinación du-

rante muchos años; tantos, que ya, á no ser el Príncipe, no quedaban en tierras de España otros moros que los que venden dátiles. Nuestro enamorado, en todo ese tiempo anduvo la Ceca y la Meca. Pero ¡trabajo inútil! Por todas partes había pasado la Verdad y en ninguna pudo parar arriba de una semana. ¡Nadie le fué amigo!

Una tarde, el Príncipe, ya falto de fuerzas, se dejó caer en un ribazo y rompió á llorar desconsoladamente.

«¡Verdad, tesoro mío, mi alegría, mi consuelo, mi esperanza y todo mi bien!—exclamó.—¿En dónde, en dónde hallarte? ¿Por qué te escondes á las desfallecidas ansias de este pobre viejo, como te escondiste á los pujantes anhelos de aquel lozano mozo? Trescientos años llevo de andar en tu busca día por día. No he logrado verte ni desde lejos siquiera. Y tú, Tradición, vieja mentirosa, bruja de los infiernos, que ya debí entender que lo eras en que te llovía encima y no te mojabas, ¿á qué me ofreciste cuando muchacho que hallaría á la Verdad? En esta vana creencia he pasado mi tiempo, y sufrido resignadamente las inclemencias del cielo y de la tierra. Tarde llega el desengaño: ahora que, por instantes, me siento morir.»

Y, desfallecido, apoyó el codo en la rodilla y la frente en la huesosa mano. Durmióse y vió en sueños á la Tradición, que, saliendo, como por ensalmo, del hueco de un olivo, se le acercó entre airada y amorosa, como madre á quien su hijo ofendiera, y le dijo así:

—Hombre impaciente y de poca fe, ¿no alientas todavía? ¿Por qué esa desconfianza? ¿Piensas tú que la Verdad, por buena y por hermosa, no merece cuantos sacrificios hiciste en trescientos años y cuantos pudieras hacer en tres mil trescientos? Vé á Sevilla. Está allí para el domingo de esta semana. Cuando ese día amanezca, busca junto al puente de barcas del Guadalquivir, por la banda de la ciudad, á un viejo marinero que tiene una ancha cicatriz en mitad de la barba. Llégate á él y díle: «De parte de la vieja tu amiga, háblame.» Y escúchalo.

Despertóse el Príncipe. Á la sazón estaba en la raya de Portugal, por el lado de Galicia. Era lunes. No tenía dinero para alquilar cabalgadura. ¿Cómo llegar, en no más de cuatro días, á la opulenta ciudad de la Giralda?.... Pero ¿qué imposibles no vence el amor? Echó á andar el viejo; anduvo sin darse punto de reposo; su afán le prestó fuerzas; la esperanza le puso alas en los pies, y el domingo, antes de alborear, estaba en el Arenal de Sevilla. ¡Qué gentío allí! Atracaba una flota que acababa de llegar de las Indias. Nuestro Príncipe se abrió paso entre la muchedumbre, acercóse con mil trabajos y mil recelos al puente de barcas, y ¡qué prodigio! allí estaba el marinero de la ancha cicatriz.

—¡De parte de la vieja tu amiga, háblame!— articuló el Príncipe tartamudeando de emoción.

Y el marinero, sin mostrar extrañeza alguna, como quien esperaba al recién llegado, le acercó al oído el atezado rostro, y díjole:

—Ahora llega de las Indias la Verdad. Sabía ella que la buscabas, y, enamorada de ti, ha apresurado su viaje. Viene rica y poderosa, lo mismo que la Justicia, que es hermana suya.

—¿Ricas?—preguntó con extrañeza el Príncipe.—Y ¿cómo se han enriquecido? Siempre oí decir que la Justicia y la Verdad son amigas de la Pobreza.

—¡Ahí verás tú! Pues créeme: nada han pedido allí. Sólo con mostrarse á las gentes ¡tan hermosas son! les han llovido granizadas de perlas, y tejos de oro, y lingotes de plata. ¡Mira, mira! ¡Aquella es la Verdad! la de las trenzas sueltas sobre la espalda de nieve y rosas; que la Verdad, por ingenua, y no por liviana, gusta de andar casi desnuda.

—¡No veo...! ¡No veo...! ¡Estoy deslumbrado...!—balbucía el Príncipe.

—¡Mírala!...—insistió el marinero extendiendo un brazo.—Allí. Entorna los párpados un poco. ¿No la ves?... Aquella de los ojos de cielo: del color de su tierra.

—¡Ah!... ¡Tú...!—exclamó el Príncipe, inundado el rostro de alegría.

Asombraba aquella hermosura. No era cosa de este mundo. Harto harían los ángeles y los querubines con parecérsele. Sordo rumor de admiración llenaba el espacio. Dos soles parecían las dos doncellas: la viva luz que de sus rostros irradiaba atrajo sobre ella las miradas de la absorta multitud.

Á pocos pasos, al borde del muelle, el Prínci-

pe, enajenado, atónito, entreabierta la boca, el pecho palpitante, los brazos extendidos, las mejillas pálidas surcadas por lágrimas de alegría y de ternura, sólo acertaba á exclamar:

—¡Al fin! ¡Al fin!...

Detrás de las dos doncellas, tablón adelante, se desembarcaba la Avaricia, tesorera de entrambas, repulsiva y fea. En Cartagena de las Indias había registrado á su nombre, al embarcar, las perlas, y el oro, y la plata. ¡Oh! Si la Verdad y la Justicia pereciesen, ella dueña de aquel tesoro! La Avaricia las empujó; la Verdad cayó al río. Unánime alarido de angustia lanzó la muchedumbre al presenciar la catástrofe.

Y el Príncipe, arrojándose al agua, gritó ansiosamente:

—¡Mi abrazo! ¡Uno, pero eterno!

Y entre las ondas se estrecharon el anciano amante y la hermosa doncella, y desaparecieron bajo el turbio cristal del Guadalquivir.

¡Ni muertos han vuelto á parecer en el mundo!

Sevilla, 1902.

LA VIRGEN DE LA CARIDAD

(RECUERDOS DEL SIGLO XVII)

De *la Caridad:* una de las advocaciones más *sugestivas* que el piadoso fervor de nuestros abuelos pudo dar á la madre de Dios! Porque decir *de la Caridad* es como decir de los desamparados, de los afligidos; y ¿quién, por poderoso que sea, no se encontró alguna vez en aflicción y desamparo? Así se explica que el culto á esta imagen esté indisolublemente unido, desde siglos hace, á la historia de Sanlúcar, cuyos habitantes hallaron siempre á su virgen tan bella, tan dadivosa, tan adorable, tan *milagrosiña* (como de las suyas dicen los gallegos, con diminutivo cariñoso), que jamás negó cosa lícita que le pidiesen. Tiénenla los hijos de Sanlúcar por paño de lágrimas, por solícita ejecutora de la doctrina evangélica, tan amorosa para los desvalidos, para los desheredados. Porque el Evangelio es amicísimo de los pobres.

Y, pues que la Caridad se va perdiendo, de tal modo, que apenas si queda otra que la de la Santísima Virgen, trabajo doblemente arqueológico será este mío, por referirse á antiguos sucesos, y por *haber* como *pasado á la Historia* la benéfica hermana de la Esperanza y de la Fe.

Cuando vino al mundo, por los años de 1550, D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duodécimo señor de Sanlúcar, décimo conde de Niebla y séptimo duque de Medina Sidonia, ya la autoridad real, primero en las manos de los Reyes Católicos y después en las no menos hábiles del emperador Carlos V, había reducido á estrecha obediencia á aquellos desmandados próceres, mitad héroes y mitad bandoleros, de quienes habían sido juguetes reyes tan para poco y tan enclenques de entendimiento como D. Juan II y D. Enrique IV. Casado el Duque en 1574 con D.ª Ana de Silva y Mendoza, hija de Ruy Gómez de Silva y de la célebre Princesa de Éboli, de quien tanto han mentido las novelas y aun las historias, bien pronto hubo de aprender qué poco duran y cuán amargo dejo tienen las humanas pompas, pues la Princesa, por sus desaciertos y extravagancias, que fueron muchos y muy grandes, como de persona que no estaba en su cabal juício, se vió recluída en la torre de Pinto, sin que ruegos ningunos bastaran á devolverle su libertad. Este saludable ejemplo, la desastrada suerte que cupo en 1588 á la armada *Invencible* (¡qué sarcasmo de adjetivo!), confiada á D. Alonso, por muerte del ínclito Marqués de Santa Cruz, y el estéril socorro con

que en 1596 acudió á Cádiz, cuando ya habían no sólo ocupado sino evacuado la plaza los ingleses del Conde de Essex, trajeron al Duque á tal estado de ánimo, que sobre que era de suyo hombre sinceramente piadoso, fuélo todavía más desde que acaecieron estos desastres; porque se dió á meditar en que los oropeles del mundo pasan *velut umbra* y en que nadie es grande aquí donde tan chicos somos, que ninguno necesita para su sepultura más que un hoyo de siete palmos, que á todos concede por igual, generosamente, la madre tierra. Entonces, y ya instituído, desde el año 1581, bajo la advocación de San Ildefonso, un Colegio donde quince colegiales pobres aprendiesen las primeras letras y cursasen latinidad, con el cargo de acompañar el Viático y de visitar á los enfermos pobres, fundó el Hospital de San Pedro, dotándolo con magnificencia.

Empero ni estas liberalidades ni otras análogas bastaron á llenar los piadosos deseos del Duque y de su mujer; antes empeñaron á ésta en emularlas y superarlas, muy con beneplácito del magnate. Véase cómo logró verificarlo. Veneraba de antiguo el pueblo de Sanlúcar á una hermosa imagen de la Virgen, que estaba colocada en un nicho abierto en el muro de la calle de la Bolsa que hace esquina á la calleja que desemboca en la Plaza Mayor. No recordaré la curiosa historia de la imagen: si no me equivoco, Guillamas la refiere en su libro, que no tengo á mano, acerca de Sanlúcar; pero recordaré que la deliciosa escultura era imán de corazones; que á la Virgen

de la Caridad acudía de continuo, en sus sinsabores y desdichas, todo el pueblo, con la poderosa fe que mueve las montañas. Era morada harto humilde para tan excelsa Señora la hornacina en que se albergaba, y la duquesa D.ª Ana de Silva pensó en ofrecerle otra más digna de su grandeza. Á este intento, y mientras se edificaba el santuario que había de llamarse de Nuestra Señora de la Caridad, la efigie fué depositada en el Hospital de San Pedro, con general procesión, el día 10 de junio de 1608. Terminadas las obras y provista la nueva fundación, á la par que de ricas alhajas y ornamentos muy costosos, de administrador, capellán mayor, varios otros capellanes, acólitos y músicos, cuyos salarios excedían anualmente de cuatro mil ducados en reales plata, verificóse la traslación de la imagen el día 12 de agosto de 1612, bendijo el templo el Obispo de Medauro, y el 15, día de la Asunción, con otra procesión solemnísima, comenzaron las fiestas y regocijos de la ciudad, durante nueve días consecutivos.

Pintoresca y galanísima descripción de aquellas fiestas hizo, en coplas reales fluídas y sonoras, fray Pedro Beltrán, dominico, en su poema intitulado *La Charidad Guzmana,* que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional (M. 214, hoy 188), y del cual debería hacerse con una buena copia el Ayuntamiento de Sanlúcar, para tenerla en su archivo, porque toda la obra interesa mucho á quien quiera conocer ó piense en escribir la historia de este municipio, ya que para hoy es

deficientísima la de Guillamas. Sírvome de unos extractos que hice del mencionado poema para utilizarlos en la extensa biografía que preparo del poeta Pedro Espinosa, capellán que fué del templo de la Caridad desde el año de 1615 hasta el de 1650 en que falleció.

Por las coplas del P. Beltrán puede columbrarse el hermoso y fantástico aspecto que la ciudad ofrecía al verificarse la procesión del 15 de agosto:

. . . . . .

Agotó para esta fiesta
Flora el prado y la floresta,
Jardines, montes y valles.
¡Qué de altares ingeniosos,
De ambas Indias orientales
Tesoreros ambiciosos!
¡Qué insignes arcos triunfales,
De Roma asombros hermosos!
¡Qué de pasos, trabajados
Muchos días y trazados
Con mil símbolos diversos!
¡Qué de enigmas, qué de versos,
Qué de telas y brocados!
¡Qué de sedas, qué de olores,
Qué de pinturas famosas,
Qué de danzas y cantores,
Qué de oro y piedras preciosas,
Alfombras, juncias y flores!
¡Qué de ricos ventanajes
De sedas, telas y encajes,

Con ángeles ocupados!
¡Qué de galanes fundados
En oro, seda y plumajes!
¡Qué de rizos, qué de anillos,
Perlas, galas, joyas, piezas,
Aderezos, cabestrillos,
Barretas, ámbar, riquezas,
Requemados y soplillos!
Pienso que el cielo este día
En Sanlúcar, á porfía,
Trastornó toda su gloria,
Y el mar, de su verde escoria,
Cuantos tesoros tenía.

Predicáronse en el templo de la Caridad, durante las fiestas del novenario, nueve sermones. Fray Pedro Beltrán, después de elogiar á los oradores en sendas quintillas, añade:

Todos estos nueve días
Por la tarde hubo alegrías:
El primero, fiestas reales,
Con libreas imperiales,
Toros, cañas y alcancías.
Varias representaciones
Hubo el segundo en las plazas;
Luego, el tercero, invenciones
De guerra, ardides y trazas,
Batalla, alarde, escuadrones.
La cuarta tarde se echaron
Suertes, donde se rifaron
Sedas, paños y vajillas,

Joyas, «agnus», gargantillas.
Que mil ducados montaron.
Hicieron la tarde quinta
Los caballeros destrezas,
Y, colgando de una cinta
Diez gansos, de sus cabezas
Sacaron purpúrea tinta.
Corrieron la tarde sexta
Veinte barcos sobre apuestas,
Llenos de remeros fuertes,
Diversos premios y suertes
De seda, en mástiles puestas.
La séptima tornearon
Los caballeros y grandes,
Y, según en él jugaron,
Tal torneo no vió Flandes,
Ni alemanes sustentaron.
La otra tarde una batalla
Naval en el mar se halla,
Con tantos tiros, banderas
Y humo, que casi de veras
Se pone Marte á miralla.

Pero donde extremadamente sube de punto la importancia de la reseña, es en lo relativo á la justa poética verificada el noveno día. No creo que de ella sepan cosa, entre nuestros eruditos, sino los que hayan examinado el códice de la Nacional, pues téngolo por no publicado, en todo ni en parte.

Los más de los nombres de autores premiados son, á toda luz, supositicios, y difícil habría de-

ser subrogar en el lugar de ellos los de las personas que concurrieron á la justa, una de las cuales parece que sería el mismo P. Beltrán. ¡Lástima que no se conserven las composiciones premiadas! Bien que acaso haya copia de ellas en el archivo de la casa de Medina Sidonia, trasladado á Madrid años há, en su mayor y mejor parte. Con todo, y á falta de más menudos pormenores, la reseña del buen fraile suple por ellos á maravilla.

Veámoslo:

La postrera tarde, en fin,
Hubo justa literaria
De español, griego y latín:
De premios guerra ordinaria;
De ingenios dulce motín.
Á los griegos ganó el premio
Boleslao, diestro bohemio,
En epigramas curiosas,
Y Pitre y Richarte en prosas,
Honra del ánglico gremio.
Entre mil latinos versos,
Dulces, sáficos y heroicos,
Por más agudos y tersos,
Lelio y Rufo, dos estóicos,
Ganaron premios diversos.
Á las españolas glosas
Con dos de perlas y rosas
Ganó los premios acá
Roselio el conde, que ya
Pisa estrellas luminosas.

De las enigmas, Rosardo,
Lírico elegante mudo;
De los ecos, Felinardo,
Sevillano ingenio agudo,
En todos genios gallardo.
De las liras y sonetos,
Décimas, quintas, tercetos,
Canciones y odas que hizo,
Nueve premios dió á Bertizo
El valor de sus concetos.
De los romances, Anarda
Llevó el premio, nueva Areta,
Décima musa gallarda,
Tan bella, sabia y discreta,
Que á todas nueve acobarda.
Á Floricio, turdetano,
Y á Celio, Tasso toscano
Y fénix de nuestros días,
Por diferentes poesías
Se dió un lauro soberano.
Los dos isleños famosos
También justando vencieron,
Y otros ingenios curiosos,
Entre quien se repartieron
Cincuenta premios costosos.
Dentro de la Caridad,
Junta toda la ciudad,
Se dió el premio á los poetas,
Con chirimías, trompetas,
Mudo aplauso y majestad.

Asímismo hubo premios para

El mejor arco triunfal,
El altar más excelente,
La seda más principal
Y la invención más valiente.

Y para el mejor carro, y la más lucida cuadrilla de máscaras, y los más vistosos fuegos y luminarias, de los cuales dice el autor del poema:

Cada noche, en general,
Se gastó tanto caudal
De fuegos y artillerías,
Que Sanlúcar nueve días
Fué una Troya artificial.

Tales fueron los regocijos con que se inauguró el templo de la Virgen de la Caridad, declarada y jurada por patrona de Sanlúcar años después: el domingo 2 de septiembre de 1618. Aquella era fe viva: fe con obras. La de ahora suele no tenerlas. Y *fides sine operibus mortua est*.

Sanlúcar de Barrameda, agosto de 1899.

LA FUERZA DEL SINO

Socorriendo á los necesitados, quiero decir, prestándoles dinero á plazo corto, el archicatólico Mendoza, de un don Nadie que era, llegó á ser un don Alguien y hasta un don Mucho, á la vuelta de una docena de años.

Como Dios da ciento por uno y los pobres son imágenes de Dios, Mendoza se creía con derecho á obtener de ellos otro tanto, y así, teníase por el hombre más caritativo del mundo al contentarse con exigirles tan sólo el cinco por ciento de interés: el cinco por ciento mensual; por donde aquel filántropo era para el villorrio andaluz en que vivía una providencia, y aun, si se quiere, una sentencia de remate.

Pero las gentes son malas; el árbol del favor tiene por fruto la ingratitud, y los mismos sujetos benéficamente socorridos hablaban pestes de Mendoza, claro es que en voz baja y á espaldas suyas; que peto á peto bien que le sonreían y le

bailaban el agua delante; pues no sé qué tiene de mágico el dinero, por mal venido que sea, que quien lo posee, aunque no sea capaz de dar sino desazones, se hace respetar y adular aun de los más irrespetuosos y díscolos. Por eso, y por otras cosas, se dice: *Beati possidentes.*

Crecía aquella casa como la espuma, á costa de casi todas las familias del pueblo, tributarias del piadoso Mendoza, quien, ora disfrazando sus obras de caridad, por pura modestia, bajo el nombre de compras con pacto de retro, ora asegurando el reembolso con unos pagarés muy cucos, por medio de los cuales el deudor y el fiador solidario quedaban más amarrados que perros de cortijo, solía ¡eso sí! esperar á sus deudores por la paga, luego que vencía el plazo, desde la puesta del sol hasta el toque de oraciones: casi un cuarto de hora.

Mas no era todo júbilo la gran Toledo: Mendoza había tomado por mujer, siendo ya riquito, á una bendita de Dios, que, para serlo enteramente, éralo hasta por el nombre: Benita se llamaba. Ella, por su buen corazón, se adolecía de los infelices á quienes su marido estezaba, é intercedía por ellos, y hablábale de humanidad, de conciencia, de muchas cosas de este linaje, que era lo propio que hablarle en gringo, porque el adinerado Mendoza no entendía más que de réditos y ganancia, ni sentía ganas de llorar sino cuando, por gran rareza, se le hacía incobrable alguno de sus pagarés.

En balde la buena mujer, con el plausible in-

tento de corregirlo, le manifestó que todo el pueblo le mentaba con el bochornoso mote de *la paulilla,* nombre de una plaga de los trigos; en vano le apercibía y amenazaba con las penas del infierno, en donde dineros no valen; á lo uno replicaba: *¿La paulilla...?* Eso ya me lo sabía yo. Entre ser trigo y ser *paulilla,* más vale ser esto último. Y para lo otro hallaba un bravo remedio: al morir, dejaría, si le cogía de ese humor, dinero largo para misas, con muchos amenes, que muchos amenes al Cielo llegan, y si le apuraba el miedo, ya fundaría él un hospital que diese tres y raya á aquel otro fundado por el celebérrimo don Juan de Robres.

Yendo y viniendo días, sobrevino á la excelente mujer un mal, que si no fué el de la muerte, era su pariente propincuo. En las largas veladas de aquella penosa enfermedad, Benita solía porfiar con su marido para que, ya que prestase, redujera razonablemente los réditos.

—Porque yo no te digo—añadía—que eso que tú haces sea... ¡vamos, aquello! pero no dudes que se le parece mucho. Y aun yo tengo muy cargada mi conciencia, porque, aunque eres tú quien *da* esos dineros, á la postre, yo como y visto de lo que así agencias, y la hambre y las lágrimas del prójimo son nuestra abundancia y nuestra alegría. Créelo: preferiría un cacho de pan prieto venido de otra manera. Ya que no te enmiendes por ti, hazlo, hombre, por mí siquiera, que me encuentro al borde de la sepultura y en vísperas de dar cuenta á Dios. Y si tuviésemos hi-

jos, trance; pero, hombre, para dos grumos que somos, ¿á que te empeñas en vender el alma al diablo?

Tanto rogó la enferma, que Mendoza, aunque á regañadientes, le prometió enmendarse... un poquito; que no estaba el tiempo para hacer milagros.

Á la verdad, Mendoza, que, por no dar nada á nadie en toda su retrechera vida, no había dado palabra concreta de lo que haría en punto á intereses, pensaba en reducirlos algo... en lo que prestase durante los pocos días que su mujer tardase en cerrar el ojo; porque es lo cierto que el médico daba el pleito por perdido, aunque sin las costas por lo que tocaba á él y á su compadre el boticario. Pero no: quedábanle á Benita días en que vivir, y á pesar del médico y de los emplastos, píldoras y potingues, salió de peligro y empezó á convalecer.

Dos semanas después de la conferencia referida, y como la convaleciente se hubiese acostado á prima noche, Mendoza, en una salita inmediata al lecho, repasaba, tomando notas, un mazo de pagarés que no lo saltaría un galgo. Enfrascado estaba en su tarea, cuando llamaron al portón. Con las usuales precauciones lo abrió él mismo (porque su desconfianza de avariento no le permitía que la sirviente permaneciera en la casa después del sol puesto) y dijo á media voz al que entraba:

—Adelante, tío Juan: usté es de confianza; pero hable usté de queíto, porque Benita se acaba de dormir.

Entraron en la sala. El tío Juan, que era un labradorete de medio pelo, de esos á quienes nunca alcanza la sal al agua; porque, entre contribuciones, impuestos, usuras, malas cosechas y abundancia de hijos bigardos, jamás salen de ahogos, dijo atribuladamente á Mendoza:

—Señó Antonio, ¡las plagas! Ahí, en mi mesma casa, tengo las plagas de Egito, toas cabales: porque son tres, pero valen por diez y jasta por chilenta: un escribano, un precuraor y un menistro, ú er demonio que se los coma, Cristo Padre me perdone. ¡Ya resoyó la libransa e seula e Maoliyo y los pajoleros ochabos que tomé pa eya, que mar fin tengan! Bienen á que yo pague en el arto ó á erritirme; que erritíos se bean eyos y er que los fundó. Señó Antonio, por los santos apóstoles, menos Juas, sáqueme usté de este atoyaero! Ocho mir reales justos me jasen farta pa completá las dos mir pesetas que me píen, pero ya, ya mesmito...!

—Baje usté la voz—interrumpió Mendoza, añadiendo:—Yo, la verdá, los tengo..., los tenía, porque están comprometíos pa entregarlos mañana. Así es que, tío Juan, á otra puerta. ¡No pueo!

—¡Por bía e ná Dios!—exclamó el tío Juan con angustia.—Pos jaga usté un poer, señó Antonio e mis curpas, porque estas fatigas e muerte no dan espera. Misté que me esloman si no pago esta mesma noche: que es la justisia... ¿Qué quié isir la justisia más que er santolio y er faró?... ¿Qué quié isí más que jasé yesca y pórbora y er-

salación esos tres ó cuatro puñaos e tierra compraos á costa e suar la frente un año y otro año, jasta cuarenta años? ¡Ná, no da aguarde esta tormenta e rayos que me ha caío ensima! ¡Ocho mir reales, por el Enclabao, señó Antonio!

—Pues, hombre,—repuso Mendoza como contrariado,—dejaré sin dinero á ese buen amigo, por tal de servir á usté. Pero tendrá usté que tomarlo en las mismas condiciones en que él lo tenía apalabrao.

—¿Á cómo?—preguntó el tío Juan, á quien no le llegaba la camisa al cuerpo, porque sabía como las gastaba aquel vampiro.

Y Mendoza, bajando aún más la voz, dijo:

—Pues... ¡poca cosa! Al cuarenta.

El tío Juan estuvo para caerse redondo al suelo. En la habitación de la enferma sonó una tosecilla leve, como de carraspera. Mendoza, frunciendo el hocico á lo hurón, miró de reojo hacia la entornada puerta de cristales, en tanto que el tío Juan, apenas repuesto y trasudando, exclamaba:

—Señó Antonio, ¿ar cuarenta? ¿Está usté en su juísio? ¡Eso es tirarle e los pies á un ajorcao! ¿No be usté que er remedio ba a sé muncho más malo que la enfermeá?... Tenga usté consensia; por Dios se lo pío.

—Hombre - dijo Mendoza contrariado, más por la tosecilla que por el reproche,—caro, caro, que digamos caro, no es caro ese dinero, pa como están las cosas; que no hay en el pueblo seis perras chicas. En fin, porque usté vea que me inte-

reso en su desgracia, le pondré ese dinero al treinta y cinco.

Nueva tosecilla de la convaleciente, nueva mirada, ésta de indignación, del benéfico Mendoza, y nueva súplica del tío Juan, quien, probando á tocar la cuerda sensible, si es que tenía cuerdas sensibles aquel hombre sin entrañas, preguntó:

—¿Es señá Benita quien tose? ¿Cómo se encuentra? Crea usté, señó Antonio, que nunca la orbío en mis cortas orasiones.

Y Mendoza, con voz meliflua, que distaba mucho de corresponder á la airada expresión de sus ojos, dijo hipócritamente:

—Todavía anda malucha la pobre.—Y añadió con tono resuelto:—Conque otra palabra y sea la última. Voy á darle á usté ese dinero... al treinta... digo, al treinta y uno. Me parece...

Tosió de nuevo Benita, esta vez fuerte y repetidamente, y Mendoza, ya fuera de sí, miró con descaro hacia la alcoba, y dando en la mesa un puñetazo que puso en peligro á la panzuda botella del agua, gritó como un energúmeno, echando venablos por los ojos:

—¡Del treinta no lo bajo, aunque te ajogues! ¿Quién te ha dicho á ti, so tonta, que yo nasí pa santo?

Sevilla, noviembre de 1901.

"DE ARTE VIVENDI"

A *principios de enero.*

El mozo es de mil flores: modesto y simpático. Si el traje, como dicen, es el fiador de la persona, el de Pascual Portal lo recomienda... para otro terno; pero no lo fía. Hace un frío que pela, y el infeliz muchacho anda por esas calles de Dios dando diente con diente.

Entra en tu casa; tira del cordón de la campanilla, y si tu criada anda lejos, ó se hace la sorda, aguarda obra de tres minutos antes de resolverse á llamar de nuevo. Á tu invitación, entra tímidamente, pidiendo permiso todavía, el sombrero en la mano, hasta la salita en donde escribías ó estudiabas. Con frases entrecortadas y con voz meliflua te agradece el afable recibimiento. Resístese á ocupar una silla: está bien de pie. Tu franca insistencia y la campechanía de tu trato vencen al cabo su cortedad; te dice el motivo de su visita, y saca del bolsillo un cuader-

no. ¡Los primeros frutos de su inspiración poética! ¿Qué cosa más digna de benévola atención? Lees; sonríes.

«¡Ah! son admirables, en clase de meros ensayos. ¡Qué candor! ¡Qué gentil naturalidad! ¡Cómo se trasluce en estas tempranas florescencias la garrida musa del primer amor, sincera y vehemente, generosa y entusiasta, aunque no muy bien avenida con las minucias y tiquismiquis gramaticales! ¡Esto deleita! ¡Qué intrincada selva de poesía...! Bien que no se dice *andó*, sino *anduvo*... ¿Que por qué? Vaya V. á averiguarlo! Y *obstáculo* se escribe con *be* antes de la *ese*. Y *gozo* y *hermoso* no son, que digamos, muy consonantes, á lo menos, fuera de Andalucía. Hay que remediar estas y otras bagatelas... ¡Oiga! Este pensamiento es más falso que el alma de Judas... Bueno, ya que V. lo quiere, dos versos nuevos, y ¡al avío! ¡Adelante! Pero, hombre, ¿y la sintaxis? Esto no puede pasar así... ¿Que yo lo enmiende?... ¡Ajajá! ¡Y aquí llama V. *cerúleo* al amor! ¡Qué diantre de ocurrencia!... ¡Ah! pero ¿no tiene V. diccionario? Pues llévese uno de los míos. ¡Para lo que suelen servir todos ellos...!

»Pues sí, amigo: aparte estas menudencias, me agradan sus versos: es V. poeta, y estudiando... ¿Un librito? ¡Caramba, tempranillo es! hay mucho que andar, y, sobre todo, ¿á qué esa prisa?... Pero, hombre de Dios, ¿V. cree que por el lado de Helicona ha de soplarle buen viento? Joven, está V. muy equivocado. Han engañado á

V. como á un chino. De esa parte no hay que esperar sino un catarro ó una pulmonía: los versos, desde que se murió Mecenas, ya sabe usted, Mecenas el auténtico, dan de ayunar y no de comer... Sí, sí, salvo los de ése; es verdad: las musas azafatas comen; pero por azafatas, y no por musas; como los afiladores andariegos que van anunciándose con una zampoñilla comen por afiladores, y no por músicos. Desde que Pan dejó de ser dios, afila y no tañe... Pues andando; si por mí no llueve... Y ya que V. lo desea, entre hoy y mañana daré un vistazo á estas otras composiciones... ¿Como si fueran mías?... Y ¿de ortografía y todo...? ¡Corriente!... ¿Cómo? ¡Canastos! ¿Qué dice V.? ¡Eso sí que no! ¿Quién soy yo para eso? ¡Prólogo!... Aunque no fuera sino porque ando escasísimo de tiempo... En fin, por mí no quede: lo escribiré... Esta es su casa... Cuando V. guste... Bien, si yo no digo que no; ame V. mucho; ¿cuándo, si no ahora, á los veinte años? Pero, húrtele V. algún tiempo al amor, estudie una poquita de gramática y su *tanti cuanti,* como dicen, de preceptiva, y no suelte de la mano los buenos autores; ya sabe V.: los que escribieron y escriben en castellano; que eso hoy día anda perdido... Pero ¿tan mal de libros está V.? Lléveme con el diccionario esta antología: la de Quintana... No, no, mi amigo: tengo ahí otro ejemplar... No hay de qué... Hasta la vista.»

Á mediados de abril.

Recibes la obrita del poeta incipiente é insi-

piente. Lees el título: *Diamantes á granel*. Dices entre ti: ¡Pues no era tan modesto el mozo! ¡Mira que *diamantes....!* ¡Á ver! Dedicatoria. «Al Excmo. Sr. Conde del Galapagar. Á V. E., varón eminente, que por razón de su título nobiliario, y por otras razones, tanto sabe de nuestra cultura nacional, dedica este libro, pristino resplandor de un astro naciente, su entusiasta admirador, agradecido deudor y seguro servidor *El Autor*.»

¡Calla! y el ejemplar trae dedicatoria manuscrita: «Á mi querido maestro D..., en testimonio de agradecimiento eternal, su amigo leal *Pascual Portal*.»

Á principios de julio.

Tropiezas en la calle con el modesto joven. Diálogo:

—¿Qué tal? ¿Y esa joyería?

—¿Cuál dice V.? No caigo...

—Los *Diamantes*, hombre, los *Diamantes*.

—Se *pulieron*.

—¿Otra vez?

—Quiero decir que se vendieron.

—Hombre, ¿venderse un libro de poesías?...

—El Conde del Galapagar cargó con la tirada. Pues ¿para qué le dediqué yo el libro?

—¿Él gusta de leer versos?

—No, pero después de costear la impresión, ¿qué había de hacer un hombre de su título? ¿Galapagar? ¡Pues *gala pagar!* Nobleza obliga.

—¿Es hombre de cultura, además?

—No, pero sí de agricultura: cultiva la patata en muy grandes proporciones... Y yo cultivo el trato de su hija, que es una perla, y no una patata; pero esto ¿eh? reservado. Ya veré cómo se la birlo.

—(¡Caramba con el mozo!)

—Ahora mi papá futuro me está procurando una credencialita en un ministerio. Amigo mío, hay que ser práctico; hay que nadar. Camarón que se duerme... Y hasta la vista, que el tiempo es oro. Abur.

—Sí, hombre, corra V., ¡no se duerma! que entre camarones...

Á fines de octubre.

Tropiezas de nuevo con Portal, y otro diálogo:

—Amigo, V. entre sus libros siempre. No hay quien le vea.

—¡Psch!... ¿Y V., joven práctico?

—Yo, entre mis hombres. ¡Ah, para aprender no hay como el documento humano! Ya habrá V. sabido el exitazo de mi drama.

—No; apenas leo periódicos.

—Pues sí: *El Galapagar del Conde* ha hecho furor en Valencia.

—Me alegro.

—Y ¡qué llenazo! El Conde del Galapagar me está muy agradecido. Pues ahí es nada, pasar á la Historia con mi drama. Hoy recibiré ejemplares, y aunque tengo muchos compromisos, mandaré á V. uno.

—¿Un compromiso?... No lo acepto.

—No, hombre, un ejemplar. ¡V. tan gramático como siempre! Adiós, y crea V. que le compadezco. Amigo, V. valía para algo más que para estarse en un rincón. No es V. hombre práctico, y ya se sabe: camarón que se duerme... Hay que vivir, no como Dios manda, sino como manda el mundo: la mitad del año, con arte y engaño; y la otra parte, con engaño y arte. En mi tertulia —una tertulia de listos—casi todos reconocemos que V. es sujeto de alguna lectura y de un poco de talento, pero...

—Pero camarón dormido... ¿Qué le hemos de hacer? Vaya, abur, y mil gracias á la camaronera; digo á la simpática tertulia de los camarones.

Á veinte de diciembre.

Galapagueando en archivos y bibliotecas, despestañándote media docena de años, has sacado á luz un libro, en que, además, pusiste toda tu alma. Tú, *terque quaterque* necio, no te dedicaste al estudio del *documento humano;* de la frivolidad humana; de la ubérrima tontería de los más, y así te luce el pelo, calvo. Mandaste á los periódicos sendos ejemplares de tu libro, y, como si la historia de las pasadas opulencias de tu patria interesara á alguien, esperaste un aplauso, siquiera unas palabras de cortesía, para tu buena voluntad. Pero echaste muy mal tu cuenta. ¿Quién se detiene á mirar hacia atrás, aquí donde sólo se vive para el día?... Si lo de ayer

huele á rancio, ¿á qué olerá lo de hay tres siglos? ¿Importa á nadie un libro tuyo lo que un constipado del Pulguita? La puñalada de ayer, ¿no es más interesante que la literatura del siglo XVI? ¿Merece tu obra, ni pagas tú, el espacio que merece y paga, pongo por caso, toda esa basura resplandeciente que se ha subrogado en el lugar de las piedras preciosas? Pero así y todo, confía, ten esperanza... Á lo menos, Pascual Portal, aquel cuyos primeros versos rehiciste en tu forja, ese mozuelo, ya importante, que mete ruído porque está en la torre y tiene á mano las campanas, tratará de tu libro en *Los Dos Hemisferios,* en donde como redactor enciclopédico escribe de cuanto se le antoja... ¡Ea! ¿Lo ves, hombre pesimista? ¡Aquí lo tienes, firmado y todo! ¿Cómo Pascual Portal, el gran camarón, había de hacerse el sueco, siendo tuyo el libro? Pero, hombre, ¡qué ceño pones! Á ver, dame; deja que lea yo:

«El autor de este pretencioso estudio, aunque nada analfabeto, es, *passez le mot,* un fósil de nuestra Literatura. Si él viviera en los grandes centros, con la crema de la moderna ilustración, él sería fuertemente saturado del nuevo ambiente, que no ha tocado, siquiera, literariamente, á sus pulmones. Es por esto que nosotros aseguramos que él no sobrepasará á la mediocridad de nuestros hombres de letras. Los escritores vibrantes que recibimos á diario las más recientes palpitaciones del gran mundo de las letras y de las artes, y estudiamos, no los viejos libros, sino

lo más *éclatant* de la cultura de hoy, contemplamos con buen golpe de lástima estos vanos esfuerzos de los cultivadores del pasado. No es esa la ruta para obtener la ovación de los amadores del progreso. Ya es pasado el gusto de las antiguallas. Miramos avante; y si pudieron semblar de oro los viejos autores españoles, hoy á la fuerte lumbre de la actual civilización, ello se ha visto que no hacían que relucir.»

Solté el periódico. Mi amigo estaba desemblantado; yo exclamé:

—¿Y esto es cultura? ¿Y ese trasto se llama escritor y crítico? Y ¿le *pagan*, y no le *pegan?* ¿Y era ese *savant* el llamado á soltar en pésimo francés y aún peor castellano tal rociada de viento?... ¡Razón tiene ese fatuo desagradecido! La gente corre, y tú te has quedado atrás. Escúchalo bien, momia egipcia. El que estudia no puede correr. El hilván ha enterrado al pespunte; la vana apariencia á la realidad. Brillar importa; no ser lumbre. Sé doctor, aunque no seas docto. Vives en los tiempos de Maricastaña: en aquellos en que Martín de Montesdoca, impresor hispalense, estampaba en las portadas de sus libros estos dos fementidos versos:

Spernere vis mortem? Vis puram vivere vitam?
Vis fieri sapiens, virque probus?—Vigila.

¡Modernízate! ¿Adónde va Vicente? Con el golpe de la gente. ¡Ay de quien no ladre cuando ladrar se use! Si has de prosperar, sustituye el necio

emblema de la grulla, siempre vigilante, con el del cuclillo, siempre astuto, y ese dístico endemoniado con este otro mote:

¿Amas el auge, el bienestar, la gula...?
No estudies. Ten audacia. Bulle. Adula.

Sevilla, 1902.

"CERVANTÈS INÉDIT"

Ó UNA FILFA ULTRAPIRENAICA

En Francia nos ha salido un hispanista, que mal año para Morel-Fatio, Rouanet y Foulché-Delbosc. Llámase (porque no pierda otro) Clément Rochel, y ahora prepara su *Cervantes inédito,* libro cuyas primicias ha dado á *La Revue:* á la que antes se llamó *Revue des Revues.* Mas no es ésta, á buen seguro, la primera liebre que pilla nuestro hombre; ya ha publicado, *chez Garnier,* como quien no dice nada, dos volúmenes acerca de *Las Obras maestras del Teatro Español,* y el *Proudhon inédit...,* porque ¡eso sí! Rochel se perece por escudriñar en todas partes, hasta que halla obras inéditas de los más eminentes autores. ¡Él no se anda con chiquitas! Y ahora este literatazo se nos descuelga con unas obras inéditas de Cervantes, traduciéndolas y

anotándolas, como él se cuida de manifestar: «*Traduction et Notes de* CLÉMENT ROCHEL.»

Dos son las producciones *cervantinas* que da á luz *La Revue* en sus números correspondientes á los días 1.° y 15 de este mes: dos entremeses intitulados *Les Voyeurs (Los Mirones)* y *Les Romances;* y si todo lo que por inédito publica *le chercheur infatigable*—como le llama *La Revue*—lo es tanto como esos entremeses, ¡están aviados los que se andan á buscar manjares literarios nuevos de puro viejos! Porque, á la verdad, ni se ha probado que esas lindas obritas sean de Cervantes, ni son inéditas, cosa que sabe en España cualquier medianejo aficionado á la literatura, pues no escasean los ejemplares del libro en que D. Adolfo de Castro las publicó entre otras piezas, que él imaginaba cervantinas, el cual libro se titula: *Varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina.*—(Madrid, A. de Carlos é hijo, editores, MDCCCLXXIV).

Hasta aquí todo sería, si se quiere, *peccata minuta;* que tener por inéditas obras que están publicadas, aunque es cosa no buenamente disculpable, sólo toca al saber ó al ignorar del sujeto, mas no á su hombría de bien. Lo que merece reproche severísimo es el haber dado por inéditas esas producciones sabiendo que no lo son, y aun tratado de buscarse de antemano una salida, por si vinieren mal dados los naipes, pues cautelosamente ha escrito en su *Avant propos:* «*Nous sommes heureux de faire connaître au*

public français pour la première fois ces intermedes», expresión anfibológica que tanto puede dar á entender ser inéditos para todo el mundo esos entremeses, como serlo para el público de Francia, aunque no para otros.

Que Mr. Rochel sabía no ser inéditas tales obritas, es cosa evidente: ¡como que las ha tenido á la vista, impresas, para *fusilar* las notas con que las ilustró D. Adolfo de Castro! ¿Pruebas? ¿Á qué más que un sencillo cotejo de ambos textos? Pero como mis lectores no los tendrán á mano, vean aquí lo que baste para que se den clara cuenta de la vergonzosa rapiña.

En el entremés de *Los Mirones*, topando con la palabra *desbuchar*, Castro citó un pasaje del *Quijote* en donde sale el mismo verbo; Rochel también cita ese pasaje. Esto por sí solo poco ó nada significa, porque ni una golondrina hace verano, ni una *coincidencia* plagio; ¡pero si Rochel, como el estudiante del cuento, tiene toda la capa llena de casualidades! Poco después, mencionándose en la expresada obrita teatral la iglesia de Santa María la Blanca, Castro manifiesta ser una de las más antiguas parroquias de Sevilla y, por añadidura, advierte que en ella se conservan cuadros de Vargas y de Morales. Rochel ilustra ese pasaje con igual manifestación, y también *por añadidura*, con idéntica advertencia. Unas páginas adelante, Castro, refiriéndose á otra alusión del texto, dice del mercado de Santa Catalina: «Hoy ya no existe este mercado.» Y Rochel, que, por muy hombre que sea, es en esto

un trasunto de la ninfa Eco, dice, comentando el mismo pasaje: «*Ce marché n'existe plus aujour d' hui.*» Castro, explicando las frases *molerá uno como alheña*, cita un lugar de *El Rufián Viudo*, y Rochel hace otro tanto; pero tan conocedor debe de ser de nuestra literatura, que llama á este entremés de Cervantes *Le vieux Ruffian. Viudo* y *viejo* son una sola cosa para Rochel: jabón é hilo negro, todo es para la ropa. Bien que la impresión también parece *rocheliana*, porque el tal pasaje de la alheña está copiado así: «Por Dios *qui* te han *matido* como *altrena*.»

Y en el *Entremés de los Romances*, no se diga: todas sus notas, salvo unas cuantas en que malcopia algunas frases del original, están tomadas de las de Castro, á las cuales Rochel quita con frecuencia, pero nunca añade cita ni reflexión suya: como quien está enteramente ayuno de letras españolas. Y aun eso de copiar y extractar lo ha hecho de una manera tan burda y desdichada como ahora verán mis lectores. Dice un pasaje del entremés:

Mira, Tarfe, que á Daraja
No me la mires ni hables,
Que es alma de mis sentidos
Y criada con mi sangre;
Y que el bien de mi cuidado
No puede mayor bien darme...

Castro puso una llamada al fin del tercer verso

y otra al fin del quinto, diciendo en la nota correspondiente á la primera:

«Recuerdos de un romance morisco que así empieza:

Mira, Tarfe, que á Daraja...

En el original dice:

Que es alma de mis despojos.»

Y dijo en la nota segunda, consignando una variante del verso que anotaba:

«Y que el bien de mis cuidados.»

Rochel hace que traduce el pasaje del original y dice en la primera de las notas:

«*Début d'un romance moresque:*

Mira, Tarfe, que á Daraja...»

Y en la segunda:

«*L'original dit:*

Que es alma de mis despojos
Y que el bien de mis cuidados.»

No vió el guarismo 2 de la nota de Castro por estar lejillos, aunque enfrente, de este último verso, é hizo de casi dos notas una.

Pero ¿qué más clara prueba del hurto que esta otra? Castro escribió comenzando á anotar este

entremés: «Mi amigo el Sr. Fernández-Guerra tiene un ejemplar suelto del *Entremés famoso de los Romances...*», y añadió que era anónimo, que no tenía indicación de lugar ni año; que en el papel y los tipos se asemejaba á las publicaciones de surtido de principios del siglo XVII, y, en fin, que ofrecía algunas variantes. Pues véase cómo dice todo esto, sin faltar ni sobrar un comino, ese *indefatigabilis quæsitor* de Rochel: «*En Espagne, M. Fernand Guerra* (no es errata: *Fernando Guerra* llama siempre á nuestro inolvidable don Aureliano Fernández-Guerra) *possède un exemplaire de cet intermède, imprimé sans nom d'auteur, sans lieu ni date de publication; il offre quelques variantes avec le texte ci-dessus et parait dater du commencemet du XVII siècle.*»

¡Ah, grandísimo *chercheur,* por no decirte peor cosa! ¿De dónde sabes tú todo eso? Y perdona que te tutee: al fin ¿que es *tutear*, sino *dar un tute?* ¡Y como *tute,* no es flojo éste que te estoy *arrimando!* ¿Conque *Fernando Guerra posee* ese ejemplar del entremés? Si es *Fernando Guerra*, no te contradigo; pero *Fernández-Guerra* pasó á mejor vida hay algunos años. Ni ¿dónde y cuándo has visto tú ese ejemplar, del cual das tantas señas, las mismas mismísimas que dió D. Adolfo de Castro, á quien te guardas de nombrar como de *aquellarte* en la cama? Pero ¿de dónde has de haber tomado todo lo que muestras como tuyo, sino del mismo Castro, cuyo libro *fusilaste* heroicamente? Desde tu *Avant-propos* comenzaste á con-

jugar el verbo *rapio*. Vaya un pasajito á dos columnas:

CASTRO	EL CASTRADOR
Don Fernando Colón, hijo del célebre Almirante, mandó labrar en Sevilla una suntuosa casa con jardín en la ribera del Guadalquivir, junto á la antigua puerta de Goles, llamada después la Real. Su designio era que aquella fábrica encerrase un museo.	Sur les bords du Guadalquivir....., pres de l'antique porte de Goles, nomée depuis porte Royale, le fils de Christophe Colomb, Fernand Colomb, édifia une demeure somptueuse dont il voulait faire, apres sa mort, un Musée.

¿Cabe, lectores míos, mayor frescura ni más gentil desparpajo? Pues ¿qué diré de la traducción de ambos entremeses, sino que es rematadamente mala, y digna, al cabo, de quien llama *Fernando Guerra* al insigne comentador de Quevedo? Ni ¿cómo podría traducir bien obras en que abundan los modismos populares, las pintorescas metáforas, las claras lumbres y gentiles bizarrías de nuestro idioma, quien los conoce tan poco, que, para pergeñar unas notejas á dos entremeses ha tenido que arrebatarlas á D. Adolfo de Castro, como quien abre una sepultura y despoja de sus ropas á un cadáver?

En resolución: el *Cervantès inédit* de Mr. Rochel es una ridícula superchería; una engañifa más que burda; y si *La Revue* ha pagado algún

dinero por las *primicias* de esas *obras cervantinas inéditas* y por las notas en que *le chercheur infatigable* ha puesto, á lo sumo, el papel y la tinta para copiarlas, entonces será otra cosa, sin dejar de ser aquello otro.

Dos consejos para Mr. Rochel, uno por cada una de las obras inéditas de Cervantes que ha sacado á luz. El primero, que se abstenga de engalanarse con ajenas plumas, ya que lo justo es que cada cual, en esto de escribir, como en aquello otro á que aludía el fraile del cuento, se avíe con la poquedad que Dios le haya dado. Y el segundo consejo, que si tanto le tira la afición á meterse á merodear en el fundo ajeno, se eche á garbear cosas más antiguas é ignoradas que las notas de Adolfo de Castro; porque apropiándose éstas, aún más se gradúa de mentecato que de harto amador de lo ajeno.

Sevilla, abril de 1903.

EL NUEVO BRONCE DE OSUNA

Entré por acaso en la redacción, y de buenas á primeras me dijo el director del periódico:

—¿Tan pronto ha sabido usted la noticia?

—¿Cuál?

—La del hallazgo de otro bronce de Osuna.

—¿Cómo...? Nada sé. ¿Qué hay de eso?—pregunté atropelladamente.

—Lea usted un telegrama que acabo de recibir.

Lo leí. Decía: «Modesto propietario Muñoz encontró ayer emplazamiento antigua Urso magnífica tabla bronce época romana extensa inscripción hermosos caracteres. Créese pertenece colección famosa existente incompleta Museo arqueológico nacional.»

Eran las cuatro de la tarde. No vacilé: salí para mi pueblo en el tren de las seis.

Al llegar, en la misma estación, díjome un conocido:

—Supongo que usted vendrá... á eso.

—¿Á qué?

—Á ver las tres tablas de bronce que Muñiz ha encontrado junto al solar del tío Blanqué.

—¿Muñoz?

—Muñiz.

—¿Tres tablas?

—Tres.

—¿Tú las has visto?

—Verlas, que digamos verlas, no; pero dicen que les echan la pata á las anteriores y que valen un Potosí.

Mi padre me dijo muy luego:

—Á buen tiempo vienes. Se suena que Muñiz, abriendo hoyos para unos garrotes en su solar, ha tropezado con otros cinco bronces de Osuna. Si no es mentira, supongo que harás por examinarlos.

Apenas pude dormir. Amantísimo de la historia antigua de mi pueblo, me pasé las horas imaginando qué sorpresas nos reservarían las nuevas aunque viejísimas disposiciones referentes á la *Colonia Genetiva Julia*. Muñiz era amigo, y aun algún favorcillo me debía: no habría, pues, de negarme uno tan pequeño como el de dejarme ver su hallazgo. Y ¡qué gratísima sorpresa iba yo á dar á Hübner, y antes que á él, á Rodríguez de Berlanga, el sabio epigrafista español, mandándoles sendos calcos y circunstanciadas noticias del recién hallado tesoro arqueológico! Cuando por haberles enviado otras veces calcos de lapidillas funerarias de poco más ó menos habían esti-

mado tanto la fineza, ¿qué no iba á ser ahora, que se trataba de cinco, siquiera de tres, ó, á lo menos, de uno de los bronces de aquella colección, famosa en todo el mundo?

Muy de mañana, salí á la calle. Apenas si había sol en los tejados. No era hora de ir á casa ajena. Anduve sin rumbo.

Un albañil que iba á su trabajo volvióme á dar la fausta noticia:

—¿Sabe usted lo de Muñiz? ¡Qué suerte de hombre! Ha encontrado *las tablas de la ley* que faltaban. ¡El premio gordo de Navidad, como quien dice! Si por tres pagó el gobierno seis mil duros, á cada una le tocan dos mil; y siendo ocho ó diez, ó qué sé yo cuántas, ¡eche usté *guita!* ¡Y que el hombre la cobrará á toca teja! ¡Como visto!

Fuí á la casa de Muñiz. Estaba cerrada la puerta; llamé y salió á abrir su hija, luego que, asomándose por el ventanuco de la cámara, me conoció. Muñiz no estaba: de madrugada se había ido al campo ¡claro que á cavar! La verdad, ya que conmigo no debían tener secretos: su padre, dos noches atrás, pareció por la casa llevando un bulto; uno solo y no muy grande. Lo guardó en el arcón; él tenía la llave; nunca la había echado hasta ahora. Como decir, francamente, algo había dicho. Decía: «¡Ya era tiempo! ¡Acabáramos! ¡La suerte es como la liebre: el que la sigue la pilla!» y, diciendo éstas y otras palabras misteriosas, abrazaba á su hija con gran contento. Muñiz volvería para comer, porque ni almuerzo

se había llevado. Ella le diría que yo estaba en Osuna y que deseaba verlo. Y ¡vaya si me buscaría! De mí se fiaba él para todo.

¡Qué mañana! No dí un paso sin oir hablar de la felicísima suerte de Muñiz. Entré en el casino. También se discutía largamente acerca del nuevo bronce de Osuna: allí no eran tres, ni cinco, sino uno solo. Nadie lo había visto, pero algunos se jactaban de conocerlo bien, por referencias fidedignas. Preguntáronme; dije que no sabía ni jota, y siguieron charlando.

—¡Si lo sabré yo!—decia uno.—El bronce tiene de largo un metro y algunos decímetros, y medio metro escaso de anchura. Y por una cara veintidós renglones, que el diablo que los lea.

—¡Hombre, estás en lo firme!—replicó otro irónicamente.—Yo sé de buena tinta, porque me lo ha dicho...

—¿El tintorero...?—interrumpió uno que llegaba.

—¡Qué chusco, hombre! Me lo ha dicho un arriero que ayudó á Muñiz á cargar en la burra el tal bronce. Es mucho más grande de lo que tú dices, pues tendrá dos metros de largo...

—¡Echa metros...!

—Y lo escrito ha de pasar de cuarenta renglones.

—¡Lo escrito...!—repitió burlonamente el interruptor.—Lo grabado querrás decir.

—¡Bueno! ¿Qué más da?—repuso el interpelado con mal humor.—Yo hablo para que me entiendan los ignorantes como tú.

Cortóse la conversación. Por la calle de Luís de Molina pasaban hacia la puerta del casino *dos fachas,* como dijo uno de los interlocutores, al verlos por la cristalera: dos ingleses, graves, tiesos, espetados, joven el uno, anciano el otro; patilludo éste y lampiño aquél, ambos con ligeros saquillos de mano. Habían llegado en el tren del medio día: buscaban á *Muñoz, el modesto propietario*. Para nombrarlo, el joven miraba un periódico, sin duda aquél en cuya redacción había yo leído el telegrama. ¡Á fe que no se habían dormido los hijos de la nebulosa y pérfida Albión! ¡Ya pretendían apandar, quizás para regalarlo á algún museo de su país, el tesoro arqueológico recién desenterrado!

En esto, avisáronme que Muñiz me esperaba en mi casa. Fuí allá en un vuelo. Él, trémulo, agitadísimo, no acertaba á echar fuera del cuerpo la palabra.

—¡Ya, ya lo sé!—exclamó abrazándome.—¡Todo! ¡Todo! ¡Ingleses ahí! ¡No me engañarán!... ¡Sea V. mi padrino! ¡No vendo, no vendo ahora!... ¡Abriremos una subasta entre todas las naciones del mundo! La suerte sólo se presenta una vez. ¡Caramba, yo no soy el otro! ¡Yo no soy el otro...!

El otro á quien aludía, era don Miguel Martín, el vendedor de *los otros* bronces de Osuna. Y Muñiz añadió:

—¡Ya verá usted! ¡Es un tesoro! ¡Ahora sí que compraré cortijos, y olivares, y yuntas...!

Y aquel hombre, aquel orate, á quien le baila-

ban en la cara los brillantes ojillos, me besaba las manos una y cien veces, como si yo le hubiese regalado tamaño bienestar.

—¡Basta, Muñiz, basta!—grité.—Veamos esa maravilla. Por ahí hay que empezar. ¿Quién la ha examinado?

—¡Nadie! ¡Ni siquiera mis hijos! ¡Prontito iba yo...!

—Pues tráigala usted y la veremos.

—¿Traerla...?—preguntó desemblantado de miedo.—Y ¿cómo saco yo á la calle ese diamante?

—¿Por lo que pesa?

—¡Canastos! ¡No por lo que pesa, que no es mucho, sino por lo que vale! Vamos á mi casa. ¡Verá usted qué real prenda!

Echamos á andar, nerviosos los dos; ambos con una fiebrecilla que disculpaban, en Muñiz la *auri fames*, y en mí el amor á las antiguallas, y á lo desconocido, y al glorioso pasado de mi pueblo.

De esta calle nos salíamos y por la otra nos entrábamos, profesando de andarines, más bien que de andadores. En el camino hablamos bien poco, y eso á intervalos largos y por palabras sueltas.

—¿Estaba honda?

—No mucho.

—¿Es grande?

—¡Así, así!

—¿Entrelarga?

—Redonda.

—¡Cosa más rara...! ¿Tiene muchas letras?

—Ni muchas ni pocas. Algunillas.

—¿Y otras cosas?...

—Un bicharraco: un oso.

—¡Caracoles!

—Eso, eso dije yo al verlo: «¡Caracoles con coles!» Porque de ese oso le pusieron el nombre á Osuna.

Llegamos á la casa, llamó á la puerta el dueño, y oída su voz, la hija nos franqueó la entrada. Muñiz me dejó en una salita con ventana á la calle y volvió enseguida trayendo en una sola mano algo á que servía de envoltorio un periódico.

—¿Es eso?—pregunté con recelo, sospechando que Muñiz me quisiera dar gato por liebre.

—Esto mismito—respondió con acento de sinceridad.—Va usté á contemplar el pan de mi familia y el amparo de mi vejez. ¡Bendito sea Dios, que me lo ha proporcionado sin merecerlo!

Quitó un periódico, y luego otro, y otro, hasta cinco. Temblábanle las manos. Asomó, al fin, la alhaja, el tesoro, la maravilla, y al verla rompí en una ruidosa carcajada, que dejó á Muñiz frío, boquiabierto y atónito.

—¡Cristiano!—le dije cuando pude hablar.—¿Usted no ha visto placas iguales á ésta en los barriles de la sosa cáustica que gastan los jaboneros? ¿Usted no ve que esto no es un oso, sino un leopardo, ó un diablo que se lo lleve? ¿Usted no ha reparado en que estas letras dicen *Trade mark,* y que lo mismo se lee en ovillos de hilo, en navajas, en máquinas de coser y en cuanto viene

de Inglaterra ó de los Estados Unidos? ¡Buen recurso para la vejez: la marca de fábrica de un barril de sosa...!

Muñiz no me escuchaba, ni siquiera me oía, y con espantados ojos miraba, sin verla, aquella inútil placa de hierro fundido que le había hecho soñar con la opulencia.

. . . . . .

Cáustico epigrama fué aquél, con que nos zahirió y aleccionó la realidad.

Muñiz, pasado algún tiempo, murió tan pobre como había vivido: nació para ochavo y ¡naturalmente! no llegó á cuarto.

Y yo, cuando la suerte, por mejor burlarse de mí, me pinta buenos y mollares los comienzos de cualquier empresa, acuérdome, sonriendo escépticamente, del *Trade mark* de antaño y conjuro á la engañadora fortuna como nuestros abuelos, al cerrar las puertas de sus casas las noches de los sábados, conjuraban á las brujas: diciéndole, hecha con dos dedos la señal de la cruz:

«Oca,
Toca,
Marnoca,
Grillos en tus pies
Y freno en tu boca.»

Sevilla, 1901.

LA FAMILIA DEL POETA

¡Qué pronto se había trocado en elegía el idilio! ¡Cómo la suerte, á quien aquella infeliz mujer había creído un tiempo madre cariñosa, no era, al cabo, sino cruel madrastra! ¿Á qué le había dejado gustar la miel de la dicha, sino para que le supiera más amargo el acíbar del infortunio?

Allí la viuda, la madre, la enferma. Allí: en el cuartucho que desamueblaron los acreedores y heló el invierno, y en cuyas paredes todavía, como cosa sin precio en el mercado, veíanse algunas coronas de laurel contrahecho, con cintas de letras doradas:

«Al poeta excelente...»

«Al insigne dramaturgo...»

«Á nuestro querido y admirado amigo...»

¡Eso era la gloria: laureles de cartón y engañoso oropel!

Allí la viuda: al lado del roto barreño en que la ceniza, como un acreedor más, hurtaba calor al mezquino rescoldo, y junto á un calentador de

varetas de olivo, cuna improvisada en donde dormía el niño enfermo y desahuciado, primero y último fruto de un amor entrañable. El niño dormitaba y sonreía, y la madre, llorando, cantaba:

«De verte triste y malito
Se me parte el corazón;
Así, cuando canto, lloro
Y se me apaga la voz.»

¡Si parecía un sueño! Aún no había pasado un año. Él, lleno de vida, rebosaba entusiasmo y juventud. ¡Cómo confiaba en *romper el hielo* y en abrirse camino, á fuerza de solicitud y de sacrificios! ¡Le harían justicia! Ya el mundo empezaba á apreciar sus generosos afanes. Y el poeta, alentado por el amor, haría milagros... Mas, por lo pronto, apenas si daban para vivir aquel desmedrado sueldecillo de periodista y aquellas pesetejas que solían producir sus obritas dramáticas, ni aun agregándoles la mal venida ayuda de costa como escribiente temporero: aquella vergüenza y aquel delito; que delito vergonzoso se le figuraba el obtener un salario municipal por escribir gacetillas laudatorias para alcaldes y acuerdos que, las más veces, no merecían sino sátiras y execración.

Á este punto de su mental soliloquio llegaba la triste viuda, cuando el niño tosió débilmente. La madre, después de escurrir la alcucilla en el cascado vaso en donde estaba á punto de expirar

la luz de la mariposa, meció al niño y cantó con apagado acento:

«Este niño chiquito
No tiene cuna;
Su padre es carpintero
Y le hará una.»

Y reanudó el hilo de sus sombríos recuerdos.

«*¡Su padre es carpintero!* ¡Ojalá lo hubiera sido, ó albañil, ó cualquier cosa, menos lo que fué! Porque aquel incesante afán, aquel no dormir, aquel barajar libros, aquel emborronar papel una noche y otra, hasta que clareaba el día... «—¡Ah, ya verás! ¡Espera á que escriba el drama que tengo aquí!»... Y se golpeaba la frente... ¡La locura: éso era lo que allí tenía! ¡La muerte: ése el triunfo que le esperaba!»

Tosió, ahora no el niño, sino la madre, y asomaron unas gotas de carmín á sus descoloridos labios. Enjugóselos con un pañolillo roto. El niño despertó, al cesar el acompasado vaivén del calentador. Hacía mucho frío, y la viuda volcó entre el menguado rescoldo la cestilla del carbón. ¿Qué comida había de preparar con él al día siguiente? Dió las tres el reloj de una torre cercana. Por la desportada vidriera del cuartucho comenzaba á entrar de soslayo y como temeroso un rayo de luna. Sonaron pasos inseguros y nada isócronos en la escalera: subía á acostarse el borracho filósofo de la boardilla: uno que pasaba la vida á sorbos, según él, porque es tan amarga, que no hay

quien la apure de un solo trago. El que se burlaba del escritor, y de su gloria, y de sus amigos y admiradores, y de la fama póstuma. Y mientras que pensaba en esto la infeliz madre, dió á paladear al niño un pellizco de pañuelo dentro del cual había unas migajas de bizcocho, y, después de besar á la criatura, volvió á mecerla y cantó, para abismarse de nuevo en sus meditaciones:

«Ea, á la nana,
Duérmete lucerito
De la mañana.»

«Lucero de la mañana, y luna de enero, y sol de oriente: todo eso era él para mí. Viviérame, y yo hubiera pedido limosna para su hambre y para su enfermedad. ¡Qué agradable cosa era la pobreza compartida con él! Á fausto y gloria me sabía. De luz de sus ojos se alimentaba mi alma. Á nardos y á claveles me olía su aliento. Como celestial melodía me sonaba su voz. Y fuésele apagando, apagando, y tornóse huraño y silencioso y sombrío, y de pronto volvió á reir; pero á reir de gozo, porque ya era rico y millonario. ¡Infeliz! Imaginaba tener en el cerebro una mina de oro, de la cual, como de inagotable y mágica rueca, todos iban sacando é hilando áureas maravillas... Y luego, el manicomio, la camisa de fuerza; y para mí y para este ángel de Dios, el negro desamparo; la soledad y el hambre. Como ya no escribía artículos laudatorios, acabóse la limosna municipal; como ya no honraba á sus

protectores y amigos, todos le olvidaron. Y meses después, la trágica y espantosa muerte, y el entierro solitario, y los usureros que no esperan, y la precipitada almoneda de los libros, y la miseria con todas sus negruras.»

De súbito, el niño se agitó en una de sus frecuentes convulsiones; tomólo en sus brazos la atribulada mujer, regándole el rostro con sus lágrimas y pretendiendo calmarlo con sus besos. ¡Ah, bien lo sabía ella! ¡Bien se lo había dicho su leal corazón: era llegado el temido y forzoso trance! La pobre madre, sin gritos, sin voz siquiera, desmesuradamente abiertos los ojos, parecía invocar y esperar algún milagroso auxilio. La tranquilidad de la muerte sucedió bien pronto á los estremecimientos de la convulsión. El niño, aquietado un momento antes de morir, sonreía, como brindando con perdurable paz á la acongojada madre, que, contemplándolo en silencio unos instantes, exclamó:

— ¡Dichoso tú, y desventurada de mí!

Inclinada la cabeza sobre la carita del cadáver, quedó inmóvil la viuda del poeta, sin suspiros, sin llanto, casi sin aliento. Una atmósfera acre dificultaba gradualmente su respiración. Miró hacia el brasero, sonrió levemente y volvió á quedar inmóvil, caídos los brazos, y el niño sobre las rodillas, tal como pintan á la dolorida Madre del Crucificado después que los piadosos varones lo han bajado de la Cruz. La mujer y el niño dormían el mismo perdurable sueño.

La luz de la luna fué entrando de lleno por la

vidriera, como para bañar amorosamente en su tibia claridad entrambos cadáveres.

Sonaron cuatro campanadas en el reloj de la vecina torre y, á poco, en los escalones de madera, las desiguales pisadas del borracho, que, no pudiendo conciliar el sueño, por la sed, bajaba á saciarla en la taberna, cantando filosóficamente á media voz:

«Por cosas de este mundo
Nunca te apures;
Que no hay bien que no acabe,
Ni mal que dure.»

Sevilla, 1903.

LOS DEDOS

Campo blanco,
Simiente negra
Y cinco bueyes
Aran con reja.

(Adivinanza popular.)

MIENTRAS la boca hablaba, todo iba bien, y el cerebro y el corazón vivían contentos, porque no estaban aislados: las ideas de aquél y los sentimientos de éste se comunicaban á otros cerebros y á otros corazones. No era perdido el fruto del pensar y del sentir.

Pero á más aspiraban entrambos: querían dar á sus manifestaciones mayor extensión y mayor fijeza, y con ellas, perdurable vida. Porque ideas y sentimientos tienen en su expresión un como leve polvillo de alas de mariposas y como sutil fragancia de flores, que al pasar á otros cerebros y á otros corazones, y á otros y otros después, acababan por caerse y disiparse, con sólo irse al-

terando y trocando las palabras, y así se perdía lo más genuíno y precioso del sentir y del pensar.

El cerebro y el corazón convinieron en que era menester buscar remedio para esta pérdida, y, como el arbitrarlo era cosa de discurrir, y el corazón no discurre, dió amplios poderes al otro, el cual, yendo y viniendo días, ideó un portentoso arbitrio: pintar la palabra; hacer accesible á los ojos el sonido. Unas figurillas convencionales ¡diantre de invento! representarían las articulaciones de la voz. Así los sordos oirían, con tal que vieran, y, á mayor abundamiento, lo que por esas figurillas se diera á entender, siendo ellas permanentes, serviría para comunicarse á las más grandes distancias y subsistiría para todos los cerebros y para todos los corazones, como si la boca acabara de expresarlo. La palabra original, que hasta entonces se había perdido en las ondas de aire que la transportaban, recalaría á través del espacio y perduraría á través del tiempo.

El corazón, al tener noticia de los futuros signos y enterarse de lo que por ellos habría de obtenerse, palpitó alborozado, de donde coligió que aquello era bueno; pero ¡grave dificultad! ¿quién había de trazarlos? Esto requería una habilidad mecánica, y corazón y cerebro eran la torpeza andando. Maquinillas internas del hombre, fuera de él ni uno ni otro servían para maldita la cosa. ¿Superficies en donde grabar ó pintar esos caracteres? Cualesquiera: la roca, las hojas de los ár-

boles, las pieles de los animales; hasta una pasta que se podria preparar *ad hoc*, y que se llamaria, verbigracia, *papel*. Pero ¿quién habría de trazar aquellos imaginarios caracteres, representación ingeniosísima de las ideas y de los sentimientos? Ahí estaba el toque.

Y acordándose ambos de unas viejas criadas que tenían, llamáronlas.

Eran las manos. Acudió cada cual con sus cinco hijos. Aunque hermanas, había mucho tiempo que no se llevaban bien, ni tampoco los hijos de la una con los de la otra, como educados, ellas y ellos, en distintas esferas sociales. Cada una andaba por su lado con su descendencia. La del lado izquierdo, la zurda, la siniestra, como despectivamente la llamaba el cerebro, era la mimada del corazón y se había hecho floja, descuidada y señora al uso. La otra mano, la diestra, sin tales mimos, siempre solícita y obediente á las órdenes del cerebro, estaba muy habituada al trabajo. Bien lo decían, sin decirlo, sus duras callosidades. Á las madres habían salido los hijos, como era natural: robustos, forzudos y ágiles los de la derecha, con las uñas desgastadas del trabajo, que no recortadas por bien parecer; y los otros, más flacos y amarillentos, como criados en la ociosidad, estaban torpes y muy para poco, y, lo que es peor, se entregaban á los vicios; así, por ejemplo, veíaseles tostadillos de andar con el tabaco de humo.

Á todos diez manifestó el cerebro su plan, les dió algunas reglas para poner en práctica su in-

vención, y, á fin de más interesarlos en su buen desempeño, ofreció premiar á quienes mejor secundaran su propósito. Todos prometieron cumplir; pero, ya los diez á sus solas, los de la mano izquierda hiciéronse del ojo y exclamaron desdeñosamente:

—¡Bah! ¿Nosotros afanarnos por nadie? Somos del buen barrio: de aquel en donde vive el corazón. Mientras éste nos agasaje y prefiera, ¿á qué trabajar? Ni ¿quién va á ponerse á perder su tiempo pintando las endiabladas figurillas que inventó ese loco? Holganza nos llamamos. Vosotros, jornalerillos de tres al cuarto, de nadie protegidos, echad el alma y entreteneos en esos ringorrangos ridículos. El cerebro os mande, y así os lucirá la capa; que nosotros tenemos buenas aldabas á que agarrarnos. Y á la hora del premiar veremos; que al cabo y al fin, así es el mundo: unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.

—Pero...—quisieron objetar los dedos de la mano derecha.

—¡Camuesa!—interrumpieron burlonamente los otros.—El corazón manda en el cerebro y ¡frescos estáis!

—¡Estamos frescos!—acentuaron con amargura los dedos trabajadores.—¡Á trabajar, pues; que no hay en el mundo igual cosa para entrar en calor! Ofrecido está el premio, y ó no será para los que se tumben á la bartola, ó no quedará migaja de justicia en el mundo.

—¡Pue... de!—gritaron, ya alejándose, con

simuladas vocecillas de tiple, los dedos holgazanes. Y uno de ellos, el del corazón precisamente, irguióse á lo pícaro y afrentó á los de la mano derecha con aquel soez agravio, con aquella procaz demostración á que aludieron alguna vez Marcial, Juvenal y Persio, y aun el profeta Isaías, tan grave y todo.

Ya solos los cinco dedos trabajadores, pusiéronse á discurrir cómo servirían al cerebro y darían cima á su admirable empresa. Estudiaron los ingeniosos signos hasta distinguir bien los unos de los otros, y para trazarlos idearon, después de mucho dar y tomar en ello, que, así como el arado abre en la fértil tierra el surco para la semilla germinadora, así también otro instrumento análogo podría labrar una tierra en donde se criase el pan del entendimiento, lo cual bien se facilitaría con que ella fuese blanca, y prieta la simiente.

—¡Á probar! ¡Á probar!—gritó con impaciencia un dedillo chipilín: el meñique.

Y después de exprimir en una cáscara de nuez unas cuantas moras, cogieron una astilla de carrizo, y, mojando en aquel zumo la más aguda de sus puntas, garrapatearon á más y mejor sobre un pedazo de piel tersa los signos aprendidos.

Al empezar ¡qué poca maña se daban! ¡Con qué torpeza manejaban el cálamo ó palillo aquél! Todos, atropelladamente, en su loable afán, intentaban conducirlo. Pero, principio quieren las cosas. La división del trabajo y, sobre todo, el uso, harían lo demás. El oficio saca maestro.

El dedo índice, el que, señalando, elogia ó vitupera, el más avisado de los cinco, ése iría sobre el nuevo arado, como mano de labrador experto que rige la mancera. El de enmedio, más largo y forzudo, llevaría sobre su cabeza la cañilla. El pulgar, corto y recio, pero menos ágil, la apretaría sobre ellos, para que obedeciera á la unánime voluntad de los tres, y por lo que toca á los dos dedos restantes, el anular y el meñique, éstos, prudentemente encogidos y agazapados, auparían á los dos primeros hasta la altura necesaria, que todo es trabajar, y aun el chico, vivo como una cendra, iría adelantándose al arado para allanarle y limpiarle el terreno.

Así convenidos, pusieron mano á la extraña labor, y hala, hala, hala, escribían y escribían, mientras el cerebro, que no cabía en sí de gozo, notaba y más notaba, viendo alborozado que ya no serían perdidos sus frutos y podrían conservarse por siglos y siglos.

¿Y los dedos de la mano izquierda? ¿Pensarás que estaban ociosos?... Estábanlo, ciertamente; pero en su afán de alzarse con el premio inmerecido, hacían que hacían: sujetaban el pedazo de piel, y á veces lo movían, como impensadamente, pero, á la verdad, por deslucir la obra de los otros.

Llegó la hora de adjudicar el premio. Los dedos holgazanes, seguros de que el cerebro resolvería en justicia, lo perturbaron cuanto pudieron con el humo del cigarrillo, y, contando como contaban con su padrino el corazón, injusto y

apasionado siempre, rogáronle que, á turbio correr, metiera el pleito á voces.

El cerebro enseñó al corazón aquellas hermosas muestras de escritura, y manifestando que sólo á los dedos buenos se debían, propuso que á éstos se adjudicasen unos lindos anillos de oro que había mandado hacer. El corazón no estuvo conforme: pretendía que los tales anillos se diesen á los dedos de la mano izquierda: ellos habían sujetado la piel mientras escribían los otros, y sostener—dijo con énfasis—es más meritorio que empujar.

—¡Estás loco!—dijo el cerebro con visible mal humor, aunque con voz reposada.

—¡Estás tonto!—gritó el corazón como un energúmeno.—Y, sobre todo, ¿quién manda aquí?

—Debo mandar yo.

—¡Mando yo, y el hecho vale más que el derecho! Y si me afufo, armaré la de San Quintín y habrá la de vámonos. ¿Quién eres tú? Yo en esta casa ocupo el principal, y tú, la buhardilla. Además, ¿quién sino yo te da, te presta, la sangre de que te nutres?

—Pero sin mí...

—¡Á callar, ó andará la paz por el coro! ¡Vengan los anillos! Tomad, muchachos, que á mí no hay quien me tosa. Vuestro es el premio.

Calló el cerebro, no porque no se le ocurrieran razones que oponer á los desaforados gritos del corazón, sino porque siempre, entre dos sujetos desigualmente educados, cede el juicioso y vence el de la mala crianza.

Los dedos indignos celebraron con grandes risotadas su injusta victoria, y una vez más, el del corazón, el más mimado del padrino, hizo de las suyas truhanescamente.

Los dedos trabajadores arrojaron con indignación la cañilla, exclamando:

—Ahora ¡que trabajen los premiados!

Y retiráronse á conversar á solas.

¿Qué sucederá?

¡Ay, si los dedos buenos se resuelven á volcar el tintero sobre lo escrito! ¡Que no hay bondad posible cuando se premia á los que no trabajan!

Sevilla, 1902.

CHÁ... CHARA

Aquel día, en vez de estudiar su lección de Física, Juanito se fué al arroyo cercano á coger ranas. Cabalmente las habría menester el catedrático, si quisiese repetir el curioso experimento de galvanismo que poco antes cautivó la atención de los alumnos. Pero el catedrático no quería tal cosa por entonces, sino lecciones sabidas de coro, y como Juanito, sobre que no las había ni saludado, se insolentó con el profesor, encerráronlo en aquella abominable *Carbonera,* cárcel de la antigua Universidad de Osuna, cuyo edificio ocupaba á la sazón el Instituto de segunda enseñanza.

Asomado estaba nuestro mozo, resignadamente, á la reja de su encierro, que da á la plazoleta del exseminario del *Corpus Christi,* cuando, cansado de subir cuestas, llegóse á la tal ventana Bautistilla, condiscípulo de Juanito, y, como él, zagalón de hasta diez y siete años; pero, á di-

ferencia de él, más pobre que las ratas. Porque Juanito, que era hijo del mejor abogado del pueblo, y, entre lo recibido y lo gentilmente garbeado, siempre tenía pesetillas que gastar, no carecía ni de buen tabaco del de las latas de á doce reales, ni de los vistosos puros peninsulares de á tres y aun de á cinco cuartos, ni de la recia y amplia petaca ubriqueña, en donde lo entero y lo picado se alojaban en amoroso consorcio, para deleite del dueño y de los amigos gorrones, que Juanito los tenía, que eran plaga.

Por hacerle llevadera su prisión, ó, lo que más creo, por regalarse el paladar con un cigarrillo de *Valdivia*, Bautista, poniendo triste la cara, llegóse á la reja y entabló con el recluso el siguiente diálogo:

—¡Por víncheles!... Juanito, ¡y yo que no lo sabía!... Si yo pudiera meterme ahí por ti, ¡ahora mismo! ¡Pero que era ya! Y ¿qué ha sido eso, hombre? Yo hice hoy rabona...

—¿Qué quieres?... ¡Percances, Bautista, percances! Y tó por no saberme una puñalera lección. En cambio, le llevé á don Antonio las seis ranas más hermosas que él había visto en su silletera vida. ¡Ahí tienes! Y es que como ya no es médico de mi casa, desde que mató á mi tío (porque la verdad es que lo mató él), me ha tomado tirria y quisiera verme en la boca de un cañón.

—Pues yo—dijo Bautistilla, alzando, vamos, al decir, el afilado sable—yo vengo de avisar en tu casa. Por Eduardo supe que estabas en chirona. Por más cierto, que, al decírmelo, me pidió ta-

baco y se llevó uno de los dos pitillos que me quedaban de los seis que me diste anoche; y como yo mé fumé el otro... ¿Tienes?

—Toma, hombre, toma, y lía un cigarro gordo.

Bautista, volviendo las espaldas á su interlocutor, como para evitar que el viento se llevara el tabaco, se echó un poco en la palma de la mano izquierda, y, pasando su contenido, disimuladamente, á un bolsillo del chaleco, volvió á echar, como si tal cosa, cortó papel y empezó á liar un cigarro como una tranca. Pero antes, cerrando la petaca para devolverla, contemplóla con ojos ansiosos y dijo suspirando:

—Toma, hombre; que eres el hijo de la suerte. ¿Cuándo en mi arrastrada vida tendré yo una petaca como ésta? ¡Verdad es que ni mala la tengo! ¡Ya se ve: soy tan pobre...!

Y volvió á suspirar pensando en la petaca, como quien piensa en hijo embarcado para las Indias. En los negros ojos de Juanito centelleó una mirada diabólica, y una picaresca sonrisa entreabrió sus gruesos labios, en tanto que Bautista, acabando de liar su pitillo, le preguntaba:

—Oye, ¿tú tienes mistos? ¡Porque yo, hijo mío, ni eso!

—Toma, y quédate con la cajilla; que yo tengo otra. Así no tendrás que pedir más que papel, porque lo que es tabaco, ya llevas para el día. ¡Te despachaste, camará!

—¿Yo...?

—Sí, tú. Pero dime, ¿tanto te gusta á ti mi petaca?

—Tanto me gusta—dijo Bautistilla riéndose y dejando ver su caja de dientes, blanca y recia como la de un mastín—tanto me gusta, chiquillo, que me dejaría dar dos *bujíos* apretaos por tenerla y lucirla. ¡Aunque no tuviera ná que echar en ella! ¡Pa que veas tú!

—Pues mira; con poco te quitas el amargor de la boca. Atiende. Á mí me soltarán á las cuatro. Voy, y como. Al oscurecer, me pongo á pelar la pava. ¡Tú sabes con quién!

—¡Vaya si lo sé, chiquillo! Con una jembra toavía más bonita que la petaca: ¡mira si es ponderación! Con Luisa la del escribano. ¡Jujujuy...!

Y después de chupar nerviosamente el pitillo y de echar una gran bocanada de humo, sacudió la mano derecha dos ó tres veces, como quien se quema, haciendo castañetear los dedos.

—Pues oye—repuso Juanito.—Si tan de verdad quieres tú la petaca, tuya es, con tal que te prestes á hacer lo que yo te encargue. Yo le he dicho á mi novia que soy muy valiente. Tú te llegas luego, cuando yo esté junto á la ventana, y me dices con coraje, lo mismo que si hubiéramos andado de riña: «¡Aquí me tienes! ¡Lo que había de ser luego, ahora!» Y yo te digo: «¡Ahora y siempre; aquí y en toas partes!» Y tú me dices, echando chispas por los ojos: «¡Eso lo veremos!» Y yo te digo: «¡Ya mismito!» Entonces mi novia se echará á llorar y me dirá: «¡Hombre, por Dios, no te comprometas! ¡Si ya sé lo valiente

que eres!» Y yo le diré, echándome á reir: «¡Chiquilla, no seas tonta! ¡Doce como éste necesito yo para merendar!» Cuando yo diga esto, ¿te enteras? tú te acercas más y me dices: «¿Doce?... ¡Ni medio!» Y levantas la mano como para pegarme una guantá, pero no me la pegas. Ten cuidado y no me la des. ¿Estamos? Yo entonces con esta mano, te cojo por la solapa y te zamarreo, y con ésta te doy en bofetón flojito; ¿oyes? flojito. Y tú te echas á llorar, y te vas; y yo escupo al suelo, no á ti... Y después, cuando yo acabe de hablar con mi novia, te doy la petaca con los puros y todo, y ya es tuya para ciento y un años.

Al principio negóse Bautista á representar tan ridículo papel, pues era mozo que iba para muy hombre; negóse luego solamente á recibir la bofetada; regateó, al fin, la fuerza con que hubiese de dársela Juanito, y hasta puso en tela de juicio la seguridad de que éste cumpliera su oferta nada generosa. Juanito, diablo tentador, sacó y le mostró la petaca dos veces. Bautista la tomó en sus manos otras tantas, la contempló, así cerrada como abierta, examinó uno por uno los tres puros que hundían sus puntas en lo picado, y, devolviéndosela, dijo á media voz, no sin suspirar de nuevo:

—¡Trato hecho! Pero, hombre, no aprietes, y dame el metío en este lao, porque en el otro me duele, á rabiar, una muela, y tengo puesta una pasa en la encía.

En esto, por el arquillo del seminario, asoma-

ba el padre del recluso, don Juan en persona, quien con sus narices hinchadas, iba á preguntar al director del Instituto cómo se había atrevido á encarcelar á la flor y nata de los estudiantes de Física.

—¡Justo!—decía para sus adentros.—¡Detención arbitraria! ¡Es cosa penable!

Y tosía fuerte, como hombre que sabe su derecho.

. . . . . .

Más lozana y más bonita que una rosa de aquel abril, Luisa, con su tez trigueña, cubierta de pelusilla suave cual la del melocotón maduro, con su abundante mata de pelo como la endrina, y con aquellos ojos

«Como aceitunillas negras
De olivaritos gordales»,

en donde muy á flor se columbraban el sentir, el pensar y el querer de una sana muchachota andaluza, casi árabe, de diez y seis años, escuchaba en la reja, entre indignada y enternecida, el pintoresco relato de aquella prisión padecida por el más valiente y jacarandoso de cuantos estudiantes de Física había habido en el mundo de Arquímedes acá. Pero lo peor de todo, parecíale á ella, era el haber tirado de las barbazas al catedrático, aunque, si bien se miraba, tampoco era grano de anís aquello otro de untarle las orejas con saliva, en son de reto.

—¡Hombre, ten juicio!—le rogaba Luisilla,

cruzando aquellas lindas manos, que apenas si se le parecían, de chicas que eran.—En una de estas valentías me quedo sin ti, y ¿qué será de mí entonces?

Y la muchacha se echó á llorar, encogido el corazón: que así es de sensible y hondo el amor primero.

La casa de Luisa, en la calle de San Pedro, hacía esquina á la que llaman de la Alameda; y asomando por ésta el codicioso Bautistilla, retúvose al ver á los amantes, escuchó las ternezas de la joven, pusiéronsele los dientes tan largos como si hubiera comido naranjas agrias y estuvo á un jeme de renunciar á su desairado papel de pasillo cómico. ¡Qué vergüenza! ¡Aparentar que era cobarde, por una petaca, delante de una criatura tan linda...! Titubeó un rato, pero, al fin, pobreza fué vileza, y, ya resuelto, acercóse á Juanito.

Se representó la farsa. Luisa, muy afligida, lloraba como una Magdalena y pedía por Dios vivo á aquel Ricardo Corazón de León que no se comprometiera. Y poco después ¡plaf! sonó la bofetada convenida tres horas antes.

Bautista se retiró llorando, más que de otra cosa, de rabia y de bochorno, y se escondió detrás de la esquina, no sabía él mismo si á esperar la paga ó á cosa peor. Entretanto, Juanito, tranquilizando á su novia, asombrada de tanta guapeza, decíale:

—¡Cuando yo te aseguro, chiquilla, que á mí no hay hombre que me se ponga delante!... ¡Bo-

nito soy yo para aguantarle ancas á ninguno! ¡Ejem!...

Y tosía, pidiendo gente, mientras que en el balcón de la casa de al lado una codorniz cantaba, como burlándose de aquel Tablante de Ricamonte:

—¡Chá.... chara! ¡Chá.... chara! ¡Chá.... chara!

Engrióse Juanito mintiendo proezas; embebecióse Luisa escuchándolo, y á Bautistilla, que, para que todo se le antojara negro, había recibido el bofetón sobre la encía de la pasa, se le acababa el aguante. Así, primero moderadamente y á media voz, y después con descaro y á voz en grito, exclamaba asomándose á la esquina y poniéndose entrambas manos á los lados de la boca:

—¡La petaca!

Y como el distraído novio no le hiciese caso, Bautistilla, echando el bodegón á rodar, avanzó resuelto hacia el fachendoso amante, y, pegándosele al lado, le dijo:

—¡So gallina! ¡Á buen bofetón, buena petaca! Tú me la prometiste, pero ya no la quiero. Lo que quiero es que Luisa te conozca; que no te la mereces.

Y, mudando de tono, dirigióse á ella con ojillos de enamorado, diciéndole:

—Y tú, niña, más salá que las pesetas, quiéreme á mí, aunque sea pobre; que ahora verás que no soy cobarde.

Y, diciendo y haciendo, la emprendió á mojicones con Juanito, que se había quedado atóni-

to, le sacó del bolsillo la ya aborrecida petaca, y, tirándola al suelo, la pisoteó con furia.

Luisilla, indignada de la farsa, dijo con desdén á su novio:

—¡Utu allá, embustero!

Y cerró de golpe las puertas de la ventana.

Y la codorniz, como si estuviera al cabo de todo lo sucedido y quisiera burlarse del valiente de mentirijillas, volvió á cantar:

—¡Chá... chara! ¡Chá... chara! ¡Chá... chara!

Sevilla, 1901.

LAS "FLORES" DE RINCONETE

Un polizonte, real ó fingido, que firma *Deber-Trud,* emprendió há pocos días en el *Heraldo de Madrid,* la benéfica tarea de abrir los ojos á los incautos, vulgarizando las trampas á que suelen acudir los fulleros llamados, por eufemismo, jugadores de ventaja ó *ventajistas.* Dos artículos ha publicado, y á fe que si, como parece, da por terminada en ellos la enumeración de las *flores* de los naipes, habrá que confesar que hasta en eso ha venido á menos la pobre España. ¡Bah! Esas *flores* de hoy no valen una copla: Angulillo, el fullero á quien recuerda Vicente Espinel, y Andradilla, aquel fénix del naipe sucio, á quien menciona Cervantes, se sonreirían desdeñosamente si volvieran á la timba, al ver tiradores tan cuitados y para poco. Las águilas de antaño se han vuelto hogaño vencejos. Donde había tocinos no hay ni estacas.

¿Qué dije Andradilla? El mismo Rinconete, y eso que no pasaba de diez y siete años, edad inocentona y bachilleresca, tendría á menos el codearse con jugadores de tan mezquino repertorio. Porque Rinconete, aunque muchacho, sabía más que saben hoy los encanecidos en el arte ó artificio naipesco: sabía... Mas dejémosle hablar, ya que tan bien lo hace:

«Yo sé—decía—un poquito de *floreo de Vilhán:* entiéndeseme *el retén;* tengo buena vista para *el humillo*; juego bien de *la sota,* de *las cuatro* y de *las ocho;* no se me va por pies *el raspadillo, verrugueta* y *el colmillo;* éntrome por *la boca de lobo* como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de *chanza* mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un *astillazo* al más pintado mejor que dos reales prestados.»

Y cuenta que, dicho esto por Rinconete, Cervantes, para dar á entender que el aprovechado mozo apenas si había pasado del abecé de la fullería, pone en boca de Monipodio, docto y doctor en ella, la respuesta siguiente:

«Principios son: pero todas esas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan *blanco* que *se deje matar de media noche abajo;* pero andará el tiempo y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.»

Como de las habilidades de que se ufanaba

Rinconete no tendrán mucha noticia mis lectores, especialmente aquellos que no hayan malgastado su tiempo en averiguar en qué consistían, paréceme que no se me llevará á mal el intento de explicarlas, entre algunas otras, concordándolas con las que, á lo que presumo, sobreviven hoy: y digo «á lo que presumo», porque, la verdad en su lugar, yo nunca en mi vida jugué á los naipes, ni siquiera al tresillo, ni sé migaja de ellos sino de referencia y por mi antigua afición á los estudios de *folk-lore*.

Como hemos visto, Pedro del Rincón comienza diciendo que sabe un poquito de *floreo de Vilhán*. Ésta es frase genérica, en la cual entran todas las especies que enumera en seguida; y es de notar que andan tan perdidos los memoriales acerca de lo de antaño, atentos como estamos á pensar en la casa ajena más que en la propia, que casi todas las ediciones modernas de las *Novelas ejemplares* dicen malamente *floreo de villano*, como poco antes *ciencia villanesca*, en lugar de *vilhanesca*, disparatando en estos como en muchísimos otros pasajes. Vilhán, por sí solo, como inventor de los naipes y sus juegos, según la añeja tradición, merece un artículo.

Juntos en la *coima* ó *mandracho*, *palomar* ó *leonera*, que por todos estos nombres solía conocerse á principios del siglo XVII el garito ó casa de juego, juntos, digo, no solamente los sujetos que habían de jugar, *negros* y *blancos* (fulleros ó limpios), sino también los mirones más ó menos *pedogogos* (maestros de tahures), y los *danzaires*

ó ayudantes de jugadores, el *coimero* ó *garitero* servía á precio tasado las barajas, de ordinario mártires, aunque parecían vírgenes; tomábalas el mayordomo y *hacía el naipe*, es decir, lo revisaba, descartándolo, cuando era menester, de los ochos y los nueves, por lo cual después cobraba el barato que se llamaba *mayordomía* en unas partes, y en otras *Villagómez*, de un cierto mayordomo que hubo de tal apellido. Entretanto, al olor de la pecunia acudían además los *maniqueos*, llamados así donosamente porque vendían alhajas, ropas y conservas á los jugadores y les prestaban dinero (cien reales por ciento veinte), para ir cobrando á cada mano ó vuelta que los compradores ó prestatarios ganaban; que, soplando bien la suerte, *cañoneando Monago*, como decían, por alusión á cierto castillo bien artillado de Italia, era cosa fácil, como de decir y hacer.

Por aquel tiempo, los juegos de naipes más en boga cinco lustros atrás, tales como *los cientos, la polla*, *el tres*, *dos y as, las quínolas* y *la primera,* iban de capa caída: los había arrinconado *el parar,* padre legítimo de nuestro actual *juego del monte,* y que consistía en sacar de la baraja una carta para los puntos y otra para el banquero, y otras después, hasta salir una que hiciese pareja con alguna de las dos primeras, la cual ganaba; para decirlo pronto, lo que hoy llamamos un *albur.*

Comenzaba el juego, y ya fuese *tablajero* (banquero de cabecera) ó ya *arrendador (burlotero)* quien ponía la banca, solía empezar *dando*

lamedor, es decir, estimulando á los jugadores *blancos,* con la pronta ganancia, el paladar de la codicia; pero de allí á poco, cuando los inexpertos gananciosos, empujados las más veces por sus ayudantes, arriesgaban, en lo que creían jugada infalible, todo ó casi todo su dinero, volvíanse de repente las tornas y la banca *hacía mesa gallega,* no, por cierto, sin dar barato á los *búzanos* (buzos, que diríamos hoy), grandes conocedores ó *entrevadores* de toda *flor,* y á los *danzaires*, por haber vendido á sus discípulos; que en esto y en no tener maestro á quien vender se diferenciaban de Judas.

Y, ganando ó perdiendo, daban rienda suelta, entre mano y mano, ya á la alegría, ó ya al enojo, en mil pintorescas, aunque rara vez bien sonantes expresiones, y allí el comentar con gentil viveza y no aprendidos tropos los lances pasados, y el llamar á los ases por tales y cuales nombres de personas, y á los seises, *calles del Puerto,* denominación que aún conserva en algunas partes el seis de copas, y á cualquier siete, *Setenil y Ronda* y *la Cueva del Becerro*, y á las sotas, por *las cuatro letras*, ó por apellidos de damas conocidas, menos por sus virtudes que por la nobleza de sus linajes; y á los reyes *casa grande,* y al dos de copas (cosa muy de reparar hoy, reciente como está el descubrimiento de los espantosos crímenes perpetrados con base tahuresca en el Huerto del Francés) *las lámparas de Peñaflor,* nombre cuya razón explicaré en la vida de Vilhán. No parece sino que, desde muy remotos tiempos, la *flor*

de Peñaflor es flor de la fullería. Asímismo, y diciendo *flor* á toda trampa, llamaban *entrevar la flor* á conocerla y dejarla pasar, para tomar barato por el silencio, cosa que hacían comúnmente los *sages* (los sagaces ó avisados); y estos pájaros de cuenta y riesgo y los *sages dobles,* archidoctores en la ciencia vilhanesca, de vez en cuando engañaban con su misma *flor* al fullero ó jugador *cierto,* á lo cual llamaban, con frase muy propia y significativa, *dar con la ley*.

En dos clases ó grupos pueden dividirse las *flores* tahurescas de los naipes: las unas, anteriores al acto de jugar y consistentes en preparaciones de toda la baraja *(huebra* ó *boyuda),* ó de algunos de sus *bueyes* (cartas); y las otras, menos abundantes en número, eran habilidades de prestidigitador y se ejecutaban, por tanto, en el momento mismo de jugar. De ambas clases había *flores* en el vistoso jardín de Rinconete. Sin ser yo un Linneo, tentaré á describirlas y explicarlas.

Entendíasele *el retén* al compañero de Cortadillo, y esta maniobra consistía, según el vocabulario germanesco de Juan Hidalgo (1609), en «tener el naipe cuando el fullero juega, que se suele decir *salvar,* y ellos dicen *salvatierra»;* más claro: en quedarse el fullero, al dar la baraja para alzar, con uno ó más naipes, ya conocidos (un *paquete,* que dicen hoy), poniéndolo luego sobre el que caía encima.

«Tengo—añadía Rinconete—buena vista para *el humillo.*» Éste, como *el lápiz* y *el hollín,* y á

diferencia de *la pez* (que era *el pego* de hoy), consistía en señalar sutilmente por el dorso tales ó cuáles suertes de naipes, ó todos ellos, distinguiéndolos según los sitios en que estaban marcados. De entrambas *flores,* al par que de otras, hacía mención Vicente Espinel en su *Sátira contra las damas de Sevilla,* escrita aquel año (1578) que pasó, muy á lo pícaro, por cierto, en la opulenta ciudad de la Giralda:

Recógense los dos á un tabernáculo
Á ejercitar el juego de ventaja;
Que en esotro la edad les pone obstáculo.
Allí viene flamante la baraja,
Hecha con tal primor el *raspadillo,*
Que á los que *quieren,* á dos manos cuaja.
La ballestilla, el lápiz y *el humillo,*
Sin otras *flores* cien que yo no entiendo,
Que parte dellas les dejó Angulillo.

«Juego bien de *la sola*, de *las cuatro* y de *las ocho.*» Y aun de *las doce* jugaban bien los *taquines* (fulleros). Todo esto equivalía á *apandillar* ó juntar la suerte ó algún encuentro (que hoy dicen *ligar),* llevándolo abajo ó arriba; á reservarse uno ó varios naipes mientras cortaban, poniéndolos luego, á dos por tres, donde era necesario para que salieran á la mesa ó se quedaran de por vida en la baraja. Así decía el antiguo romance de Perotudo:

Diez *huebras* lleva de *bueyes;*
Cada cual es con su *flor:*
Con *la raspa* y *cortadillo,*
Tira, panda y *ballestón.*
El ala de mosca lleva,
Y también *de cigarrón;*
También llevaba *las ocho,*
Y *las doce,* por mejor.

«No se me va por pies—seguía diciendo Rinconete—*el raspadillo, verrugueta* y *el colmillo.*» Tres *flores,* que consistían en señalar los naipes para distinguirlos al tacto, ya raspándolos sutilmente en determinados sitios, según las suertes, ya apretando sobre la haz de tales ó cuáles de ellos la cabeza de un alfiler, de modo que por el envés la señal semejaba una verruguilla, ó bien pulimentándolos extremadamente aquí ó allá, operación que de ordinario se hacía con un colmillo de cerdo, de donde tomó el nombre esta *flor.*

Y proseguía Rinconete: «Éntrome por *la boca de lobo* como por mi casa.» Veamos qué era esto. Llaman hoy *hacer la vizcaína* á lo que antaño decían *hacer la teja;* es decir: á dar alguna convexidad á la mitad inferior de la baraja, antes de cortar, lo cual, como dice *Deber-Trud,* da por resultado que el que corta lo hace irremisiblemente por donde le conviene al que ha barajado. Pues bien, el sutil hueco que, superpuesto el paquete de la teja, quedaba entre ambos, llamábase *boca de lobo.* Para esta *flor* debían de estar prepa-

rados los naipes de Rinconete, que, aunque astrosos y maltratados, «usan, decía él, una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo.» ¡Claro! ¡Como que aposta, al dar la baraja para cortar, lo pondría debajo de la mitad superior y no atejada de ella!

Con tales estudios teórico-prácticos, Pedro del Rincón bien podía añadir, jugando picarescamente del vocablo, para que todo fuese cosa de juego, que se atrevería «á hacer *un tercio de chanza* mejor que un tercio de Nápoles.» Era cosa corriente en el arte ó artimaña de la fullería ponerse de acuerdo dos ó más para desvalijar al *blanco* ó bueno, que ahora llaman *primo*. El jugador inocente solía ser conducido al degolladero, como hoy, por *los enganchadores (ganchos)* ó *dobles*, que son, según donosa definición de Quevedo, los que acarrean *sencillos*. Y una vez acarreados, si se terciaba el terciar para ayudarlos á bien morir, hacíanlo, como el ya citado Perotudo:

Ondeador era muy *cierto*
Y muy *cierto guiñarón*...
Y también sirve de *tercio*
Si le viene la ocasión.

Ó como el pájaro de otro romance:

De un famoso *cicatero,*
Único y solo nacido...
Maestro y *tercio de chanza,*
Comadreja en todo nido.

Por último, Rinconete se atrevía «á dar un *astillazo* al más pintado mejor que dos reales prestados.» *Dar astillazo* era «meter solapadamente una carta entre las demás, para quitar las suertes que derechamente venían á su contrario.» Tengo esta *flor* por una de aquellas con que los *sages dobles* solían *dar con la ley* á los meros licenciados en la facultad de la fullería.

Principios y no más, como decía Monipodio, eran las habilidades tahurescas de Rinconete: en los mismos ejemplos que he citado salen muchos otros nombres de la flora vilhanesca, y folleto ó ibrete, que no simple artículo, habría yo de escribir para tratar, brevemente siquiera, de los *naipes de mayor* y *del tercio;* de las *cartas picantes*, del *irse* y del *apandillar;* del *espejo de Claramonte* y de otros no menos ustorios; del *dar luz;* de los varios medios que se empleaban para *juntar azares* y *apartar encuentros*... ¡Un *jardín de flores curiosas,* que ni el de Antonio de Torquemada!

Á la verdad, Cervantes atribuyó á Rinconete casi todas las *flores* que él conocia: *plus minusve,* las mismas con que adornó á Pedro de Urdemalas en la comedia de este nombre:

Luego fuí mozo de mulas,
Y aun de un fullero lo fuí,
Que con *la boca de lobo*
Se tragaba á San Quintín.
Gran jugador de *las cuatro;*
Y con *la sola* le ví

Dar tan mortales heridas,
Que no se pueden decir.
Verrugueta y *ballestilla*,
El raspadillo y *hollín*
Jugaba por excelencia,
Y *el maese Juan*, hi de ruin.
Gran *sage* del *espejuelo,*
Y del *retén* tan sotil,
Que no se le viera un lince
Con los antojos del Cid.

Todo lo enumerado y mucho más sabían y practicaban los tahures de principios del siglo XVII. Hoy no se sabe tanto, y eso van ganando, aun antes de jugar, los puntos candorosos, víctimas perpetuas de los *ventajistas;* hoy cualquiera de los *vivos* que acuden con sus barajas hechizas á donde piensan que hay pajaritos que desplumar, podría decir, si viera *trabajarse* á uno de los antiguos *sages,* aquello que dice Mongana, el de *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, comedia de Mira de Amescua:

¡Que sea yo tan pobrete
Y bestia tan desmañada,
Que no sepa *la puñada,*
La uñada ni *el panderete!...*

Sevilla, enero de 1905.

ARTURO

Arreglando unos papeles viejos, tropecé ayer con aquellos rarísimos valses que tan deleitablemente sonaban en la mágica flauta negra de cañutos rajados.

¡Á bien que le importaban á Arturo gran cosa las grietas de su flauta, mientras para remediarlas hubiese á mano cera y bramante, y, sobre todo, mientras él tuviese aquella grandísima habilidad en los labios, en los dedos y en el alma!

Y no, no era, á buen seguro, el dios Pan; él solía decirlo, sonriendo con tristeza.

—*Pan*—añadía—es un dios orgulloso, á quien muchos días invoco infructuosamente. No es que *los dioses se van:* es que se han ido.

¿De dónde había venido aquel hombre? Todo en él era un misterio.

—Yo no me llamo Arturo—me dijo una tarde;—usando este nombre sólo indico mi procedencia: soy del Norte.—Y agregó, arrepintiéndose

de la franqueza:—Del Norte de un país que está al Sur de otro más boreal.—¡Y quedé enterado!

Era alto, moreno, acompañado de carnes, de perfil griego, de mirada inteligente, de labios un tanto gruesos, siempre contraídos por una sonrisa en que había algo de gesto de dolor. Tendría, á lo sumo, cuarenta años. Recitaba en sus idiomas, poesías de Leopardi, Heine y Víctor Hugo. Hablaba el castellano correctamente y sin dejillo alguno extranjero. Afirmaba, sin embargo, que no era español. ¿Mentía?... Lo que sí podía asegurarse es que aquel hombre era, y tenía derecho á ser, algo y aun mucho más que un flautista vagabundo.

Iba dando conciertos. Su estropeado sombrero y su terno raído, negro antaño, ya de color de ala de mosca, indicaban muy á las claras lo mezquino de la profesión. ¡Bien se reían los botillos, por ambas puntas, de la extremada pobreza de su amo; pero mejor se reía éste de la risa de los botillos!

—¿Quién piensa en estas indignas tonterías? —exclamaba con seriedad cómica. Y cogía una guitarra, porque el bueno del *roué* hacía á pluma y á pelo, y cantaba, acompañándose con mucha soltura:

La niña que á mí me quiera
Ha de ser con condición
Que, en haciéndole yo esta seña...

Aquí silbaba muy picarescamente.

Ha de salir al balcón.
Mas si acaso su padre está allí,
Me ha de responder...

Y aquí volvía á silbar con gran donosura, hasta llenar los seis compases que le faltaban á la frase musical.

Pronto fuimos amigos y fuí su alumno: que entonces andaba yo muy dado al divino arte. Á pesar de mis diez y ocho años, hablaba de tú al maestro. Yo comprometía á los músicos de la orquesta para que le acompañasen gratuítamente en sus conciertos, y él, de agradecido, escribía para mí muchas de las lindas composiciones de su abundante repertorio.

¡Y qué rico era, en medio de su pobreza! ¡Cómo despreciaba el dinero! Un viejo marqués quiso obsequiar á su tertulia con música y dulces. Hizo llamar á Arturo, que estaba conmigo en la mesa del café, atareado en escribirme unos valses de trinos, y Arturo se negó rotundamente á complacerlo, aun á pesar de mis instancias. Volvió poco después el emisario; para el marqués era caso de amor propio; sus amigos esperaban al músico; no había que reparar en la costa: cincuenta, ochenta, cien duros por tocar media hora la flauta; la utilidad de cada concierto en el teatro de Osuna, si llegaba á quince, era todo lo de Dios. Aun así, no vaciló el flautista: no le tentó la oferta.

—¿Cómo he de ir yo—me dijo—á la casa de un hombre que llama á los trinos *gorgo-*

reos? ¿Te parece á ti que eso estaría decente?

Y prosiguió escribiendo sus valses. Al otro día tuve que darle un duro para que no fuese á pie á una villa inmediata.

Regresó Arturo á mi pueblo el miércoles santo. Durante su ausencia, los músicos de la orquesta me habían invitado para que les acompañase á tocar el *Miserere* en la Colegiata; un *Miserere* primorosísimo, obra del maestro Regalado: de un antiguo organista de los que, en el buen tiempo añejo, nombraban y pagaban los duques de Osuna. Convidé á mi vez á Arturo y fué conmigo al templo, pero sin ánimo de lucir su grande habilidad, seguramente por no deslucir la escasa mía. Púsose á mi lado, junto al atril, para volver las hojas. Le ofrecí la flauta para el *Tibi soli* y para el *Ecce enim;* insistí porfiadamente para que tocase el *Redde mihi lætitiam,* que era un canto lleno de vida y de vigorosos matices...

—¡Sigue, sigue tú! ¡Va bien!—me decía.

Llegamos al *Libera me,* verso en que la flauta llevaba todo el canto: un adagio en *mi* menor; cuatro notas tenidas, de una melodía encantadora. Aquella hermosa repetición *Deus, Deus salutis meæ,* había arrancado del alma del obscuro compositor un grito de suprema angustia, al par que de infinita esperanza. Con labios trémulos por la emoción y por el miedo consiguiente á estarme confiado aquel canto dulcísimo, que escuchaban con recogimiento más de mil personas, iba yo saliendo adelante con mi empresa lo menos mal posible. En una de las pausas miré al

maestro Arturo: dos gruesas lágrimas resbalaban por sus morenas mejillas hasta perderse en el encrespado erial de su barba, negra como las penas que debía de haber en el fondo de aquella alma inescrutable

Cuando sonó el último acorde del verso, Arturo, precipitadamente, me arrebató la flauta y dijo á media voz á los músicos:—*Da capo.*—Comenzó de nuevo el *Libera me;* pero ya aquello no parecía un aire lento y majestuoso; ya era un desbordado torrente de sonidos, de escalas cromáticas, de hermosísima filigrana musical. Aquellas mínimas y semínimas se dividían y subdividían por arte prodigiosa en la flauta mágica de aquel hombre. Había en aquel canto inverosímil charlas de pajarillos al apuntar el día, quejidos de dolor, suspiros de esperanza, gritos de triunfo, súplicas vehementes...: todo un mundo de sentimientos, ya apacibles, ya calurosos, y todo ello contrastando agradable y artísticamente con el pausado y medroso ritmo de la voz que cantaba: *Libera me de sanguinibus...*

Acabó el verso. Escuchábase en la iglesia sordo rumor de asombro. Abracé y abrazaron los músicos á Arturo. Él lloraba, lloraba, y no acertaba á proferir palabra alguna.

Cuando se repuso un tanto, díjome con entrecortada voz:

—¡Dios te lo pague! ¡Hacía veinte años que no lloraba! ¡Y qué falta me hacía!

. . . . . .

Han pasado veintitrés años. No sé qué habrá

sido de Arturo, ni si libraría Dios en la borrasca de la vida al que tan inspiradamente interpretaba con su negra flauta de cañutos rajados el *Libera me* de David.

Una ola lo trajo á mi playa, y otra se lo llevó.

Sevilla, 1896.

UNA JOYITA DE CERVANTES

No es el *Quijote,* á buen seguro, la obra más conocida entre las que debemos al incomparable ingenio complutense. Si todos cuantos afirman haber leído el *Quijote* lo hubieran leído en realidad, yo no me atrevería á escribir esta afirmación; pero es la verdad... que se miente más que se lee. Bien que hasta ese mentir patentiza el gran mérito de la portentosa novela cervantina: aun á los poco aficionados á las letras háceseles bochornoso y como caso de menos valer el confesar que no la han leído. ¿Con qué otro libro acontece lo propio?

Pero, si no el *Quijote,* ¿cuál es entre todas las de Cervantes la obra más conocida y vulgar? Una que lo es tanto, que muchos millares de españoles la saben de coro, como el padrenuestro; una que no habrá pueblo en la nación, por chico que sea, en donde falte quien la conozca y recite; una, y

ya será harto ciego quien no vea por tela de cedazo, una que tiene, contados y por junto, hasta diez y siete renglones; aquélla, en fin, de la cual estaba tan enamorado su propio autor, que, orgulloso de serlo, dijo en el *Viaje del Parnaso:*

«Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!»

Apuesto doble contra sencillo á que apenas si hay lector que, al llegar á este último verso, no recite maquinalmente y con sonrisa de regocijo, el verso que sigue en el aludido soneto *Al túmulo de Felipe II:*

«*Y que diera un doblón por describilla.*»

¿Qué atractivo, qué encanto, qué sabor de mielecilla suave y aromática, como labrada de azahar de los naranjales sevillanos, tiene ese garrido soneto, que, de muchos años acá, no hay escuela de niños endonde no se lea, ni tratado de poética en que no se estampe por dechado, ni antología en que no figure como sobresaliente? ¿Qué puso y qué veía en él Cervantes, para estimarlo «por honra principal de sus escritos», cuando ya andaban de molde, por todo el mundo celebradas, la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo* y las *Novelas ejemplares?* ¿Cómo y por qué el confiscadísimo soneto, y llámolo así, á estilo de mi tierra, por más bien alabarlo, cómo y por qué albo-

roza á los muchachos, deleita á los adultos, hace sonreir á los viejos, y todavía, transcurridos trescientos seis años desde que Cervantes lo escribió, anda de boca en boca y de imprenta en imprenta, como pajarillo que va saltando de rama en rama?...

No hay espacio bastante en un artículo de mediana extensión para decir de esta piececita poética cuanto por su asunto y por su grande celebridad merece; diré algo, y otro diga mucho; que, siendo mostrencos, como lo son, estos campos de la historia y la crítica literarias, cada cual puede entrar por ellos á su antojo y corretear hasta cansarse.

Muerto Felipe II á 13 de septiembre de 1598, el cabildo de la ciudad de Sevilla acordó que se celebraran solemnes exequias en la hermosa basílica hispalense, con toda la pompa y suntuosidad debidas á tan gran monarca y á la proverbial magnificencia de la opulenta metrópoli andaluza. En no más de cincuenta y dos días se erigió un túmulo tal, que aquello fué *una andaluzada* hecha, y no tan sólo dicha. Imposible describir el túmulo en dos docenas de renglones; libro hay de más de doscientas páginas que no tiene otro objeto: el que escribió Francisco Jerónimo Collado y publicaron en 1869 los Bibliófilos Andaluces, con prólogo muy erudito de mi antiguo catedrático don Francisco de B. Palomo. Baste decir que ni la Ciudad omitió gasto, ni los famosos arquitectos, escultores y pintores de la entonces tan floreciente Sevilla dejaron de hacer, como á por-

fía, cuanto supieron y pudieron, para que quedase perpetua y honrosa fama de aquel grandioso simulacro.

Acabada la admirable obra, la Ciudad acordó que se celebraran las honras los días 24 y 25 de noviembre; pero como en el segundo, cuando se cantaba el Evangelio, se promoviese contienda entre el Tribunal de la Inquisición y la Audiencia Real sobre que el regente de ésta quitase el paño negro que cubría el banco en que se sentaba, hubo excomunión, y grave escándalo, y se acabó la misa en la sacristía mayor, y, entre autos, requerimientos y protestas, siguieron á dime y direte la Audiencia, la Inquisición, el Cabildo eclesiástico y el de la Ciudad hasta las cuatro de la tarde, hora en que, á buen componer, el Santo Tribunal absolvió de sus censuras al regente y se acordó dejar en suspenso las honras hasta que el Real Consejo resolviese cuestión tan ridículamente grave. Resolvióla á fines de diciembre, condenando á la Inquisición en la cera gastada, y á la Audiencia en que no intentase poner el pañito. Algo bueno se debió á esta marimorena: el asombroso túmulo duró todo aquel mes y pudieron admirarlo muy á su sabor no solamente los sevillanos, mas también millares de forasteros á quienes atrajo la justa fama de su magnificencia.

Por aquel tiempo Miguel de Cervantes residía en Sevilla sin oficio ni beneficio, ocupándose, cuando se terciaba, en la gestión de asuntos ajenos, menospreciado, porque era pobre (¡el más

grave de los delitos!), de muchísimas gentes á quienes podía aleccionar en todos conceptos, y viviendo, como ya sabíamos, en la collación de San Isidro, y, según ahora columbro, en la casa del licenciado Baltasar de Cervantes, su deudo, presbítero y beneficiado de la dicha iglesia parroquial. El felicísimo ingenio complutense conocía á Sevilla mejor que los mismos sevillanos, y á éstos sobre toda ponderación: en la gran ciudad andaluza había pasado algún tiempo cuando era muchacho, y vivido en ella, después, desde el año de 1587, siempre que sus negras y enfadosas comisiones no le obligaban á andar de monte en venta y de venta en pueblo.

Profundo conocedor de la psicología sevillana de aquel entonces, en la ruidosa contienda que dió lugar á la suspensión de las exequias reales vió... lo que en realidad había: una andaluzada; unos desplantes seriamente cómicos, muy de la tierra: un «mirar al soslayo, irse, y no haber nada.» Porque, bien reparado, ¿qué diferencia sustancial podía hallarse entre aquellas notificaciones y aquellos requerimientos de parte á parte y de banco á banco, en mitad de la iglesia, y los reniegos, pésetes y mentíses que, ahuecada la voz, torva la mirada, fruncido el ceño y solemne y heroico el ademán, solían dirigirse los bravos matasietes de la germanía, presumiendo de hombres y de retehombres, para acabar por volver majestuosamente las espaldas, renunciando cada cual á reñir con quien no fuese siquiera pariente propincuo de Oliveros de Castilla?

Así, Cervantes, que, para ponerlas en el túmulo, prendidas de sendos alfileres, como era costumbre, había escrito unas hermosas coplas reales (décimas no espinelas) y un no más que mediano soneto, dedicado, como ellas, á la muerte del sombrío fundador del Escorial, compuso también, y aun recitó dentro del templo, ante algunas personas, el martes 29 de dicho mes, el célebre soneto que ha dado ocasión para estos renglones: curiosa noticia que nos ha conservado el analista Francisco Ariño, manifestando que él se halló presente á la lectura, calificando de *soldado fanfarrón* al autor (que á la minerva del buen Ariño se le alcanzaba poco en cosa de letras, y achacó al poeta la fanfarria del jácaro), y en fin, copiando luego, no sin llamarle *octava,* ni sin tal cual disparate de bulto, los diecisiete versos de la hoy popularísima composición.

En el prólogo del librito de Collado reprodujo el señor Palomo cuatro lecciones distintas de ella: la recogida por Ariño, la publicada por Salvá en su *Gramática* (París, 1834), como procedente de un antiguo códice, la dada á la luz por Alfay en su antología (Zaragoza, 1654), y la estampada por Velasco en 1852, según la halló en un manuscrito de la Real Biblioteca. De estos cuatro patrones han salido las innumerables reproducciones y copias que por ahí andan. En un cartapacio hispalense, compuesto de cuadernos de diversas letras, todas del siglo XVII, y que, como otros muchos papeles interesantes, me han franqueado mis queridos amigos don Luís y don

Antonio Palomo, hijos del docto erudito sevillano, encontré, pocos meses há, entre noventa y tres sonetos de varios autores, rara vez indicados, otra lección del soneto de Cervantes. Razones que no son para expuestas aquí me hacen sospechar que esta lección fué recogida por Bertizo ¿Félix Persio?, poeta sevillano, ó avecindado en Sevilla, y que florecía ya en 1612, año en que obtuvo nada menos que nueve premios en la justa poética con que se celebró la inauguración del templo de Nuestra Señora de la Caridad en Sanlúcar de Barrameda. Hé aquí el consabido soneto, según el cartapacio aludido, pero con la ortografía de ahora:

«Voto á Dios que me espanta esta braveza
Y que diera un doblón por descrebilla;
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta grandeza?

»Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más que un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!

»Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar deste sitio hoy ha dejado
La gloria, donde habita eternamente.»

Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto
Lo que dice buasé, mi so soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente.»

Y luego incontinente

Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

Buasé es más andaluz que *voacé; mi so soldado* (por *mi señor soldado)* está dicho como lo decían los ternes de Sevilla, que nunca dijeron *seor,* y pocas veces *sor*, otra forma contracta.

Recién salido á luz el librito de Collado, el insigne escritor que se ha hecho justamente famoso bajo el seudónimo de *el doctor Thebussem*, dirigió al señor Palomo una linda *Carta bibliográfica* acerca de tal libro (Sevilla, Izquierdo, 1869), y... perdóneme el maestro si disiento en algo de lo manifestado en ella. Para el ilustre escritor, Cervantes no elogió de buena fe «*la máquina insigne, la belleza* (habla el doctor) de aquel monumento de lienzo, pasta, papelón y madera, con dorados, colorines, luces y garambainas.» Y preguntaba al señor Palomo: «¿Podría haber *espanto* para Cervantes en la *grandeza* y relumbrón teatral del túmulo de Felipe II?... Yo creo, señor don Francisco, que Cervantes, y usted, y todos los que tengan sentimientos delicados, guardan su entusiasmo para las gallardas columnas, para las esbeltas bóvedas, para las admirables labores de esa Catedral, émula, si no superior á las de Strasburgo y de Colonia. Los soldados y los valentones se embobarán ante el almazarrón y la hojarasca, y usted reservará su aplauso para la oscuridad de las piedras y para la elegancia del dovelaje...»

¡Y llama almazarrón y hojarasca á las pintu-

ras y á las esculturas de los mejores artistas de aquel tiempo! ¡Para embobar soldados y valentones modeló Martínez Montañés aquellas gigantescas y majestuosas figuras de *Sevilla, la Lealtad, la Oración, la Paz, la Verdad,* y otras, hasta diez y nueve...! ¿En cuánto no podrían valorarse hoy, si se conservaran, ya que en las obras de arte la materia empleada es lo secundario?

¡Almazarrón y hojarasca las pinturas de Vasco Pereira y Francisco Pacheco, entre las cuales figuraban, representadas harto admirablemente, «en dos historias distintas», la batalla y la victoria naval de Lepanto...! ¡Cervantes burlándose de pinturas que representaban y celebraban aquella ocasión, según su frase, la más alta que vieron los siglos; ocasión gloriosísima para España y gloriosísima para él, como singular soldado...! Mas si alguna vez dormitó Homero, con ser quien era, ¿qué mucho que alguna vez haya dormitado el doctor Thebussem, que, por otra parte, tan acostumbrados nos tiene á sus aciertos?

De lo que Cervantes se burló donosísimamente fué de los valentones y *escupejumos* sevillanos, retratados á las maravillas en el último terceto y en el estrambote de la famosa composición. Á Cervantes, valiente tan de veras como demostró en Lepanto y en Argel, no podían menos de hacerle mucha gracia las bocanadas, los fieros, los desplantes de este *hombre,* y de aquel *hombre,* y del *hombre* de más allá, y de tanto

hombre como hombreaba y hembreaba en Sevilla, así en el Corral de los Olmos como en el Compás, al aire libre del Arenal ó de Tablada, y dentro de la misma cárcel, amagando aquí y allí con hacer y acontecer, y comerse los niños crudos, y sacar con la de ganchos tanta sangre, que en ella pudiera lavarse las manos, sin dejar su sitio, la esbelta y donairosa figura de la Giralda.

Contra aquella fanfarria de todo punto ridícula y de la cual hoy sólo quedan contados y ligeros vestigios, tales como el saludarse algunos guapos, no diciendo *buenas tardes,* ni *hola, caballeros,* sino con la expresión enfática y admirativa *¡Los hombres...!,* contra aquel rimbombe y aquellas huecas barrumbadas, digo, fué el peregrino soneto de Cervantes. Un soldado, Cervantes mismo, que siempre se honró vistiendo como soldado, y aun se llamó alférez en alguna ocasión, ya entrada la décimaséptima centuria, dice del túmulo, al salir de la Catedral, lo que le hace pensar su admiración, y duélese de que no dure un siglo aquel efímero portento de las artes, aquella *máquina insigne,* para cuya fábrica todas ellas aportaron sus gentiles primores. Oyendo elogios tan vehementes, un valiente al uso, de los «de gregüesco y espátula», quizás, compinche de aquel otro que, ya que no á torreznear ó á gallofear, como el Santo Macarro, se andaba á pedir limosna

«Cansado del oficio de la pica,
Mas no del ejercicio picaresco»,

asiente, pero como si disintiera; pues desmintiendo desde entonces ¡buen madrugador! á quien dijese lo contrario, encárase fosca y matonilmente con el imaginado sujeto, cual si le tuviese delante, cala el chapeo para hacer más bravo y terrible el ademán, requiere la espada, esto es, empúñala y saca hasta dos ó tres dedos de la hoja, viendo si está pronta para servir, y, mirando de través, con avinados ojos y avinagrado gesto, vase, como quien desdeñosamente acaba de perdonar la vida á media docena de espantables Caraculiambros que se lo han rogado con lágrimas y de hinojos. Esto, á mi ver, y siempre *salvo meliori,* significa el archipopular soneto cervantino.

La alabanza del túmulo es, pues, tan sincera como extremada; la de la gran Sevilla,

«Roma triunfante en ánimo y riqueza»,

tan acabada como breve; pero el retrato del jaque valentón sobrepuja á todo encarecimiento. Velázquez, el asombroso pintor de la realidad, no logró tanto en sus pinturas de *El aguador de Sevilla, El vendimiador* y *Los borrachos:* porque al rufo cervantino no sólo se le ve como si de la fiel mano de Velázquez estuviese retratado, sino que, además, acciona, gesticula y habla. Di-

ríase que, por arte de magia, Cervantes le encerró en un soneto, como en una redoma, para que la posteridad le viese y oyese cada y cuando que quisiera. Así, el soneto *Al túmulo de Felipe II* fué, á la par, ¡todavía en el siglo XVI! fonógrafo y cinematógrafo. ¡Tanto puede el talento!

Sevilla, 4 de mayo de 1905.

LA GAVILANA (*)

Plaza de una villa andaluza. Al fondo, una iglesia. Á la derecha del actor, un caserón con dos grandes ventanas bajas abiertas, de rejas salientes, en una de las cuales hay un cartel en donde se lee: «Se cose á máquina». *La puerta de la dicha casa, cerca del proscenio. Á la izquierda, los árboles de la plaza.— Es de día.*

Al levantarse el telón, la Gavilana asoma por junto á la iglesia, santiguándose, y se para al llegar á la ventana del cartelillo.

Güenos días os dé Dios, muchachas, y nobios casaeros tan güenos como la fartita que os jasen y como esas manitas e costura que le están diciendo á las asusenas: «¡Utu pa ayá!» ¡Qué apli-

(*) Escribí esta obrilla para el teatro; pero ni ella sirve, ni yo sé tratar con cómicos. ¿Qué le hemos de hacer?

cás toas ar trabajo, y qué jechiseras: que me se antojáis cá una una pascua e flores!

—.....

—¡Pos no, que no! Tamién yo gasté un bestío de esa coló, como el otro que dise. Aquí aonde me beis con estas confiscás arrugas y esta mardesía jaula e perdís en las espardas, porque de casaora no me ha queao ná más que esto, tamién yo, cuando Dios quiso, no le quitaba pinta á una rosa e mayo. Pero la fló e la jermosura mu poco dura; pasó solía, y bino San Sacabó, que yo no sé por qué lo jadrían santo. ¿Y la señá maestra?

—.....

—¿Armosando?

—.....

—¿Lomo y tó...? ¡Asinita: porque se pué! Á costa e la sangre ajena. Sangrá se bea eya, Dios me perdone, y amarrá er mislo, muchachas, que no quieo custiones con naide.

—.....

—Lo disía por la sangresita de este manojo e reinas, que es sumo e clabeles amaisalaos. ¡Uy, qué prendas tan relindas toas! Y tú, Justiya, sin jaseye agrabio á naide, ¡qué jermosa y espelotá te has puesto! ¡Baya un bocaíto e mistó pa un esganao que acabe e salí de unas calenturas! ¡Er Señó te bendiga, peslita blanca, jarminito resién abierto, que güeles á gloria!

—.....

—Pos ahí abajiyo boy po una purga pa er biejo rico e la esquina, que mala purga le pique á é. ¡Como si con purgas gorbieran los aseros e la mo-

seá! No hay más bronse que los años onse. Si la bejes tubiá compostura con purgas y potingues, me había yo tragao jasta er boticario y tó, aunque no fuá más que pa esquitá las horas que perdí cuando Dios andaba po er mundo.

—.....

—¿Ganas? Que me sobran, hijitas. Mua er lobo los dientes, y no las mientes. Pero ¿qué le bamos á jasé? Por eso dise la copliya:

Gosa der só mientras dure:
Siempre no ha de sé berano.

Y ahora que me acuerdo, Justiya, ¿y tu madre?

—.....

—Lo siento, mujé. Ya quedrá er Señó que se ponga güena, siquiá por la fartita que jase. Biúa, y con tres hijos, y tú la mayó... Er Señó mos mire con ojos e misiricordia, bendesío sea su santísimo nombre, amén. Y ¿es berdá que tú le jablas á aquer mosito e la Alifonsa, que paese pintao pintao un abefría?

—.....

—Pos, mujé, muncho que me alegro que no sea berdá. Ese esaborío no bale junto á ti la toná e un amolaó. Pa ti, en ayegando que ayegue er caso, un mosito e mi fló, rumboso, jacarandoso, retepresioso, con la edá en la boca, anque sea mala comparasión, que jume puros, bien andao, amorosito, y que entoabía no se afeite, porque er reflán lo dise: «er moso, cuando le apunta er boso.» Y sobre toas las cosas der mundo, que tenga

guita; más guita que un cordelero. No hay que daye güertas: pa quitá la escuriá, la lú. Er que tiene, tiene y retiene, porque mantiene. La lú es mantones e sea, que se quea bisca la gente, y botitas e charó, y corchones e pluma pa escansar á gusto, y la mar serena e cosas e comé, que ¡jasta ayí! Y la mardesía abuja, que la parta un rayo por mitá el ojo. Pero, mujé, no te pongas colorá, que no es pa tanto. Tó esto es disirte que tú, mejorando lo presente, te mereses una corona reá; que, por lo emás, naitita que me se importa. No me enfría ni me calienta cosa nasía en er mundo; que ya estoy, como dise la copla,

Con un pie en la seportura
Y otro en la mesmita bera.

Baya, Justiya, que haiga alibio; y, muchachas, jasta otra, si antes no me arrecoge la chata; que ya estará er mardesío der biejo aguardando su purga, y la mujé, que es un pimpoyo de oro, echá en orasión pa que er marío rebiente. ¡Á eya sí que le jase farta una güena meisina; que la probe se ha queao que se trasluse!... ¿Risitas? ¿Risitas?... ¡Cómo se conose, arrastraísimas, que pa ustés ya ha pasao er día e los santos Irnosentes!

—.....

—¿Por mi barrio? Naita que esté en gloria. Y como yo, en sacándome de mis tres misitas por la mañana, y de mi jubileo y lo emás que caiga por la tarde, y de mis sinco dieses por la noche, y de ensendeye su mariposa á San Caralampio

bendito, no soy mujé pa ná, no me entero e mardita la cosa. Á mis años, que ya tengo tres duros y medio y un reá, hay que ganá la gloria á estajo y sin escudiarse; que á la fin fin, morí; y los profundos no sirben pa quemá paja; y una en su moseá, bargan berdaes, no andó tan derecha como un juso.

—.....

—¡No, si no digo que no! De arguniyas cosas se entera una sin queré. Como que una no es sorda y Patas e puya, confiscao sea é, no duerme, anque se jaga er dormío pa confiá á la gente...

—.....

—Güeno; pos ayá ba y Cristo nuestro padre me perdone si esto cae en cosa e mormuración. Ar cabo e tó, e carne flaca semos endeje que pecó nuestra madre Eba. Ayá ba, y er diantre sea sordo; er diantre digo: ya beis, muchachas, que no lo miento por su nombre; que jasta er nombre suyo es una ofensa á Nuestro Señó. Cata aquí por qué yo reso toas las noches al acostarme:

Anda bete, Satanás,
Que de mí no sacas ná;
Que en er día de la Crú
Dije mir beses Jesú.

Y bamos ar caso, capuyitos de oló. ¿Conoséis á la Marigí, la que tiene la boca así, y un ojo así, y

la mano así...? (*). ¿Cómo que no, cuando es más conosía que la rua y más soná que las propias narises?... Muchachas, aqueya e Loja, que es coja y es floja y en cuarquier parte se aloja; alojá se bea eya en lo más jondo... ¡Entoabía no caéis?... La que gasta un mantón berdesiyo, que berdesiya tendrá eya el arma, si Dios con su dibino poé no se la pinta de otra coló... ¡Paese que estáis tontas! La prima e la aseá e Burguiyos, que lababa los güebos pa freiyos, y pa probá el aseite escupía en la sartén; aqueya burguiyera que se casó con er tío Alegría, er der perro flaco, que paesía mesmamente una espátula; lo cuar que er tío Alegría tié un hijo que le isen por mote Juan Paulín...

—.....

—¡Ajajá! ¡Acabáramos! Er de la playa: así mesmito le yaman, porque ha andao cogiendo coquinas po esos puertos e má, con un trapo atrás y otro alante, que es más peó que andá encueros. Güeno; pos á la Marigí, que es la prima e la madrasta e Juan Paulín er coquinero, le pasó anoche un lanse, que pa chiyarlo. Chiquiyas, ¡baya ruío en er mundo, y baya corgarse la caye! Poné la oreja.

La Marigí bibe más e cuanto há en er corrá e Pícamepedro; ya sabéis: á la bera er combento jundío. Ayí está arrecogía más gente que hay en la guerra, y güena der tó ar tó: las jembras bra-

---

(*) Esta pregunta es el comienzo de un jueguecillo popular infantil.

bas; los hombres embestiores, y la tropa menúa topona: una ganaería que ni pintá pa Perico Romero, si su mersé no hubiá pasao á mejor bía. Pos bamos á que la Marigí, con su ojo chíndigo y tó, tenía su mijita e quebraero e cabesa, que era Pepiyo Enrea: un jugaó e bentaja que cuando no está preso lo andan buscando, y no se pasa semana que no lo jieran ó le den una güerta e gofetás, porque tira er pego, que disen que tié unas manos más ligeras que ya mesmito; aonde la Marigí, tentá e la cuisia, lo engatusó, y eya con su ropa limpia, porque es labandera, y ér con su baraja susia, lo pasaban mu rebién, y ya estaban más bestíos que parmitos, y habían mercao jasta su quinqué y tó. ¡Misté quinqué, la que por pura causaliá ha tenío candi argunas beses, y pa eso le ha fartao aseite que echaye!... Porque, hijitas, en este mundo mesquino, cuando hay pa pan, no arcansa pa bino.

Güeno; pos digo que habían aeresao er cuarto tan reguapamente, lo cuar que toa la patulea der corrá estaban comiitos de imbidia, espesiá la Tarasca y sus tres capuyos; quieo disí, sus tres cardos borriqueros, que balen por cuenta reonda tres tiros que le peguen, ná más que pa dayes un susto, que se queen como unas estautas e sá. Pos como Pepiyo Enrea agensiaba er dinero á esportones, la mardesía Tarasca, buscando su abío, garatusas po aquí, combites po ayá, lo fué traendo, traendo, ¡canario! jasta que lo jiso nobio ú cosa asín de la más largartona, que es la más grande y se yama Conchiya. Tó esto, sin que lo

goliera la Marigí, que, tuerta y tó, es mu retemujé. En cuantito que er só echaba sus luses y la chíndiga tomaba er tole pa el arroyo con su rauta en la cabesa y sus brasos en jarra, Pepiyo se escorgaba ar cuarto e las besinas, y lo que de aguardiente der Mono, lo que de porborones con canela, lo que de tasitas e café der de á perra grande, lo que de tabaco de mistó liao por Conchiya, no es pa dicho, sino pa figurao. ¡Eche usté y que no se errame! Y, á tó esto, á é no le apremitían que diera ayí ni tampoco una sé de agua. ¡Las mu tunas, pa mejó meterlo en er costá! ¡Á lo tontito!

Yo no sé si aqueyo iba pa boa ó no iba pa boa, porque nunca me ha gustao andar goliendo oyas ajenas; pero lo sierto y berdá es, como Gabilana me yaman, que anoche la Marigí tenía que andá e matansa toa la noche, yenando longanisas en cá e señó Regustiano, que á mi cárculo poían sé más e dosientas baras de embutío, y agarrándose á este güen tris, la Tarasca y las Tarasquiyas quisieon agasajá en grande á Pepiyo Enrea. No era orsequio, muchachas: era echá la ré, pa que, á remate e cuentas, er galán lo pagara tó, ejándose atrás jasta los reaños.

Pos ban, y ¿qué jasen? Aeresan su arros con gayo muerto, su guiso e conejo con seboyas, sus batatas cosías, y traen sus asitunas partías, que estaban disiendo «comerme», sulata e pimientos morrones, sus güenas nueses moyares, sus jigos pasos pa con eyas, su güen bino e tres años que arresusitaba los muertos, y, pa arrematá

pronto, sus demonches ensendíos que carguen con tós eyos, Cristo padre me perdone, que esto es un desí, y no mala intinsión, er bendito San Caralampio me sea testigo.

Se ba la Marigí á su matansa raspajilando, y enseguiíta eyas, las cuatro argofifas esechás, en dos anafes emprestaos, que las mu puercas ni jorniyas tienen, asopla que te asopla, guisa que te guisa, sasona que te sasona, con su puerta serrá pa que no entraran moscas, y Pepiyo, ayí asentao, juma que te juma, bebe que te bebe, y ¡como si lo biera, que pa argunas cosas no es mesté antiparras! peyisca que te peyisca á la Concha, ar pasá pa arriba y ar pasá pa abajo. ¡Pa las beses que yo me miré en ese espejo!... Y ¡pa la mala cara que yo ponía!... Entoabía me se jase la boca un agua... Güeno, muchachas, reirse: motibo e risa son las cosas alegres. Y tú, Justiya, ¿por qué no te ríes tamién, lus de mis ojos?... ¡Por bía e la pena negra...!

Pos, como disía e mi cuento, ya que estaba en su punto el arró y la mesa puesta, ban y lo güercan en una sangraera como un lejío, y escomiensan á regalarse er reberendo pico, que no se bían las cucharas, de tanto dí y tanto bení. Pepiyo y la Concha, mu juntitos, que no cabía ni el aire entre eyos, «Esta asitunita, pa ti»; «Pos toma tú, prenda, esta jebrita e pechuga»; y estando asín recocleándose y la candela mu empendolá, cate usté que ayega corriendo er Pinchaúbas, que lo habían puesto e atalaya en la punta e la caye, pa si asomaban moros por la cos-

ta, y ¡cataplún!: «¡La Marigí, que biene po esa caye abajo echando jumo!»

¿Qué rayo ni qué senteya, Santa Bárbara bendita mos guarde, había e jasé semejante estrupisio como er que jiso el angelito e Dios con aqueya notisia tan de sofato? Tó se puso patas arriba en menos que se presina un cura loco. ¡Afuera los platos; afuera er manté; afuera la oya, y la sangraera, y er jarro er bino! ¡Güena bendría la Marigí! Porque aqueyo ¡como bisto! había sío un soplo. «Esto, ebajo e la cama: la oya e batatas, ar cuartiyo jondo; y la sangraera y er guiso e conejo, á la jasena. Y tú tamié, Pepiyo; no hay más amparo; pa si arregistra. ¿Que no cabes?... ¡Agachápate ahí! ¿Quién le aguanta er resueyo á esta leona paría, que entrará pegando garfañás y tragando gente como agua?»

Muchachas, ¡lo que pué er susto! En un disir pin no paresía que estaba ayí comiendo naide. Ayega la Marigí, y tós asentaos, menos el escondio, platicando como si tar cosa.

—Güenas noches.

—Güenas las tengas—dise la Tarasca grande, enjechisá en bé que la chíndiga entraba mu tranquila y con su cara tan cachipareja.

—Pos bengo porque en cá e señó Regustiano, como estamos en la matansa tantas criaturas, se han perdío cuatro longanisas. Y yo, barruntando que las tié escondías una mala mujé, me boy pa el amo y le digo, dígole: «Que naide sarga de aquí; que yo boy en un soplo á que una besina mía que tié hijas donseyas eche la suerte der sea-

so, y er seaso jablará como un ebangelio y escubriremos ar ladrón ú á la ladrona, anque se meta siete estaos ebajo e tierra.» Pero ¡Josú! ahora que arreparo: dos luses ensendías! ¿Ha parío la gata?

Que quiso que no quiso, la Tarasca, con más mieo que bergüensa, porque de bergüensa no tié ni esto *(haciendo sonar la uña del pulgar en los dientes superiores)*, trujo los abíos pa la suerte. Cuando clabó que clabó en el aro der seaso las tijeras en figura e crus y puso er santo rosario ensima, ya se emprensipió á be de benír la bronca, porque la Marigí ba y dise con remuncha soflama:

—¡Josú! ¡No ba á poé sé! ¿Cuáles son las dos donseyas que ban á alebantá er seaso con los deos der corasón?

Y ba y sarta la Tarasca lo mesmo que un cojete y dísele:

—¡Pos mis hijas! ¿No serán güenas pa er caso, señá Marigí? Pos qué, ¿quisás no son mositas las tres y más limpias que la lus del arba?

Y ban á jasé la suerte. Dise la Marigí:

Seasito,
Por San Pedro,
Por San Juan,
Por San Nicolás;
Que me niegues la mentira
Y me digas la berdá
En lo que te boy á preguntá.
Quieto si es mentira;
Dando la güerta si es berdá.

Y apreguntó pa sus aentros lo que se le antojó. Alebantan er seaso las dos hermanas e Conchiya por los ojos e las tiseras y er condenao estrumento, como si le fueran jablao e queíto, da media güerta en el aire y se quea señalando pa la jasena. ¡Aquí te quieo, escopeta! La chindiga se abansa como un chalí pa abrirla, y las emás, asujetándola y plantás ermedio. ¡Chiquiyas, que sanfransia se armó!

—¡Cacho e tunas, dejarme; que soy una tigra enrabiá! ¡Si yo lo sabía! ¡Si me había dao en la naris! ¡Si me había cantao er gayo...! Perras, simbergonsonas, maná e roonas, raías... ¡Pa merendarse á mi hombre! ¡Pa tragárselo entre las cuatro! ¡Dejarme que le saque los ojos á ese reteladrón, ladronsísimo, tiraó der pego; que me los quieo comé en un guiso e sorras.

En esto, Pepiyo, que quié salí, atiesta con la cabesa en la tabla e la jasena, y ¡la fin der mundo! sale aleteando la sangraera y la casuela er guiso, y asoma er condenao echando chispas, escalabrao con los tiestos, toitito blanco del arros, que paesía que le había nebao ensima, y ¡ayí fué eya! Tó había sío tortas y pan pintao pa la rebujina que se armó entonses. Aquí te cojo, ayí te suerto, á ésta quiero, á ésta tamién, gofetá ba, siyetazo biene, so tar, so cuar, grandísimas tunas, so retechulo, y dale que trote, y surra que es tarde, tós roando jechos un obiyo, la mesa tamién por er suelo, las matas e pelo po el aire, y pa que naíta fartara, er Tarasco que ayega der campo en este inte, y er menistro del arcarde.

—¿Qué inglería es ésta?
—¡Á la carse tó er mundo!
—¿Ahora bienes, so carsonasos?
—¡Ay, que me mata esta fiera!
—¡Que yamen á los sebiles!
—¡Que la ajogo!
—¡Toma y güerbe por otra!...

¿Qué campo der Gramante ni qué efarate e feria ni qué cotufas sé pué poné con la tremolina que ayí estaba armá? Pepiyo, jerío de un siyetaso, piendo á grito pelao er santolio; toas las Tarascas po er suelo; er Tarasco, atentándose los chichones e la cabesa y disiendo mu triste: «¿Qué es esto que á mí me pasa?» y la Marigí, jecha el ama er cotarro, con la paleta alebantá po el aire pa jundírsela al menistro, que la quería prendé. En esto que er menistro, juyéndole sielos y tierra, se cuela en er cuartiyo, be el oyón de las batatas, y ¡argún ánge lo aconsejó! lo coge en bolandas y ¡sas! se lo mete por la cabesa á la Marigi, que se queó como un Júas e sábao santo, medio ajogá y sin bista ni arsión pa ná. Asín la prendió y asín se arrematá aquel arrastrao arboroque, arrematáos se bean tós eyos, pa que no güerban á agrabiá ar Señó con su mala bía. ¡Bibir bien y como Dios manda es lo que hay que jasé pa ganá la santa gloria; que toitito lo de este mundo no bale un caracó!

Ea, muchachas, quearse con Dios, y jasta otra. Ascucha tú, Justiya, que me se orbiaba. ¿Tú bibes entoabía der lao abajo e la fuente, más ayaíya e la señá oña Ana, que, por más señas, le

disen la Fogosa?... ¿Sí? Pos, con lisensia, bente pa er sanjuán, que tengo que darte una rasón pa eya, y asín me ajorras un biaje, mujé.

(Da algunos pasos hasta la puerta de la casa, á cuyo zaguán se supone que sale Justilla, y dice en voz baja, como hablando con ella:) Niña, pon la oreja. ¿No tiés más bestío que esa tiritaña, con er frío que ba jasiendo, cuando bales un Potosí y debías está bestía de tisú de oro, como los curas en las misas grandes? ¡Probesiya! Y á tó esto, tu madre sin meisinas; sin un güen puchero... No yores; que aquí estoy yo, y soy más cayá que er silensio mesmito. En cuanto que den las orasiones, aguárdame á la bera e la fuente; que tó tié remedio en er mundo menos er morirse. Alímpiate, niña, esas lágrimas, y cayá y andá, por la tierra y por la má. *(Alzando la voz al volver á la ventana:)* Que no te se orbíe, Justiya. Y dile que le aproporsionaré esa cardera e colá.— Ea, muchachas, ramito e mosquetas, salú, y jasta er berano, que es güen tiempo pa los arresíos. *(Echa á andar hacia la izquierda del foro.—Telón.)*

Sevilla, 1902.

CERVANTES EN ANDALUCÍA

MIENTRAS la gente hidalga había andado fuera de su tierra agrandando los dominios y el renombre de su nación, la gente no hidalga se le había comido la hacienda y quedádose con sus heredados terrones. Aquellos intrépidos soldados volvían á su casa con gloria, cuando en ella les esperaba el hambre, y desde entonces, por regla general, ser hidalgo y ser pobre sonaron dos cosas y fueron una misma. Y como, á mayor abundamiento, el tálamo de la pobreza suele ser harto fecundo, á la vuelta de tres generaciones, aún no muerto el grande emperador Carlos V, una buena parte de los vasallos de su hijo podía renegar, como renegaba el arábigo y manchego Benengeli, de aquella copla de Juan de Mena que principia:

¡Oh, vida segura la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida...!,

y decir, como decía Cervantes por boca de uno de los personajes de *La Gran Sultana:*

Se embarcó para ir á Orán
Un tal fulano de Oviedo,
Hidalgo, pero no rico:
Maldición del siglo nuestro;
Que parece que el ser pobre
Al ser hidalgo es anexo.

Libre en 1580 de su duro y prolongado cautiverio en Argel, y dando de mano á sus tareas militares, Miguel de Cervantes, por carecer de otra más provechosa ocupación, pensó en vivir del ejercicio de las letras, honroso, pero tan poco socorrido, que entonces, como ahora, más bien daba de ayunar que de comer; así, pues, retocó *La Galatea,* obra de su mocedad, vendiendo la propiedad de ese libro á Juan de Robles, en 1.336 reales, y compuso algunas comedias, que el público recibió con aplauso; y mientras, enamorado de doña Catalina de Palacios Salazar, hidalga pobre de Esquivias, contrajo matrimonio con ella por diciembre de 1584. Enamorado dije, porque la dote no era para tentar á nadie: los bienes en que consistió montaron 4.258 reales y 25 maravedís; bien que Cervantes no poseía ni eso, ni tan siquiera los cien ducados que mandó de arras, auuque hubo de confesar, como reclamaban de consuno el derecho y su hidalga pobreza, gentilmente mentirosa por esta vez, que los tales cien

ducados «cabían en la décima parte de sus bienes, derechos y acciones.»

Bien pronto cayó en la cuenta de cuán mal había echado la suya; porque «el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amor está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza», según decía el mismo Cervantes; y éstas, añado yo, tienen, como de maldición, un tan endiablado privilegio, que son las únicas cosas en el mundo que, mientras más repartidas, hacen caber á más porción á todos y cada uno de sus partícipes. Ya en el ruidoso Madrid, ya en el muy sosegado Esquivias, pueblo en que vivían muchos hidalgos, tan reparones como ociosos, andábase Cervantes «dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que salía á la calle después de no haber comido cosa que le obligara á limpiárselos.» Falto de otro ejercicio, había acudido á ocuparse en la agencia de asuntos ajenos; y, como á fines de noviembre de 1585 le encomendaran uno para ventilarlo y arreglarlo en Sevilla, volvió, aunque por muy breve tiempo, á la hermosa ciudad del Betis, en donde habían transcurrido muchos de los alegres días de su adolescencia.

Tomado el gusto nuevamente á la estancia en Sevilla,

«Roma triunfante en ánimo y nobleza»,

opulentísima ciudad, «amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes», el Príncipe de los Ingenios Españoles no tardó mucho en volver á ella para buscar lo que no hallaba en la corte: honrado ejercicio en que librar su subsistencia. Volvió á principios del año 1587; hospedóse, como en 1585, en el amplio mesón que en la calle de Bayona tenía su grande amigo Tomás Gutiérrez, á quien había conocido y tratado en Madrid años atrás, cuando el ahora posadero se andaba á la ajetreada vida farandulesca, y pocos días después comenzó á ocuparse en lo primero que encontró á mano; que no estaba el malaventurado de Cervantes para pedir ni para esperar gollerías.

Preparaba Felipe II, á toda prisa, la expedición de una poderosa armada contra Inglaterra: la que en mal hora se llamó *La Invencible;* urgía, pues, sobremanera allegar bastimentos en cantidad grandísima; y, aunque nombrado para proveedor de flotas y galeras Antonio de Guevara, por la dicha urgencia se mandó al Ldo. Diego de Valdivia, alcalde de la Real Audiencia hispalense, que, por lo pronto, hiciese el oficio de proveedor y acopiase cuanto trigo y cebada le fuera posible. Tales instrucciones recibió el celoso alcalde y tan á raja tabla las cumplió, por sí y por medio de sus oficiales y servidores, que nada hubo que les arredrara; antes atropellaron por todo, sin parar las mientes en otra cosa que en las severas órdenes recibidas. Cervantes fué uno de

tales comisarios: ciento doce días, con doce reales de salario, se ocupó aquel año en el servicio del dicho alcalde, en la Rambla, en Castro del Río, en Espejo, pero más detenida y señaladamente en Écija, en donde, ajustándose de todo en todo á sus instrucciones, embargó y tomó, sin llevar dineros para la paga, que fué lo peor del caso, una muy considerable cantidad de trigo, así de particulares como de las fábricas de las iglesias, y de entidades y personas eclesiásticas de fuera de aquella ciudad, por ejemplo, del Deán y Cabildo de Sevilla y del Maestrescuela de la misma Catedral, dando ocasión con todo ello á que el provisor del arzobispado le excomulgase. Y aún permanecía bajo tales censuras á 24 de febrero del siguiente año, día en que otorgó poder para que, en su nombre, se solicitara y suplicara su absolución, remotamente, ó á reincidencia.

Á las sacas que parecían más difíciles ó comprometidas (y esto no se ha dicho por nadie antes de ahora), acudía Valdivia en persona con sus oficiales de más confianza, y claro es que uno de ellos sería Cervantes, que tan bizarramente sabía cumplir lo que se le mandaba. Véase cómo el intrépido alcalde *mejoró la calidad* de una parte del trigo que el concejo de Osuna tenía almacenado en las paneras de su pósito. Aquel trigo, en el otoño de 1587, encontrábase «algo picado e mal condicionado e para no poderse guardar», por lo cual el dicho concejo había pedido licencia al Duque para prestar á renuevo 3.000

fanegas; concedióselo por el gobernador del estado de Osuna para que prestase hasta 2.000, en partidas, á lo sumo, de doce fanegas; mas enterado de esto cuatro ó cinco días después el alcalde Valdivia, pensó en aligerar de carga, siquiera un tantico, aquellas trojes, y, llegando á la villa ducal con algunos de sus dependientes, y no atendidos sus requerimientos, que acaso no pasarían del primero, hizo descerrajar las puertas del pósito y llevóse doscientas fanegas de trigo, todo ello entre el alboroto y el clamoreo del popular y los inútiles apercibimientos y las vanas protestas del corregidor, de los cuales ha quedado la bastante noticia en las actas capitulares de aquel entonces. ¡Á saber si Cervantes no tendría algo que sentir, en aquella ocasión, en la famosa villa donde su abuelo paterno había residido, ocho lustros atrás, como juez de la Audiencia del Conde de Ureña y gobernador de su estado de Andalucía! ¡Á saber si entonces no se agravó, con cualquier nuevo sucedido, algún heredado enojo de que todavía luengos años después pudieron advertirse resensios en la historia de la Condesa Trifaldi, toda ella sangrientamente alusiva á cosas íntimas de la familia de los Gironés!...

Satisfecho hubo de quedar el doctor Valdivia del proceder de Cervantes y tales informes debió de dar á Antonio de Guevara, que éste en 22 de enero de 1588 le confió una comisión para sacar grande cantidad de aceite en Écija, y pocos meses después le otorgó el nombramiento de co-

misario. De sus malandanzas en todo aquel período de tiempo (1588-1593), de su inútil tentativa para trocar el mal mirado y harto peligroso oficio por un empleo en Indias (1590), de su nada afrentosa prisión en Castro del Río (1592), pocos días después de haberse obligado con el representante Rodrigo Osorio á escribir seis comedias de las mejores que se hubiesen representado en España, y, en fin, de sus continuas idas y venidas en aquellos años, nada escribiré en este lugar: son cosas sabidísimas, cuya relación no falta en ninguna de las modernas biografías de Cervantes. Más conviene, dejando las cumbres (digo, lo que todos saben y tienen á la vista), andarse por los valles y ahondar un poco en ciertos curiosos pormenores no bien conocidos todavía, y esclarecerlos á la luz de propias y recientes investigaciones.

Hay cuatro años que el autor de este artículo ó cosicosa advertía en uno de sus estudios acerca de Cervantes: «Equivocáronse de todo en todo, mal guiados de su buena intención, los ilustres cervantistas que, por lo justamente que ahora se estima y se venera la memoria del autor del *Quijote*, dan por cierto que de igual manera hubieron de estimarle los escritores hispalenses de fines del siglo XVI, en cuyas juntas y academias imaginan que debió de asistir, de todos querido y agasajado. No acaeció tal cosa, y ya en otra ocasión lo dije, remedando lo menos mal que pude el escribir de aquellos tiempos: «No e hallado que le »fiaran en sus menesteres ni en sus cónpredas de

»paños de raxa de a beynte reales cada vna va»ra para se vestir e abrigar los crudos ybiernos »alcaçares ni arguijos herreras ni marqueses de »tarifa pachecos ni çumetas antes vn thomas gu»tierres e otros subjetos no nada escritores...» Ni aun de nombre era muy conocido en Sevilla á los diez años de su llegada á esta ciudad: desde el de 1592 vivía en ella Francisco Ariño, el analista, que supo desde luego todos los apellidos del asistente Avellaneda, y lo que aún es más, el orden en que los usaba, y, en cambio, no sabía seis años después el nombre de Cervantes, y, tomando demasiado á la letra el célebre soneto *Al túmulo de Felipe II*, aquel que su autor, en 1614, estimaba exageradamente

«Por honra principal de sus escritos»,

decía: «En martes 29 de diciembre del dicho año »(1598) vino de su majestad se hiciesen las hon»ras... y este día, estando yo en la Santa Iglesia, »entró un poeta fanfarrón y dijo una otava so»bre la grandeza del túmolo». Bien que la Minerva de Ariño era tal de iliterata y ruda, que llamó *octava* al soneto, y eso, teniéndolo á la vista, pues lo copió, aunque mal, á continuación de las citadas frases.»

Para darse cuenta de qué consideración social hubo de obtener Cervantes mientras anduvo ejerciendo el oficio de comisario del proveedor de las galeras, y conjeturar, en su vista, si le hicieron lado alguno, ó qué lado le hicieran, los graves

poetas sevillanos de su tiempo, bastaría, á no tener á mano datos más terminantes, la lectura de cualquiera de las comisiones que andan copiadas en las biografías del incomparable ingenio alcalaíno; verbigracia, de la que halló el diligentísimo cervantista Sr. León Máinez. He aquí, dicho en pocos renglones, cómo se efectuaba la saca de bastimentos. Determinado por el proveedor lo que cada pueblo había de aprontar en trigo, cebada, aceite, etc., no sin que mediara algún tira y afloja con los concejos, preveníase á éstos que tuviesen recogidas y almacenadas las especies para tal ó cual día; pero como tal exacción hacía odiosos á quienes la ejecutaban, las autoridades locales limitábanse, por lo común, á efectuar el repartimiento y á recibir lo que buenamente iban pagando. Llegaba el comisario, poníase hosco al no encontrar almacenado, ó acabado de almacenar, lo que había de llevarse, y por último, procedía á efectuar la saca con su ayudante y su alguacil y con el escribano invitado para ello. Los vecinos no querían dejarse despojar de sus granos, ya porque los guardaban para amasar en el invierno, ya porque esperaban venderlos á precio mejor que el entonces corriente, y siempre porque los comisarios pocas veces pagaban á toca teja; antes, las más, daban tan sólo una certificación para que por ella se cobrara... en habiendo de qué.

Transcurrido el breve término que daba el comisario para entregar bien á bien lo repartido, sacábase mal á mal, echando mano á todo linaje

de vejaciones y violencias: á descerrajar puertas y poner en prisión á los que siquiera verbalmente se resistían: á dejar alguacilillos de guarda mientras iban y venían los alhameles, y á hacer grandes costas á los pobres apremiados, todo entre el llanto de las mujeres, y el gritar de los chiquillos, y el agolparse la muchedumbre, echando pésetes y reniegos, á más de media voz, contra los que hacían tan negras judiadas; y, entretanto, dábanse á los mismos diantres los pobretes que así veían atropelladas sus miserables viviendas, en especial, cuando las registraban, revolvían y echaban á rodar en busca de un trigo y una cebada que, en realidad de verdad, no les había dado la mezquina hazuela que llevaban en arrendamiento. Y todo esto, si el comisario y sus auxiliares eran cualquier cosa menos ladrones, y no sacaban más de lo repartido, ni revendían con ventaja lo sacado, para irse á atropellar en otros cortijos y lugares; que de todo ello solía haber en la viña, y mil casos ocurrieron en que, por consecuencia de estas y otras semejantes demasías, se promovieron grandes alborotos del popular, con bravos mojicones y muy gentiles apedreos, amén de procesos ruidosos, en donde, si los comisarios no caían, por no estar sujetos á la jurisdicción ordinaria, caían, en cambio, los escribanos y alguaciletes que en aquellos latrocinios tomaban parte.

Repasando las actas capitulares de Osuna he hallado noticias muy curiosas de las contiendas que á cada paso originaba la saca de bastimentos

para las flotas. Un ejemplo por varios: en 7 de septiembre de 1591, Jerónimo de Ros, comisario de un sujeto que hacía el oficio de proveedor (y cuyo nombre no cito porque lo tengo guardado para mayores cosas), se concertó con la villa de Osuna en 1.100 fanegas de trigo y 500 de cebada, que habían de tenerle almacenadas para de allí á doce días; hízose luego el repartimiento, mas hubo descuido en la cobranza: los vecinos no querían acudir á dar lo que á cada uno fué repartido sin ser apremiados, por lo cual el cabildo nombró un alguacil que, junto con el comisario, terminase la recaudación; pero como, aun así, quedasen por cobrar unas 300 fanegas, en los primeros meses de 1592 los comisarios Santiago Pardo y Pedro Cerón, el uno antes y el otro después, descerrajando alfolíes y casas, y sacando y vendiendo prendas, y comprando trigo con su importe, acabaron de juntar las dichas especies concertadas.

Mas todavía no acabó aquí el malhadado asunto. En cabildo de 23 de abril se acordó que, pues se habían entregado á Pardo las 1.100 fanegas de trigo y las 500 de cebada, y este comisario no había dado certificación de ello, la diese por partidas, tal como había ido recibiendo los granos, y que se pregonara públicamente que las personas á quienes se había sacado pan fuesen á declararlo, para que no se quedara sin certificar ninguna partida. Hízose entrar en el cabildo al comisario, el cual, columbrando que intentaban echarle la zancadilla para hacerle dar de cogote quizás en

alguna galera en donde aprovisionado y no aprovisionador fuese, entendió cuán mal le estaría el mostrarse amilanado; y, apelando á unos papeles viejos, de que hasta entonces no había intentado hacer uso, pero que en caso apurado, como aquél, podían servirle de malilla, dijo que daría la tal certificación, mas pagándole ante todas cosas ciertos salarios, y otrosí 456 fanegas de trigo que el concejo debía por cierta antigua escritura, y que mientras lo uno y lo otro no se cumpliese, los oficiales del concejo, excepto el corregidor, tuviesen por cárcel las casas del cabildo. Insistieron los oficiales en que diese la certificación de marras y pidiera por justicia cualesquier salarios que entendiese le eran debidos, y asímismo protestaron contra la prisión, porque en ello excedía de sus atribuciones, y siguieron largo rato los dimes y diretes y los requerimientos de parte á parte, con mucho invocar, por la del comisario, el nombre del Rey, á estilo alguacilesco: que sabido es que los alguaciles llevaban el rey entre pecho y espalda, y á cada instante lo asomaban á la gorja. Andando así á mía sobre tuya, salieron á la colada los nada limpios trapos de las negras y pizmientas comisarías: contra el comisario Pedro Cerón se habían hecho autos por excesos en la cobranza, é igualmente contra el escribano Pedro Martínez Rubio, «cómplice en el delito de la saca de trigo, sobre que también estaba preso...» Mas al cabo de todo sucedió según el comisario quiso, y no dió la certificación que se le reclamaba, y tuvo presos diez y siete días á los

oficiales del concejo en las casas del cabildo, y, para mayor ignominia, allí los custodió el comisario Pedro Cerón, que, haciendo á pelo y á pluma, lo mismo servía para barrer hacia su bolsa el trigo que les desperdigaba á los pobres que para guardar corchetescamente á unos cuantos regidores y jurados presos. ¡Harto bien se echa de ver que en aquel tiempo era duque de Osuna don Juan Téllez Girón, como dijo Gregorio Leti, *buon signore, d' animo quieto e pacifico, ad ogni altra cosa proprio che a grandi affari;* que, á suceder lo del audaz comisario tres años después, cuando ya era señor del estado *el grande Osuna,* quizás Pardo no hubiese quedado para otras tales lozanías!

Así, aun siendo España entonces, como ahora, la tierra en que todo abuso tenía soberanamente su asiento y trono, hiciéronse tan insufribles las molestias que causaban y los daños que hacían los encargados de la saca de víveres para las flotas, que fué menester cortar de raíz el mal, arbitrando otro sistema de aprovisionamiento. También en Osuna, pero en su archivo de protocolos, y no en el municipal, he hallado curiosas noticias, nuevas de puro viejas, sobre este punto, y que explican por qué terminó en los primeros meses de 1594 la comisaría de Cervantes con el proveedor de las galeras, y le fué preciso buscar otro empleo. Por la primavera del dicho año D. Juan Chacón y Narváez, corregidor de Palencia, que había sido enviado por Felipe II para cumplir el delicado encargo que se le confiara en

real cédula dada en San Lorenzo á 7 de julio de 1593, concertó con D. Pedro de Casaus, gobernador del estado andaluz del Duque de Osuna, que éste, por todos los lugares de su tierra y jurisdicción de Andalucía, aprontase para las galeras y fronteras 6.000 fanegas de trigo en cada año, á contar desde el siguiente á la dicha data. He aquí, en parte transcrita y extractada en parte, la interesante cédula:

«Duque de Osuna primo, ó la persona que gobierna vuestro estado: Ya sabéis que por excusar los daños y estorsiones que los comisarios y alguaziles de los proveedores de mis galeras hazen de ordinario á los vasallos y labradores de esa andaluzia sobre la saca del trigo, cebada y otros bastimentos que son menester para la provisión de las dichas galeras, sin que se hayan podido remediar, por muchas diligencias y castigos exemplares que se han hecho, acordé el año pasado de ochenta y tres que entre algunos señores, ciudades y villas de la dicha andaluzia que cayesen más cerca del puerto donde de ordinario residen las dichas galeras, se repartiese la cantidad de trigo que hubiesen menester, y se hiciese consignación della para que, recogiéndola cada año al tiempo de las cosechas, se tuviese segura la provisión de pan para ellas, sin que fuese menester que saliesen á ello los dichos comisarios y alguaziles...» Sigue relatando que la idea no llegó á efecto por algunos inconvenientes, y añade: «Y porque de algunos días á esta parte han cargado más quejas y clamores de las dichas ciudades,

villas y lugares contra los dichos comisarios y al guaziles...», volviendo á platicar en ello para remediarlo, «he mandado consignar el dinero que pueden costar 94.000 fanegas de trigo que agora paresce han menester las dichas galeras», acordando que D. Juan Chacón y Narváez, «como persona muy práctica, por haber tratado antes este negocio, vaya á acabarlo de efectuar».

Ahora bien, sabido que á los tales comisarios estimábaseles por lo que hoy, con mote muy expresivo, llama *lechuzos* la gente vulgar, al mismo tiempo que se medita con pena en la violencia grandísima que para alternar y confundirse aparentemente con tanto pillo redomado tendría que hacerse Miguel de Cervantes, aquel noble ingenio que escribía con hidalga franqueza, en su *Viaje del Parnaso:*

«Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruína»,

se recuerda con sonrisa un tantico burlona aquella galana conjetura de D. Martín Fernández de Navarrete: «Es, pues, muy regular que Pacheco retratase también á Cervantes, que residía en Sevilla, para no privarle del honroso lugar que merecía en su libro»; aludiendo con estas palabras al famoso *Libro de los Retratos,* adquirido y publicado mucho después, en 1886, por el meritísimo hispalense D. José María Asensio.

Y aun este mi docto amigo, imaginando, ocho

lustros há, que Pacheco había retratado á Cervantes en el barquero de cierto cuadro que se conserva en el Museo Provincial de Sevilla, deleitóse en fantasear en el taller del erudito artista sanluqueño, ó sanlucareño (no sevillano como hasta ahora se ha creído), y en cierta «calorosa tarde de los últimos días de septiembre de 1592», una escena tan inverosímil como interesante. Baltasar del Alcázar, sentado en un sillón, recita sus alegres redondillas acerca de la bella Inés, el jamón y las berenjenas con queso, ante un auditorio de que forman parte los famosos predicadores Fr. Fernando de Santiago y Fr. Pedro de Valderrama, el admirable pintor Pablo de Céspedes, Rodrigo Caro, cantor ilustre de las ruinas de Itálica, y el *divino* Herrera. Pacheco, entretanto, sentado junto á una ventana, dibuja sobre un pequeño trozo de papel el perfil de un hombre: de Cervantes, que narra las asombrosas proezas que hizo en Argel... *Ben trovato... ma non vero,* por cien razones y una más, y esta una del piquillo consiste en que Cervantes estaba preso en la cárcel de Castro del Río aquellos días en que se supone que le retrataba Pacheco en la opulenta ciudad de la Giralda.

No: la tertulia de Pacheco era harto aristocrática, que diríamos hoy, para dar lado alguno al pobre comisario, al que en el *Viaje del Parnaso* se llamó á sí propio, por boca de Mercurio, *Adán de los poetas,* y aun el mismo Cervantes, ya lo dije en mi libro intitulado *El Loaysa de «El Celoso Extremeño»,* «altivo y pundonoroso como

era, no sólo no debió de buscar la amistad de los próceres de las letras sevillanas, sino que aposta, probablemente, evitaría su trato». Ni «¿cómo aquellos hombres graves y bien acomodados habían de brindar con su amistad sincera á un advenedizo que, dejando atrás su familia, llegaba á orillas del Betis en busca de comisiones para embargos y sacas de víveres, menguados empleos en que solían librar su negra pitanza cien pájaros de cuenta, desahuciados de la fortuna, náufragos en el mar del mundo, que no llevaban capa en el hombro?» Y, por ventura, ¿teníala él cada invierno? Cuando, tiempo andando, le dijese Apolo:

«Mas si quieres salir de tu querella
Alegre y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa y siéntate sobre ella»,

¿no tendría que responderle: «Bien parece, señor, que no se advierte que no tengo capa?» Para que el señor Asensio cayese en la cuenta de su disculpable y hasta generoso error habría quizá bastado con que meditara en que, teniéndose el pintor Pacheco por poeta, y siéndolo, en realidad, muy razonable, Cervantes no lo nombra para nada en su *Viaje del Parnaso,* preterición que, de seguro, no habría habido, á deberle las atenciones y el retrato que imaginaba el señor Asensio. Véase cómo de Jáuregui, que lo retrató en Madrid, no hizo caso omiso.

Adoptado el nuevo modo para la saca de bas-

timentos, Cervantes pidió y obtuvo una real comisión para cobrar en el reino de Granada ciertos atrasos de alcabalas y tercias, y con ese motivo visitó muchos pueblos andaluces, adonde hasta entonces no le habían llevado sus andanzas de comisario de los proveedores de flotas. Terminó á los pocos meses la nueva gestión, y el portentoso ingenio quedóse en Sevilla, cual decirse suele, sin oficio ni beneficio, viviendo muy pobre y estrechamente y aún más oscurecido que antaño; pero como «al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra», á Cervantes no le faltaron mil sinsabores y penalidades, en que bien tuvo donde ejercitar su paciencia cristiana, y de los cuales, por ser harto conocidos, no haré especial relato, atento como voy á decir principalmente cosas hasta ahora poco ó nada sabidas.

Infinitamente más que á muchos centenares de poderosos inútiles, cuya huella en los senderos de la vida se borró para siempre aun antes de descarnarse sus huesos, debe el mundo á aquel infortunado Cervantes, «lleno de agobios, andando de pueblo en venta y de venta en pueblo por las Andalucías, residiendo en Sevilla cuando le era menester, y conversando aquí y allá y en todas partes con mesoneros, trajineros, frailes, soldados, mozas andariegas, estudiantes, regidores, escribanos, cuadrilleros, echacuervos, y ¿por qué no decirlo? con la flor de la canalla hampesca y con la nata de la temeraria al par que temerosa jacarandina. Cabalmente él se perecía por estu-

diar de cerca, sobre el modelo vivo, aquellos sujetos, aquellas costumbres, aquellos lugares, tan interesantes, tan curiosas, tan pintorescos, y aquella lozana habla popular, llena de verdores y matices, como selva en abril, con mil garridezas y lumbres en forma de espontáneos y no aprendidos tropos. ¡Oh, y qué primorosos escritos habrían de ser aquellos en donde tantas galas luciesen y en donde tales personas, costumbres y sitios se pintasen! ¡Qué á maravilla darían materia para esas obras algunos sucesos diestramente tomados de la realidad, que es inventora más hábil y más fecunda que cuantos ingenios hubo, hay y pueda haber sobre la haz de la tierra!

»Encariñado con este pensamiento, Cervantes hizo, como dicen, de la necesidad virtud, y divirtió sus penas y endulzó sus sinsabores frecuentando más y más el trato de las gentes del pueblo, estudiándolas por de dentro y por de fuera y grabando en su feliz memoria todas las ideas que le sugería aquel estudio, hasta que llegase la sazón de darlas á luz, fundidas y depuradas en el crisol de su poderoso entendimiento y moldeadas portentosamente en la turquesa de su admirable fantasía. ¿Cómo Cervantes pudo estudiar la revesada habla y los peregrinos usos, abusos y pragmáticas de la *germanía,* sino platicando á menudo con temerones y jaques, ya que hasta el año de 1609 no sacó á luz Juan Hidalgo los célebres romances y el curioso vocabulario que está al cabo de ellos? ¿Dónde aprendió cuanto había que saber para escribir novelas tales como *Rinconete y Cor-*

tadillo, El Celoso extremeño y el *Coloquio de Cipión y Berganza,* todas de asunto sevillano, sino paseando alguna que otra vez por aquel «pequeño »patio ladrillado» de Triana, junto al Molino de la Pólvora, con el mismísimo diablo, digo, con el mismísimo Monipodio, «encubridor de ladrones y »pala de rufianes», y tratando con aquel mozo de barrio, gentil *virote,* á quien no sin misterio llamó Loaysa, y conociendo muy de cerca, por sus estupendos milagros, á Nicolás el Romo, y al alguacil su amigo, más amigo todavía de la famosa Colindres?... Y es que á la gloria póstuma del Príncipe de los ingenios españoles más contribuyeron sus desdichas que sus venturas, bien que éstas fueron escasas y muy abundantes las otras.»

Toda Sevilla, Andalucía entera, con sus donairosos tipos, con sus escenas animadas, con sus pintorescos lugares, con sus interesantes tradiciones, alienta y palpita en las obras de Cervantes. ¿Qué falta, por ejemplo, de la Sevilla holgazana, maleante y germanesca en *Rinconete y Cortadillo?* ¿Qué recuerdos de la misma gran ciudad, «lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada esquina se ofrecen más que en en otro alguno», no andan diseminados en las páginas del *Coloquio de Cipión y Berganza,* de *El Celoso extremeño* y de *La Española inglesa,* y en las escenas de sus obras teatrales *El Rufián dichoso* y *El Rufián viudo?* Pues en el *Quijote* ¿no se mienta á Sevilla frecuentemente? ¿De dónde sino de la Feria de Sevilla eran dos de aque-

llos que mantearon á Sancho? ¿De dónde el puñalero Ramón de Hoces, mentado por él mismo, y el loco que hinchaba los perros, y el gorrero Triguillos, á quien la postiza madre de Preciosa dió la broma más *hidráulica* de que hay noticia en todo el mundo? La famosa Giralda más de una vez se columbra, gallarda y esbelta, en las páginas del libro sin par. Y del célebre Compás, que así llamaban á la mancebía hispalense, no se diga: era uno de los lugares más señalados del mapa de la picaresca, y Cervantes lo menciona en el *Quijote,* en el *Viaje del Parnaso* y en algunas de sus obras cómicas.

No hay menos recuerdos de Córdoba en la incomparable novela cervantina: á la nada buena obra de mantear á Sancho coadyuvan dos agujeros del Potro; cordobeses son aquellos finos amantes Luscinda y Cardenio; en más de un lugar se encarece la justa fama de los caballos de aquella tierra; del Caño de Vecinguerra se hace memoria en otro pasaje; cordobés era el loco que despertaba con un canto (nada musical ni de hogaza) á los perros vagabundos, y fuese ó no este loco el Luís López á quien Cervantes se refirió en el prólogo de sus *Comedias y entremeses,* ya que parece ser distinto del Olivera á quien otros escritos aluden. Y así de toda Andalucía: en Osuna *se desembarcó* la Princesa Micomicona, que como el lector sabe no era otra que Dorotea: la seducida en su propia casa por el menor de los dos hijos de un Duque (el de Osuna) que tomaba su título de un lugar de esta región; graduados por

Osuna eran el antes mencionado loco de Sevilla y el Dr. Pedro Recio de Tirteafuera, y á Estepa y Osuna se refiere Cervantes en *Las Dos doncellas,* cuya acción comienza en un mesón de Castilblanco.

¿Otros sitios y lugares andaluces? Hállanse á cada triquitraque: acá se menciona como el finibusterre de la picaresca la almadraba de Zahara, y allá, la playa de Sanlúcar; en tal pasaje del *Quijote,* la renombrada Sima de Cabra; la Rondilla de Granada en tal otro; en un capítulo, los Bancos de Flandes, que, á mi ver, son distintos de los que hasta aquí entendieron los comentadores, y en otro capítulo los Percheles de Málaga y las Islas de Riarán, otras universidades picarescas; allí, el puerto de la Herradura, á ocho leguas de Vélez Málaga, y acullí, la Cuesta de la Zambra, en el camino de Málaga á Antequera, también mencionada por el rondeño Espinel. ¿Cosas tocantes á la bucólica? Enseguida viénense á la memoria los bodegones sevillanos y los malagueños, y los garbanzos de Martos, y el jamón de Rute, y las perdices de Morón, y las blancas hogazas de Gandul, y los vinos de Cazalla, Alanís y Guadalcanal... Y si vamos á sucesos, personas y objetos memorables, fuera de los que antes nombré, por un lado colúmbrase pintorescamente la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, en Andújar; por otro, entre las sombras dé la noche, la temerosa aventura del cuerpo muerto, alusiva, como es sabido, á la traslación desde Úbeda á Segovia, de los restos de San Juan de la

Cruz; por allí mismo, cómicamente, echando, al pintar, por los cerros de Úbeda, el celebérrimo pintor Orbaneja, que en Úbeda solía estar; y de Antequera, el alcalde Rodrigo de Narváez, *doña* Molinera y Carrascosa, padre de las mujeres del Compás; y en Montilla, la Cañizares y la Montiela, aprovechadas discípulas de aquella retehechicera y archibruja á quien llamaron la Camacha... Y ¿dónde dejaremos á los del pueblo de la Reloja, del cual no lograron averiguar pizca Clemencín ni otros comentadores de Cervantes? Pues sépase, ya que no el nombre de tal pueblo (que será bueno callarlo, por no agraviar), que es andaluz y que tomó el dicho mote porque, habiendo pedido el cura un reloj para la torre de la iglesia, el cabildo del lugar tuvo por bien que se encargara á Sevilla; mas no reloj, sino *reloja,* y preñadita, para vender luego los *relojillos* que pariese y proporcionar esa entrada al arca del concejo.

No alargaré más esta prolija enumeración, y aun temo que con lo dicho peque de pesada. Baste advertir que por caso raro se topará en las obras de Cervantes con algunas páginas en que no haya algo del *cuerpo* de Andalucía, de su lozanísima habla cuando menos; pero lo que es el *alma andaluza,* ésa está en todas, sin exceptuar una siquiera. Y ¿cómo podía no estar, si los suspiros de la edad en que el primer amor vulnera dulcemente los corazones inundaron para siempre el pecho de Cervantes con oleadas de béticos aromas de los naranjales sevillanos y de los olivares

cordobeses, del mastranto de nuestras llanuras y del tomillo de nuestros montes? ¿Cómo podía no estar, si en Andalucía pasó el incomparable ingenio complutense, antes que los diez y seis años de fecundas penalidades (1587-1602), otros, los más felices de su adolescencia, y la luz solar, más limpia y hermosa en esta tierra que en parte alguna, y este cielo, más azul que cuantos cielos cobijan regiones del mundo, hicieron la *solera*, por decirlo así, de aquel espíritu grande, generoso, humanísimo, templado para todas las exquisiteces de la idea y del sentimiento?

Sevilla, abril de 1905.

TRAGICOMEDIA CAMPESTRE

CUADRO PRIMERO

Pequeño cerro poblado de olivos. Junto á un corte natural del terreno, hasta veinte colmenas de corcho. Media una tarde de fines de abril.

ESCENA ÚNICA

El lector figúrese que dentro de una de las colmenas se entabla el siguiente diálogo, y otros parecidos en las demás.

LA MAESTRA.—¡Á trabajar, muchachas, que ahí os estáis charlando como unas descosidas! Á lo tuyo, tú; á lo nuestro, nosotras. Daos prisa. Acabad de preparar las celdillas de esos dos panales, que ya empiezan á regresar con sus cargas las acarreadoras.

UNA ABEJA CONSTRUCTORA, *á cuatro ó seis que acaban de entrar.*—Contad, amigas: ¿qué hay de bueno por esos mundos?

—Nada, sino una tarde deliciosa y unos pra-

dos florecidos que son la bendición de Dios. Vedlo por las muestras.

—¡Qué provisión tan abundante! ¡Qué henchidas las bolsillas de los artejos! ¡Á labrar! ¡Á labrar!

—No cabrá en los panales la miel.

—Hay que hacer otros.

—¡Á bien que sobra material para ellos!

—Así habrá mucha cera para los santos y mucha miel para los hombres.

—Y harta nos quedará aún para el tiempo frío; que, á la verdad, el colmenero, en la castra, no nos esquilma demasiado.

—Ni el buen pastor desuella á sus ovejas, ni el buen colmenero mata de hambre á sus abejas. Lana producen ellas y miel nosotras la que basta y sobra para los amos. De ahí el antiguo refrán que ellos dicen.

—¿Qué refrán?

—Abeja y oveja, y piedra que trebeja, y péndola tras oreja, y parte en la Igreja, desea á su hijo la vieja.

—¡Miren la abejilla, que tendrá tres días con pasado mañana! ¿Cuándo habrá leído el refranero del Comendador?...

—Pues ¿y tú, que sabes que en su libro está el refrán?

—Si los refranes fuesen obra de abejas, había de haber uno que dijese que el colmenero no nos mata de hambre porque no le tiene cuenta.

LA MAESTRA.—¿También murmuradoras? ¿De

cuándo acá? ¡Chito! Dios da para todos. ¡Á labrar!

—Para trabajar nacimos. ¡Muera la holganza!

TODAS.—¡Muera!

LA MAESTRA.—¡Y viva el trabajo!

TODAS.—¡Viva!

(No hay quien chiste: sólo se oye el zumbar del trajín. Las acarreadoras siguen entrando. Alrededor de cada colmena revolotean algunas abejas, como abanicando para refrescar la temperatura.)

CUADRO II

Carrizal en una cañada, por donde se desliza un arroyuelo pobre y murmurador.

ESCENA I

Muchedumbre de avispas que se pasan el tiempo entre beber y vagar por el aire.

—Beber sin haber comido, trabajo perdido.

—Con agua, con agua podemos contentarnos. ¡Maldita sea nuestra suerte!

—Hasta que empiecen á madurar las frutas, ¡no hay de qué!

—¡Y pensar que ahí á cuatro pasos, como quien dice, están las hijas de la dicha!... Las abejas: ¡esas sí que nadan en la abundancia!

—Dios les dé más, y acíbar con ello, para que no todo sea dulce.

—Como saben hacer esa... quisicosa, esa... chuchería, les preparan sus buenas casas, abrigaditas para el invierno...

—Y á nosotras, que nos parta un rayo.

—Amigas, la suerte no es para quien la busca.

—¡Eso! Porque para busconas, nosotras.

—Más vale caer en gracia que ser gracioso.

—Pésimamente arreglado está el mundo. Todo debía ser de todos.

—Ganas tenía yo de que fuéramos á dar un tiento á las colmenas, como otras veces.

—¡Guarda, Pablo; que nuestras vecinas tienen malas pulgas!

—¡Amoroso es el palo para cucharas!

—Y ¡cuidado—la verdad en su punto—que está buena y es de rechupete esa jaleílla que preparan las condenadas de las abejas! Parece mentira que de las flores...

—¡Uf!... ¡Siempre me apestaron á mí las flores!

Todas.—¡Y á mí! ¡Y á mí!...

—¡Y el trabajo!

—¡Y á nosotras!

—¿Dónde habría cosa mejor que esta vida birlonga, si tuviésemos provista la despensa?

—¿Provista?... No hay más que ver nuestros panales: de papel de estraza parecen.

—Ni de cera son como los de esas tontas.

—¡Engreídas!

—¡Fatuas!

—¡Ladronas!... Y digo ladronas, porque de su miel, á haber justicia en el mundo, nos tocaría á nosotras una buena parte.

—¡Eso! Y andaríamos cada cual á lo que se sabe: ellas á fabricar y nosotras á comer.

—¡Démosles un asalto! ¡De ningún cobarde se ha escrito nada!

—¡Vamos á ellas! Y si en la jornada perecemos, ¡más vale morir junto á la miel que vivir junto al agua!

(Vanse las avispas. Una rana saca del agua la cabeza, y canta. «¡Ro! ¡ro!», como avisando á las abejas, sino que por miedo no se atreve á decir claro: ¡Robo, robo! *Hácele el duo desde el carrizal otra rana, gritando. «¡Ra! ¡ra!», con lo cual puede que quisiera decir:* ¡Rapiña, rapiña!)

ESCENA II

Asoma una zorra andando cautelosamente, y dice á media voz:

Cuando la zorra anda á grillos, malo para ella y peor para sus hijillos. Si no me lo estorban estas avispas hambrientas, remojaré las fauces; que vengo despeada, aunque en ayunas. Pero ¡calla! ¡Qué milagro! ¡No andan por aquí esas malditas! ¿Se habrán echado á trabajar?... ¡A trabajar! ¡Buenas son ellas para eso! *(Bebe y tiéndese á la larga á la sombra de los carrizos.)* Esto no puede seguir así. Estrechillo es aquel

agujero de donde yo me sé, y hay que contar, al retorno, con la barriga de la hartura; pero más estrecha es la hambre, y estoy pasando por ella un día y otro. Esta noche daré el tiento, y salga el sol por Antequera ¡Aaah! *(Bostezando.)* ¡Mira que una zorra de mis prendas y no topar bocado, siendo tan grande el mundo!... En fin, más largo es el tiempo que la fortuna; no hay mal ni bien que dure años cien, y á mal venir, dormir. *(Se duerme.)*

ESCENA III

Las avispas van regresando chorreadas, como rehiletes.

—¡Canastos!
—¡Caracoles!
—¡Carrizos!
—¡Qué diantre de abejas!
—¡Y gracias que escapamos con vida!
—Las que no se han quedado allí.
—¡Ya se ve: esas maldecidas son tantas!
—¡Y cómo defienden las muy cicateras la golosinilla que hacen! ¡Ni que fuera un tesoro!
—En fin, algo hemos pescado.
—Para probar siquiera.
—Para que no se nos salte la hiel.
—¡No nos dará empacho!
—Yo traigo miel en las patas.
—Y yo.
—Y yo también.

—Más vale algo que nada.

—*Aliquid chupatur.*

—¡Si como está buena fuera mucha!...

(Pónense á apurar la mielecilla que se les pegó. Despierta la zorra, se incorpora, y sin acercarse les dice):

—¡Sabrosa tarea! ¡Que aproveche, hermanas avispas!

—¡Es tan poco, que no hay para dar á nadie, y menos á ti, que necesitarías un panal entero para hacer boca.

—¡Ah! Para engañar un diente no tendría yo con esa zurrapilla que traéis en las patas. Bien mirado, todos disfrutaríamos á barba regada del bien de Dios, si fuésemos buenos amigos. Pero vosotras me aborrecéis, me claváis vuestros aguijones... Sois malas *á nativitate*...

—Pues di, ¿qué harías tú? ¿Cómo nos pondrías en posesión de aquellos panales? Habla, y si tal consigues, nosotras haremos lo que tu quisieres.

—Capitulemos y seamos amigas. Yo daré traza para todo, se entiende que con mi cuenta y razón. Acercáos, por supuesto sin picarme, y hablemos quedito, que las ranas no nos oigan, pues nos delatarían cantando á los cuatro vientos *ra, ra* y *ro, ro*. ¡Si conoceré yo á esas escandalosas!

(Acércanse las avispas á la zorra, y ésta les habla en voz baja, gesticulando vivamente. De vez en cuando, las avispas, sin poder contenerse, exclaman con entusiasmo: ¡Bien! ¡De primera! ¡Magnífico! ¡Eso es dar en el clavo! ¡Eso es tener *pesquis!)*

CUADRO III

Pedazo de campiña. Prado hierboso en donde pacen idílicamente y á todas sus anchas hasta una veintena de jumentos, con perdón sea dicho.

ESCENA ÚNICA

Uno de ellos, rucio, viejo, grandote, doctor por la universidad de Burraina, deleita é instruye á sus amigos y discípulos con un relato entre histórico y tradicional. Díceles con voz grave y reposada:

Para demostraros la antigüedad del saber de nuestra raza, baste deciros que un antepasado nuestro, siendo no más de rucho mamantón, engañó al diablo en persona, lo cual, si no fué el colmo de la astucia, cerca le anduvo. Buscando á su madre, corría nuestro glorioso rebisabuelo por un caminillo, y por el mismo se dirigía Luzbel hacia una cueva para tentar á un ermitaño. El diablo, al sentir ruído tras de sí, volvió la cara. En esto, el rucho, que no era otro el que trotando lo hacía, emparejó con él, y en menos que lo digo le dió un gentil par de coces, con que acertó á despuntarle el asta izquierda; y el diablo, entre indignado y sonriente, dijo: «¡Ah grandísimo tuno, más diablo que yo mismo! Si de chico eres

así, ¿cómo serás cuando pasen dos ó tres años?» Volvió á verlo transcurrido ese tiempo, y hallándolo pacífico, juicioso y grave, le dijo: «¡Ah, bribonazo! ¡Bien me engañaste en el camino!»

(Los burros del auditorio, celebrando la rara habilidad del rucho de antaño y la severa y reposada elocuencia del narrador, alzan las sendas cabezas, sonríen, mostrando los amarillos dientes, y rebuznan, semiarticulando seis y más veces un sonido análogo á nuestra interjección «¡Oh!»—La zorra, que ha escuchado al paño la relación asnal, acércase á los jumentos y les dice con tono y ademán oratorios, accionando galanamente con la cola):

En verdad, senado ilustre, el saber está como vinculado en vuestra raza, y quien dijo *asnería* dijo *sabiduría*. Con todo, yo, pobre bestezuela, me recomiendo humildemente á vuestra bondad y solicito vuestra benévola atención. Yo soy una zorra anciana: cuando la grama nació, frisaba yo con los veinte años; conque ajustad la cuenta, matemáticos insignes. Y como el diablo sabe más por su vejez que por su diablería, quiero advertiros de un muy grave mal que os amenaza de cerca, aunque de ello no se haya percatado vuestra agudísima perspicacia. Sí, señores jumentos, sabed que las solícitas y discretas abejas, como dicen que las llamó un tal Cervantes, van pecando por carta de más en punto á solicitud y discreción, y han ideado la manera de aprovechar para hacer su miel, no sólo, como hasta aquí, el zumillo de las flores, sino las hierbas todas; todo el al-

cacel: todo lo verde. Y si lo consumen en berza, claro es que no habrá paja ni un grano de cebada para un remedio. Mientras vosotros os holgáis con los gloriosos recuerdos de vuestra progenie y os dormís sobre los laureles de antaño, ellas, las codiciosas, conspiran contra vuestro alimento y os condenan á cruel ayuno y despiadada muerte. ¿Consentiréis que se lleve á cabo tan inicuo despojo?

(Los burros, indignadísimos, vuelven á prorrumpir en la exclamación «¡Oh!» *Y prosigue la zorra:)*

¡Eso! ¡Otros lo toleren! ¡Otros lo aguanten! Vosotros no pasaréis por semejante vilipendio. Para impedirlo, contad con mi consejo, y, antes, reparad en mi desinterés: yo no como hierbas; mis vituallas, por tanto, no corren peligro: sólo por *zorría* de bien estoy á vuestro lado. Para evitar que se consume el atentado audacísimo que fraguan las abejas no serían eficaces las armas de la persuasión, aunque destrísimamente sabéis esgrimirlas: nadie se deja persuadir sino de aquello que le tiene cuenta. Mejores armas son las patas; más contundentes argumentos las coces. ¡Esos sí que persuaden y... conmueven! Destruid, pues, á coces cuantas colmenas hay bajo la capa del sol; en el valle cercano puede y debe comenzar vuestra portentosa epopeya. Peleáis por vuestro fuero y por vuestro pienso: dos cosas respetabilísimas, ésta aún más que aquélla, porque, como dicen, tripas llevan piés, y de la panza sale la danza. ¡No, sino dormíos, y las abejas no

dejarán á vida en toda la haz del planeta ni una docena de cardos borriqueros. Media hora de sol queda. Alumbre ese mismo sol la primera hazaña.

(Rebuzno general. Todos los jumentos, en tropel, abandonan el prado. La zorra los sigue, saltando de alegría.)

CUADRO ÚLTIMO

(Cerro del cuadro primero)

ESCENA ÚNICA

Las colmenas, tendidas y destrozadas. Los burros huyen despavoridos, perseguidos de las abejas y del colmenero, que los apalea, gritándoles:

Tomad, malditos de Dios. ¿Quién os dijo que se ha hecho la miel para la boca del asno?

(La zorra, entre los despachurrados panales, trata de defenderse, por la persuasión, de las abejas que la rodean formando espesa nube.)

—¡Abejitas, hijas, dejadme! ¡Para broma, ya basta, y aún quizá sobra un poquillo! ¡Si yo sólo venía á avisaros!...

(¡Ni por ésas! mátanla á saetadas.—La noche acaba de echar su telón.)

EL AUTOR, DE TELÓN AFUERA:

—Respetable público: el triunfo del bien, entre los animales como entre las personas, es casi siempre una deliciosa mentira.

Sevilla, 1902.

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Dedicatoria.	5
La guardabarrera.	7
Nueva prematica del Tiempo. . .	13
Una visita á Manuel Reina. . . .	28
¡Espera!	34
El Cristo del Amor (Tradición sevillana).	37
Comentarios en verso escritos en 1599 para un libro en prosa que se había de publicar en 1896.	42
Osuna y sus duques.	56
Las peteneras.	76
La onza de oro y la *perra* chica. . .	81
El olivo.	95
Juan Cigarrón en la percha. . . .	101
Bartolomé Afanador.	106
Seguidillas.	112
El cuento de la Verdad.	120
La Virgen de la Caridad (Recuerdos del siglo XVII)	131
La fuerza del sino.	141
De arte vivendi	148
Cervantès inédit, ó una *filfa* ultrapirenaica.	157
El nuevo bronce de Osuna. . . .	165

PÁGINAS.

La familia del poeta. 173
Los dedos. 179
¡Chá... chara! 187
Las *flores* de Rinconete. 196
Arturo 207
Una joyita de Cervantes. 213
La Gavilana 225
Cervantes en Andalucía. 239
Tragicomedia campestre. 263

277

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE:	LÉASE:
21	27	coraza	coroza
57	15	1664	1464
90	10	en solo	en sólo
94	12	*1899.*	*1896.*
101	últ.ª	que entran	que entraron
127	9	apuestas,	apuesta,
»	12	puestas.	puesta.
145	2	labradorete	labradorcete
153	15	digo á	digo, á
191	7	entonces	entonces,
»	9	en	un
198	últ.ª	*pedogogos*	*pedagogos*
205	13	ibrete,	librete,
218	8	de dicho	del dicho
222	penúlt.ª	el Santo	el santo
235	11	tijeras	tiseras
241	6	amor	amante
267	13	*canta.*	*canta:*
»	16	*gritando.*	*gritando:*

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN SEVILLA,
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE «EL PROGRESO», EL DÍA VEINTE
DE DICIEMBRE DE 1905.
LAUS DEO.

320687
LS
Author Rodríguez Marín, Francisco
R6987c
Title Chilindrinas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED